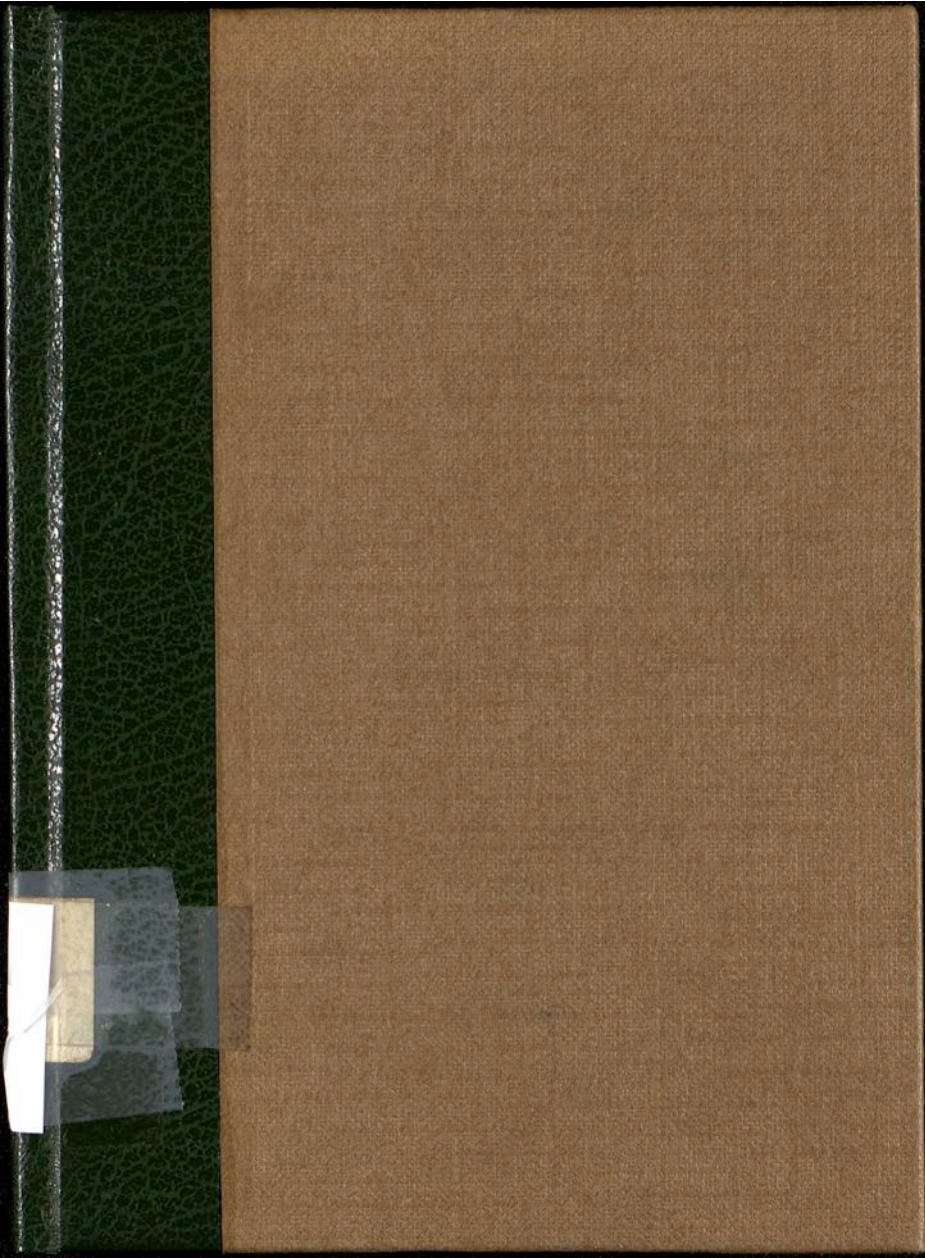
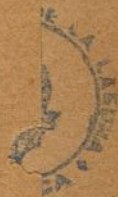




Literatura

51
I
I-47



5542

860-3

Literatura

BIBLIOTECA VIOLETA

CALÍCRATES TEMÍDEMOS

Los Incognoscibles

VOLÚMEN I

PRECIO: UNA PESETA



R

105542

SANTA CRUZ DE TENERIFE
—
IMPRENTÍN DE LA BIBLIOTECA VIOLETA
1908

ES PROPIEDAD DE LA EDITORA

CASI GALEATO

Al que le plazcan los eufemismos, al que le gusten las ideas forradas con «honestas» reticencias, no lea este libro: no será de su agrado. No me enfango en la procacidad, pero tampoco disfraczo las verdades con lilailas. Esta es una obra archimala, por dos causas: porque no he procurado adaptarla al gusto del público, sino reflejar con la mayor fidelidad que me ha sido posible mis pensamientos, y por ser mía, íntegramente mía. No han contribuido á su concepción ajenas sugerencias, no hay en ella «impresión» ni concepto alguno que no me pertenezca: quien la leyere, en mi alma está leyendo. Firmemente convencido de que no es necesario pertenecer á ningún centro político ni antipolítico, patriótico ni antipatriótico, para luchar por la Libertad, por ella combato, en la medida que puedo y con la conciencia libre de extraña intromisión, desde el humilde lugar que en la sociedad ocupo. El que sin particulares miras ofrece sus bríos, muchos, medianos ó mezquinos, á la augusta beldad; el que de veras la ama, no escoge puesto de combate ni solicita ni acepta consejos. Cierto es que yo no lucho gustosa, voluntaria-

mente: á poder, me alejaria de estas lides, en que nada bueno topa el lidiador, y sería uno de tantos sacos digestivos que tranquilamente ejercen sus funciones sin curarse de otra cosa que de la abundancia de la puchera; pero, me es imposible. Hay en mí algo, superior á la voluntad, que me empuja al combate: la lucha es complemento de mi existencia; combatiendo, ME VIVO.

Alguien caerá en el error de creer que esta obrilla es producto de las lucubraciones de un sectario: se equivoca. Yo no soy idólatra de ningún sistema, ni fanático de ningún ideal. En la pendiente en que me ha colocado el tejemaneje de mi pensamiento, deténgame en cierto eclecticismo radical, por no resbalar hasta el escepticismo; y no porque yo crea que el ser escéptico arguye vacuidad de ideas ni de sentimientos. ¡Qué batallas mentales, qué de creencias traídas, llevadas, requeridas, expulsadas, no supone el desconfiar de todo?... Y, además, como en lo humano lo absoluto no existe, qué-danle al escéptico sus resabios de pensador y de creyente.

Mas, observo que me descarrio en inoportunas digresiones, y no es esto lo que al lector interesa.

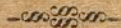
Pululan por ahí «censores» que toda cuestión, sea de la índole que quiera, tratan con demasiada ligereza. Los llama-

dos «problemas sociales», singularmente, son deformados, adaptados al criterio individual de señores muy respetables en el terreno particular; excelentes obreros en la especialidad á que se dedican; empero, que, ignorantes del delicado carácter y grande extensión de aquellos, sin conocer la etografía del humilde; sin estudiar con la atención debida las causas y consecuencias determinantes de la venidera insurrección general de las masas proletarias, cuyos síntomas por doquiera se advierten; sin molestarse en indagar qué piden esos hombres, siervos ayer del castellano mesnadero, esclavos hoy del señor de hocino, bodega y cuadra, y del «caballero» del DEBE y HABER; sin conocer el movimiento sociológico, tachan de degenerados, de exigentes, de ilusos, á los trabajadores; por sistema, porque sí, desprecian sus justificados lamentos (lo cual no es óbice para que execren sus venganzas) y aplauden las dragonadas gubernamentales. En el café, ante la mesa de juego del Casino, en los bancos de las plazas públicas, se da suelta á todos los dislates inspirados por pesadas digestiones...

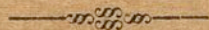
No aspiro al tirso de profundo sociólogo, ni á que se me dé crédito bajo mi palabra; pero, señores, echad una ojeada á vuestro alrededor, y convenceos de que ha llegado la ocasión de pensar razonable.

seriamente, en que todos pertenecemos á la gran familia humana; en que todos estamos en posesión de un cerebro, si privilegiado no, porque éstos escasean, si con el preciso desarrollo para saber que sólo accidentes, provocados las más de las veces por agentes extraños al individuo, son los que á éste colocan, bien en los sedimentos, bien en las «altas» capas sociales. Ha llegado el momento de comprender que todo sér humano posee fuerzas que le son innatas y que pesan en la balanza colectiva; ha llegado la hora de conceder voz y voto en las cuestiones que á todos afectan, á aquellos que hasta hoy sólo han sido elementos pasivos; ha llegado el instante de abolir privilegios: se acerca el día de la Justicia.

Llamar la atención de los que padecen, sobre su estado; atraer hacia los que sufren la mirada de los que gozan, es el fin que me guía al emborronar estas cuartillas. No faltará por ahí quien me tache de «vividor», de «falso apóstol» (¡y de otras cosas que yo me sé y reservo!), sin tener en cuenta que, si yo quisiera «vivir», no me inclinaría hacia los débiles; no soy tan zote que ignore la decadencia del oficio de «apóstol». Todo esto, aparte de que no tengo aptitudes ni vocación para el «apostolado». De manera que, los juicios de los murmuradores, ¡a mil.....



LOS INCOGNOSCIBLES



I

Felipe encendió una cerilla y la dejó en el suelo cuidadosamente para que no se apagase, pues la noche anterior, al recogerse la familia, se había consumido el último resto de la vela de sebo que, durante una semana, cumplió como buena su noctiluca misión. Luego, hemidormido aún, extendió el brazo, cogió sus andrajosas ropas, caídas sobre paticojo taburete, cabe al despanzurra lo jergón que de yacija servía al matrimonio, y comenzó á vestirse malhumorado, rezongando, sediento, escupiendo saliva pastosa, mustulenta: heces de vino que arrancaba de su garganta á fuerza de carraspear, postreros residuos de una embriaguez cuyos vapores todavía pesaban en su cerebro enturbiando las ideas, ahogándolas. Le temblaban las manos como si padeciera perlesia, sentía calambres en las piernas y escalofríos

en la espalda, y esto le ponía fuera de sí haciéndole expectorar blasfemias en tropel. Era su despertar casi diario, porque casi cotidianas eran sus orgías: despertar de bruto enfermo, de idiota enfurecido. El alcohol emponzoñaba su sangre, infiltrábase en la médula y corroía su esqueleto; ilegaba al mehollo y ponía en pelazga y confusión los pensamientos. El furor de Felipe era consecuencia del envenenamiento de su carne y de su conciencia, de sus sistemas fisiológico y suprasensorio: estaba atrofiado de alma y de cuerpo, y la contabescencia anulaba en él hasta el instinto de conservación, no dejándole energías más que para amar al vicio. Aves y flores; días de ópalo; perhórrido temar de tempestad; besos y angustias; esposa; hijos; hogar; sentires; todo el híbrido conjunto de abigarrados matices; de bellezas y fealdades; de goces y padecimientos; de amores y odios, que integran la vida, habían muerto para él: era un guijarro en la moronda cumbre; amonita en seco médano; carcomido tronco en la infecunda este pa... No vivía: bebía.

La carne amontonada en un rincón de la estancia, tendida sobre un trozo de mul-tiagujereado tejido que allá en sus le-

janas mocedades fué manta, agitóse; y de su seno brotaron confusos ruidos semejantes al gruñir de piara de lechoncillos. Rompió en llanto la niña que dormía en el regazo de Antonela, y ésta, entreabriendo pesadamente los ojos, aplicó un pezón de sus pechos escualidos, y colgantes como pingajos, á los babosos labios del arrapiezo. Apagóse la cerilla; y á través de los sucios cristales de la claraboya colocada en el montante de la puerta, penetró la difusa luz del naciente amanecer. Escuchábanse los rumores del ir y venir, del despertar, en los vecinos aposentos, separados solamente por débiles tabiques: llanto de chiquillos, frases cortadas, bostezos perezosos, golpes sordos de objetos que caían, crujir de muebles que eran arras-trados, juramentos enérgicos.

En aquellos tugurios semejantes á calabozos, de exigua cubicación, menguados cuadriláteros de tres metros de altura, en la parte más elevada, por tres de lado; ataúdes de cal y canto por los que habían de pechar hospedaje seres vivos—y en algunos de los cuales cobijábanse largas familias—; sin más ventilación que la que entraba por la puerta, aspirábase durante la noche, al cerrarse aquella, hedor á BESTIARIUM, ponzoñoso ambiente saturado de las cálidas emanaciones de cuerpos tan rebeldes contra la higiene como

sus guaridas, que transpiraban los gérmenes de sus impurezas y padecimientos. Sanos y enfermos, hembras y varones, infantes, adolescentes y seniles, en promiscuidad de aduar salvaje, trasmitíanse por contagio los padeceres de sus almas y de sus cuerpos, y mostraban al descubierto, con la forzosa impudicia de la miseria aguda, en el seno de la íntima desnudez, el distintivo de su sexo. A la sonochada, amalgamándose con las obscenas chanzas del abuelo, vibraba la canción de la tierna doncella—virgen de cuerpo, destellada de alma—ó la fresca risa del gorgojillo que amenizaba las veladas del hogar silabeando crudas frases—corregidas y aun aumentadas por sus deudos, á quienes placía adiestrarle en el soez vocabulario de muelle—que el niño, con precoz y semiconsciente travesura, ademanes que remedaban energía y gracioso ceceo, ¡UTA!... ¡NETA!... ¡AJA!..., esforzándose en pronunciar claramente para verse festejado. Y en las nocturnas horas de reposo, en el conticinio, al escuchar los pubescentes rumor de caricias, espiaban el concúbito de sus padres, despertándose en ellos lúbricos deseos. En ocasiones, el esposo, llegando borracho, requería á su mujer—ansioso de aplacar su lujuria, despertada al latigazo del alcohol—en alta voz, sin cuidarse de la manada, que dormitaba allí

mismo, á sus pies; ó, bien, la emprendía á golpes con todos por el más insignificante motivo, ó sin ninguno, y la aporreada tropa, tal como estaba, quién envuelto en harapos, quién completamente en cueros, se desbandaba buscando refugio en casa de algún vecino. Por si todo esto no era suficiente á emponzoñar las almas y á despertar tempranamente en los cuerpos brutales apetitos, á través de los flacos tabiques escuchábase el chasquido de los besos, los suspiros voluptuosos, las entrecortadas frases de amor que el placer sensual arrancaba al matrimonio de la contigua habitación, ó el rumor de la agria disputa, sazonada con blasfemias y rudos insultos. Atmósfera de muerte y de barbarie, de vicio y de dolor, respirábase en aquellos pudrideros de la social miseria... ¡Todo ello por ocho ó diez pesetas al mes! No era muy caro.

Desperezóse Antoneia y, bostezando, interrogó á su esposo:

—¿Ya te vas?

—Sí; hoy se espera «un belga»... ¡Veremos si voy á trabajar á él ó no!... ¡Catorce días hace que me dejan «en tierra»!... ¡Me casé con Dios!... Y entretanto, otros no pierden ni un jornal. ¡Ya estoy hartos!... Dame diez céntimos.

—¿Qué dices?...—exclamó Antonela escandalizada.—¡Diez céntimos!... ¿De donde los sacaré?... Bien sabes que ayer nos desayunamos á las seis de la tarde, ¡y eso, gracias á Julia que me dió unas pãpas!... [¡Dios se lo pague!] Bien sabes que nadie quiere fiarnos ni siquiera un pan; bien sabes...

—Calla, calla, ¡alegadora!...—interrumpió Felipe amenazándola con el puño.—Si te dejan, no acabarás tu alegato hasta mañana...

Y para domeñar su ira fuése hacia el montón de chiquillos, que se rebullía en la ex-manta, y coceó sobre él diciendo:

—¡Arriba, gandules!... Manuel, Antonio, ¡al muelle! Y tú, Luisa, ¡arriba también! ¡Está bueno!: ¡yo en pie y vosotros durmiendo como príncipes!...

Incorporóse la prole, rezongando y deslegañándose.

Felipe abrió la puerta disponiéndose á salir.

No bebas... mucho—le dijo Antonela, segura de que á su marido érale imposible la absoluta abstinencia.

—¡Haré lo que me salga de los pantalones! ¿A tí qué te importa?...—respondió aquél, ofendido por la acertada observación; que á ultraje toman los viciosos cualquiera reprensión, por encubierta y dulce que ella sea.

Y salió dando un portazo.

..
..

Componían la CIUDELA (1)—que estaba á un extremo de la población, en el arrabal denominado «Los Llanos», gran parte de él compuesto de construcciones del mismo género—varios grupos de viviendas de un solo piso. (¿Dije viviendas? Pase el tropo. Debí decir nichos, criptas sepulcrales, celdas de suplicio, geométricos cajones de cal y cascajo para embalar —EMBALAR, sí—miseria: tales eran... ¡y son! Se da á los hombres, por habitación, cubiles, ¡y se les exige que no sean fieras!) La ARQUITECTURA de todos ellos era idéntica, y el arquitecto debió de reservar el fósforo de su cerebro para más elegantes planos: dos muros no muy altos, distantes entre sí no más de tres metros, y perpendiculares á aquellos, á cortos trechos, una serie de tabiques separando las pequeñas porciones de terreno destinadas á albergue, cubiertas de teja francesa. Las puertas de los zaquizamies caían á estrechos callejones empedrados,

«(1) Nombre que se da en Tenerife á los conventicos habitados por la «clase» obrera.

que dividían los diversos grupos, á los que daban por antonomasia el nombre de «patios». Formaban estos una trama laberíntica en la que corría peligro de extraviarse quien á sus vueltas y revueltas no estuviese avezado. Asemejábase aquello, en el trazado de sus vías, á un barrio de esas antiquísimas poblaciones españolas que aún conservan signáculo morisco: había estrecheces y líneas de topera; encrucijadas sombrías; ángulos bruscos; curvas irregulares; recuestos y hondonadas. Dos PATIOS desembocaban, á la parte Oeste, en la calle «de las Cruces», lamida por las olas del Atlántico; y otro, al Este, en la de «Regla», frente á un plantío de tomates. Entre el risueño mar y la fecunda tierra, se alzaba el suburbio, la misera colmena, agitábase la paupérrima colonia. Los aleaños no eran malos; pero, ¡los alvéolos!... Mas bastaba andar un cuarto de hora para encontrarse en el corazón de la urbe, entre palacetes y elegantes edificios donde se albergaban, orondos, satisfechos, los zánganos; los PATRIOTAS, los HOMBRES DEL CIVISMO; los INFALIBLES; los MORALISTAS; los mercachifles de la política, que ya compran la agena, ya venden la propia conciencia; los modernos genoveses que, con la misma medida, tasan efectos de comercio y amor al prójimo; la camada del cambalache y del combalache: respetabilísimos

señores bajo cuyos guantes se esconden garras y bajo cuyas venerandas calvas se adivina, juzgando por sus producciones intelectivas, un encéfalo tan morondo de ideas como aquellas de cabello; una oquedad en donde debe de circular libremente el viento de la estulticia ó la cifra síntesis de sus rapiñas... Porque todo está compensado en el mundo: donde no hay loables pensamientos hay números; donde no hay sol, candiles.

En los callejones—llenos de sirle, de gallinaza, de todo género de inmundicia—, algunas mujeres que acababan de abandonar el echadero—sucias; zarrapastrosas; en desórden la pelambre, cuyos mechones delanteros caían sobre sus facies rugosas y desvaidas en las que todo padecimiento y miseria estaban estereotipados; casi todas ellas exagerada, escandalosamente archisignadas por la fecundidad con disformes barrigas—, sonolientas aún, afanábanse aventando el fuego de los anafes sobre que ponían las vasijas de lata conteniendo agua que, después de hervida y de serle adicionada una materia colorante á la que pomposamente llaman «café», resulta aguachirle, con propiedades de laxante, que les sirve de desayuno. Una lavandera arregazábase las mangas del juboncillo disponiéndose á emprender su faena. Del interior de los tu-

guros llegaban á los PATIOS gritos, llantos, carcajadas... Aquí y allá vagaban hambrientos, recogiendo abundante cosecha de golpes, escarbando en el empedrado, husmeando desperdicios, perros cuya piel se agarraba al hueso por no tener cosa de más substancia en donde hacerlo, flacas gallinas, cabras tísicas, fiel espejo de la miseria de sus dueños. Adosada á la pared, en el espacio comprendido entre puerta y puerta de dos tabucos, había una armazón de carcomidas tablas, á manera de pocilga, en donde desmirriada y usagrienta cerda, tendida cuan larga era, la flácida ubre descansando en el suelo, atetaba á su numerosa prole que gruñía incesantemente, acaso de satisfacción, quizás de hambre, hundiendo los afilados hocicos en el exangüe pecho de su madre.

Ancianos que parecían insepultos cadáveres; jóvenes que aparentaban senectud; adolescentes en cuyos rostros creyérase que hubo dejado el tiempo su torva signatura de sombras, de dolores y de arrugas—misérrimamente pergeñados todos—, salían de sus guaridas, refunfuñaban secos «Buenos días» y seguían su camino, el cotidiano, el de siempre, á la conquista del pan, que jamás se les rendía á discreción. Y tras ellos, como paridos por monstruoso vientre, comenzaron á salir chiquillos pálidos, raquíticos (magüer hu-

biese alguno robusto era excepción); de todos los tamaños, de todas las edades infantiles; empleando todos los corporales medios de traslación: arrastrando las nalgas por los guijarros, reptando, brincando alegremente; desnudos como lombrices, unos; vestidos, otros, con todos los desechos familiares, luciendo en ellos todas las FORMAS conocidas del jirón, todas las tramas y burujos del corcusido y toda la GEOMETRÍA del remiendo, los matices todos de un iris lejano, difuso, hemidesteñido... Tal vestimenta cuadraba al calzado, que era el del padre Adán; y así vivían ignorantes—ni qué falta les hacía saberlo—de que hay seres que ganan el sustento haciendo zapatos.

¡Mucho chiquillo!: los PATIOS rebosaban, parecía que los diese á luz el empedrado. Era aquella una fecundidad de estercolero, de podedumbre... ¡Los vientres de los miserables son ricos vientres!: esas infelices mujeres que vegetan en la indigencia y en el maltrato, rara vez abortan. La semilla de esclavo no es delicada, arraiga en cualquier parte: doquiera surge un plantel de malaventurados. Transcurridos que fueran unos cuantos años, allí tendrían carnaza fresca (ajada estaría mejor dicho), repuesto donde tender la zarpa, todas las expoliaciones, todos los dolores, todas las lágrimas: el ergasterio, el tra-

bajo brutal, el presidio, el, quizás también la mancebía...

La infantil riolada llenó los estrechos callejones de risas, de gritos, de movimiento (no se puede decir de aromas, porque pudieran resultar hediondos), de ALETEOS, de TRINOS, de alegría; de todas las extramanifestaciones de las almas puras, exuberantes de vida y de amor, que pasan á través de la materia sin mancharse con el lodo de la hipocresía, y que los niños tienen el privilegio de exteriorizar leal, francamente. (Porque á los hombres, lo que no les prohíben las leyes se lo veda la costumbre; y así la existencia, en traspasando los límites de la puericia, entra en prisión de convenciones, reglas y mandatos.) Asomábanse á las puertas de las viviendas, escudriñando desvergonzadamente lo que en ellas se hacía; espantaban á las gallinas; corrían tras de las cabras, que huían de ellos balando tristemente; apaleaban á los perros; acosaban á sus madres pidiendo como polluelos, solicitando caricias ó alimentos, colgándose de los arambales de sus vestidos. Defendíanse algunas á azote limpio; otras les recibían cariñosamente: para los mamantes desnudaban, con impudencia de vírgenes exentadas de malicia, el mustio pecho; para los exúberos abrían los brazos y requerían los

labios para el beso de mieles. Parecían cluecas rodeadas de su pollazón.

Una esquelética vieja, con más arrugas en el rostro de las que puede tener estrujado pergamino, se puso á verter en un sumidero, en el centro del PATIO que correspondía al tabuco de Felipe, el contenido, ¡asaz hediondo!, de bacín desportillado. Esto provocó las protestas de las vecinas.

—¡Fó!...—exclamó una, con gangoso acento, oprimiéndose la nariz con los dedos.—SEÑA Juana: ¡eso no lo resisten cristianos!... ¡Fuerte jedentina!

—¡Ya me tiene reguelto el estógeno! dijo otra, fingiendo náuseas.—¡Uuúg!... ¡Uuúg!...

—Hay que decirse al casero... ¿Quién ha visto desvergüenza semejante!...

—A la que no le guste, váyase á vivir á Capitania—respondió la vieja.—¡Qué barbaridad!... ¡Barajo!... ¡Ni que «lo vuestro» goliese á claveles!

Y dando una rabotada se metió en su aposento.

Un chiquillo, en pingajo (que camisa no era lo que traía puesto), agarrado á las sayas de su madre, gimoteaba pidiendo pan.

—¡Angela Maria!—exclamó aquella.—Bien á bien no ha enviado «el Señor» su

luz á la Tierra, y ya este jambrón me está martirizando.

Entró en su casa, y á los pocos momentos salió trayendo en la mano un trozo de pan que arrojó displicentemente, cual si lo arrojase á molesto animal, á su hijo.

—Buenos días—barbotó Felipe, que á esta sazón abandonaba su chiribitil, sin cesar de andar callejón abajo, en demanda de la calle «de las Cruces».

—Buenos días—le respondieron las mujeres.

Cuando hubo desaparecido, comenzaron á murmurar.

¡Vaya un hombre gandul aquel! ¡Lo menos quince días llevaba holgando!... En su casa «entretengan» el hambre con lo que Antonela y los muchachos agenciaban... Gandul y borracho... ¿Como se las compondría que, á pesar de no trabajar, siempre andaba de parranda y borrachera?... ¿De dónde sacaría los dineros!... No concebían que su mujer pudiese aguantarle. Golpeábala casi á diario, como á una bestia, sin miramiento alguno: tiempo atrás, estando aquella embarazada, la hizo abortar de un puntapie. Y en goliendo que tenía algún cuarto, se lo robaba... ¡Qué hombre, Señor, qué hombre!...

—Si «mi» Nicolás fuere así—dijo una robusta mocetona de ruda belleza en el semblante y cuerpo desgarrado, sin cur-

vas, sin dintorno, como barroca estatua que el artista hubiese dejado á medio concluir—no viviría con él... ¡Arre allá! al que le guste sacudir, que sacuda el moño de su madre.

Las vecinas sonrieron cambiando irónicas miradas. Ellas sabían á qué atenerse con respecto á la bondad de Nicolás.

A espaldas de la murmuradora entreabrióse sigilosamente la puerta de una vivienda, y en el vano apareció un... HOMBRE. (HOMBRE, puesto que en la raza humana se incluyen ciertos monstruos.) El enmarañado cabello, que le llegaba hasta los ojos—gracias á la depresión de su orangutanesca frente—, pequeños, brillantes y pitañosos, coronados por un cejo cerdoso que se reunía en contrahecho ángulo sobre la nariz, la cual estaba roída en la extremidad de ambas aletas, en su unión con las mejillas, por las terribles viruelas, que también dejaron su huella voraz—desiguales y profundas oquedades—en todo el rostro, en el que, de trecho en trecho, semejantes á esas matas de mala hierba que germinan aisladas en áridos páramos, asomaban ásperas pilosidades remedo de barba; la boca, que era jeta; las orejas, de pabellón peludo, voladizas, salientes como las de los jumentos FILÓSOFOS; las zambas y flacas

piernas, doblegadas bajo el peso de una panza hiperenterotrófica, voluminosa; la menguada estatura y la abundante joroba que hinchaba su espalda; toda esta conjunción de repugnantes deformidades, dábanle ridículo aspecto. Contemplando aquel ejemplar de la raza humana, se negaba la hermosa labor de la Naturaleza que, sin duda en momentos de inhabilidad, diseñó tal esperpento; y después, avergonzada de su obra, ordenó á las viruelas que escarbasen, que royesen en ella, que la emborronaran. Mirando aquella zurrapienta figura, se adivinaba el PRIMOPLASTUS y se presentían la miseria y el dolor.

—¿Todavía no está el café?—interrogó aquel mal plagio de hombre, con voz que parecía salir de bronca bocina.

—No... no está—respondió la mocetona volviendo, sorprendida y asustada, la cabeza, y agitando precipitadamente el aventador.—Como te recogiste tarde, no creí que madrugases tanto...

—Ven acá, ¡hablanchina!, ven acá.

La jóven, con el semblante enrojecido, sonriendo sardónicamente, entró en su casa. Escuchóse el chirrido del pestillo de la puerta, que el mónstruo aseguraba por dentro.

—¡M'alegro!—exclamó la lavandera, haciendo un mohín.—Le está bien merecido por murmurar de los demás... Ahora «su»

Nicolás [iguapo mozo!], como ella dice, le dará por los bezos lo mismo, ni más ni menos, que Felipe da á la pobre Antonela.

Luego, suspirando, añadió:

—¡Todos son buenos!... ¡buenos!... ¡buenos!...

∴
∴ ∴

Apenas salió su marido, vistióse Antonela y repartió entre sus hijos los restos del yantar del día anterior: un bodrio que engulleron tal como estaba, sin calentar siquiera.

Encomendó á Luisa el cuidado de su hermanita, que durmiendo quedaba, y dió prisa á Manuel y á Antonio para que fuesen al muelle. Esperábase aquel día un vapor que venía de la India inglesa, el pasaje saltaría á tierra, dejando á su paso por la ciudad un reguero de plata, y era preciso recoger lo que se pudiese.

Los muchachos se daban buena maña para conquistar el pan sin grandes fatigas: ofrecían sus servicios, en calidad de guías, á los forasteros; recorrían la población enseñándoles calles, paseos y edificios; les indicaban los establecimientos en que debían hacer sus compras, que eran aquellos en donde regalaban primas á los ci-

CERONI por los negocios realizados con su intercesión; les vendían tarjetas postales con vistas de las poblaciones y paisajes más notables del Archipiélago; les llevaban á los lupanares y á las bodegas. Y acontecía que de éstas salieran algunos viajeros repletos cual toneles; reñidores como gallos; cantando el GO SAVE THE KING, si eran ingleses; si franceses, LA MARSELLESA; y así, en relación con su nacionalidad, eran sus cantos (porque el borracho que no riñe, llora ó canta, ó filosofa; y esta última es la peor embriaguez, por serlo doble); que á muchos hombres el alcohol punza la vena del patriotismo.

Cuando de tales artimañas no, valíanse los chicos de sus habilidades natatorias; y zambulléndose en busca de las monedas que los advenedizos espléndidos arrojaban en aguas del embarcadero, á trueque de verles bucear, conseguían no volver á su casa con la bolsa vacía.

Eran los muchachos quienes, poniendo á contribución sus talentos, cubrían casi la totalidad de los gastos de la familia.

A través del débil tabique que entrambas separaba, escucháronse confusos rumores—chasquido de bofetadas y el rezongar de una voz de agria afonía, injertos

en gritos y sollozos ahogados—que llegaban de la inmediata habitación.

—Nicolás está dando «el desayuno» á Baltasara—dijo Antonio, sonriendo picaramente.

—Sí—añadió Manuel—; y ella hace cuanto puede porque la gente no lo advierta.

Aquello no llamaba ya la atención de nadie: ¡tanto puede la costumbre! Toda la vecindad sabía que Nicolás daba una matutina y diurna paliza á su caribella y robusta compañera, como si, envidioso de su hermosura, se vengara en ella de la mala pasada que le jugó la Naturaleza formándole encienque, repugnante y feo: irrisoria obra que acabaron de emplastar las viruelas. En los primeros días de habitar allí la híbrida pareja, las vecinas, compadecidas de Baltasara, murmuraban de su esposo y aconsejaronla que le abandonase. Ella negó la evidencia, alabó la bondad de «su» Nicolás, al que adoraba; y cuando los consejos le parecieron molestos, insultó procazmente á las oficiosas consejeras. No obstante el cariño que profesaba á su marido, rebelábase en ocasiones; y entonces era ella quien, empuñando el palo de la escoba, zurraba á Nicolás. Éste, mujeriego y lujurioso, concurría á los burdeles; y cuando á oídos de la celosa Baltasara—verda-

dero marimacho—llegaba la noticia de tales infidelidades, surgía la rebelión. Nadie adivinaba qué atractivo pudiese provocar el amoroso homenaje que la apetitosa hembra rendía á aquel mal desperdicio de la Naturaleza; mas lo cierto era que le idolatraba.

Cuando los muchachos se disponían á marchar, su madre los detuvo para registrarles los bolsillos. El día anterior la dijeron, en la tienda de la esquina, que Antonio había cambiado allí un MARCO (moneda alemana); y amenazó á su hijo con darle «una folia»—vulgo paliza—si no la entregaba cuanto dinero ganase. Efectuado que hubo el registro, y convencida de que las faltriqueras de sus hijos estaban tan vacías de dinero como de sentido común cerebro de gobernante español, les dejó marchar. (No sabía ella que los chicos, previendo tales pesquisas, encondían los dineros en los zapatos; y puede que otro tanto hagan con el talento los hispanos mandarines, en averiguación de lo cual bueno sería que el pueblo les registrase los zancajos.) Antonela, para contribuir en parte al mantenimiento de la familia, dedicábase á la reventa de pescado: echóse á la cabeza el cesto y la

balanza, y salió. Pero, á poco, hubo de volver: habíase olvidado de preparar el lamedor para la niña. En una de las puntas de sucio pañizuelo, puso como hasta tres adarmes de azúcar, que quedó en el interior de un nudo que hizo al efecto. Cuando su hermanita lloraba hambrienta, Luisa, para acallarla, aplicábale á los labios el dulce PEZÓN.

Tan luego como hubo salido su madre, la pseudo-nodriza deshizo el nudo y de una lengüetada se engulló la mitad del azúcar.

Mientras se encaminaba hacia la población, iba Felipe discurriendo de qué expediente se valdría para complacer al vicio. No tenía ni un céntimo; negándole todo crédito los taberneros; los amigos, que antes solían convidarle, observando que él no les correspondía, comenzaban a motejarle por gorron. Hizo firme propósito de imponerse á cualquier capataz, por todos los medios, incluso la fuerza si era preciso, para que le diese ocupación. Sólo el amor a la bebida conseguía arrastrarle al trabajo: todas las miserias y privaciones soportaba con valor, apenas las sentía; pero en donde el hambre, la ruda faena y los dolores físicos hallaban inquebrantable roca, la intemperancia abría honda brecha: el alcohol era su alimento, su sangre, sus ilusiones... La ponzoña, la muerte, que se presentaba a sus ojos disfrazada con las vesiduras de la alegría, del placido vivir.

En la calle «de Candelaria,» al llegar frente a la bodega de CHANO, sintióse Felipe atraído, empujado hacia el establecimiento: parecía que le llamaban los gri-

tos de los bebedores, que adentro discutían. No quería, pero entró.

A la mortecina luz del farolillo que aún lucía en la taberna, reconoció a los concurrentes.

—Buenos días—dijo.

—Buenos días—le respondieron.

Cho (1) Carmelo el pescador, vecino de Felipe, antes de regresar de la nocturna labor a su casa, había entrado «a matar el bicho».

«No todo han de ser fatigas para el cuerpo—decía el viejo—: hay que darle también su pizca de expansión».

Había hecho buena pesca y, ya medio borracho, mostrábase espléndido convidando a cuantos llegaban, a trueque de que escuchasen el relato de las peripecias de su pesquería. Teníase por el mejor mareante de la costa santacrucera y sus contornos; y cuando se embriagaba sentíase capaz, con tal de mantener incólume su pretendida supremacía, de emprenderla a puñadas con cualquiera que le contradijese: era su flaco, explotado por cuantos le trataban.

Al ver a su vecino, le brindó la copa que tenía en la mano. Resistióse aquél debilmente a aceptarla; aunque mirando

con avidez el licor que, rebosante, gotteaba al suelo.

—¡Vaya—exclamó muy luego, sin poder contener sus deseos—, no quiero que diga usted que le desprecio!

Y arrebatando el vaso, más bien que tomándole, de manos del antañón, de un solo trago vació el contenido en su gaznate.

CHANO, por burlarse de cho Carmelo, le había servido alcohol puro en lugar de aguardiente; fraude que no advirtió Felipe. Esto desagradó a los que esperaban ver al vejete enfurecido al percatarse de la substitución.

—Ese Felipe—murmuró uno—es capaz de tragar ascuas y no sentir el fuego.

¡Ese!... ¡Barajo! Ese tiene garganta de acero y madera de tonel—añadió el tabernero.

—Danos de beber, CHANO—dijo el pescador.

Empujó a su vecino hacia un ángulo, en la sombra, le hizo sentar en el banco que, empotrado en el muro, daba vuelta a toda la pieza, y recommenzó, por duodécima vez, el relato de sus aventuras de aquella noche.

«A las ocho salieron de «Regla» con rumbo a «Puerto-Caballa». Sus hijos tenían buenos brazos y él manejaba el timón mejor que un escribano la pluma:

(1) Contracción de la voz SEÑOR.

antes de las nueve dieron principio á la pesquería... ¡y á las doce aún no se habían «estrenado!» Mandó izar las potalas. Los muchachos no querían... ¡Animales!... ¿Qué entendían ellos de pesca?... Ellos, y cuantos marcantes se vestían «por los pies», debían cerrar el pico cuando cho Carmelo hablaba... A ver: ¡que le dijese quien era capaz, como él, de señalar el lugar y la época en que este ó estotro peje abundaba y estaba en disposición de dejarse pescar!... ¡Él había crecido, como los mariscos, pegado á las rocas que las olas besan! Conocía palmo á palmo toda la costa santacrucera; los ocultos y traidores médanos y arrecifes, veíalos como si el agua no los cubriese; las brazas de fondo de aquél y del otro lugar, las tenía medidas con su cuerpo, buceando... Porque en su juventud fué gran buzo... ¡Ahora, ya no! Pero de sus «buenos tiempos» le quedaba la PLÁTICA... (Jamás acertó á pronunciar «práctica».) Y cuando él decía: «El que desee cabrillas váyase, en Mayo, frente á «Los Roques de Anaga»; el quiera salmonetes cale el chinchorro, en Septiembre, en aguas de «Regla»; y al que le guste calamarear con fruto, vaya frente á «San Andrés», á media milla de tierra, en el mes de Agosto»; cuando él decía esto... ¡había que destocarse!

Interrumpióse un momento para gritar:

—CHANO, ¿y esas copas?

Sirvióselas el tabernero; y después de beber, cho Carmelo reinició su desordenada charla, saltando de uno á otro asunto, amasijando sus ideas transtornadas por los vapores alcohólicos.

«Si él echaba los TAMBORES (1) al agua, sabía todo el mundo que saldrían llenos mas que fuese de razcacios... ¡De ahí que le tuviesen envidia todos los pescadores de «Los Llanos!»... ¿Qué te decía yo?... ¡Ah!, ya me acuerdo. Pues si hombre, los muy toletes de mis hijos se empeñaban en seguir engordando al peje en «Puerto-Caballa». Por fin conseguí arrancarlos de allí y fuimos á recalar frente al castillo de San Juan... Y, ¡qué había de suceder! ¡á las tres de la mañana tuvimos que dirnos PA tierra con el bote lleno de pesca hasta la borda!... ¡Aquello era un robo que se le hacía al mar! ¡Sin engodo, (2) con los anzuelos solamente, podía pescarse! Apenas éstos llegaban al agua, ya estaba clavado el peje... ¡Un verdadero robo!»

—Danos de beber, CHANO—gritó inte-

(1) Nasas que tienen, efectivamente, forma de tambor.

(2) Cebó.

rumpiéndose nuevamente.—¡Buen modo de atender á los parroquianos!

Y otra vez bebieron.

A esta sazón entraron dos zagalicos en la taberna.

—Dos copas de caña—pidió uno de ellos echando sobre el mostrador una moneda de plata.

Felipe alzó la cabeza al oír aquella voz y reconoció á sus hijos que, debido al lugar en que él se hallaba, oculto en la sombra, no le habían visto. Levantóse y sigilosamente se acercó á los muchachos, que le daban la espalda.

Después de beber, cuando el tabernero les devolvía el sobrante de la moneda, Antonio interrogó á su hermano:

—¿Tomamos «la otra?»

¡Es claro!... Con una rueda no andan los carros.

Luego de repetir las libaciones pidieron dos tabacos.

Fumaban y bebían halagados grandemente en su amor propio, complaciéndose en hombrear, en considerarse hombres «hechos y derechos» en la escala del vicio. Y éste se apoderaba de ellos á paso de carga. Era el contagio, la morbosa herencia paterna, que les invadía entregándolos indefensos á merced de ese falaz enemigo que se presenta á la vista de los incautos con los arrequives del placer y

trae ocultos, bajo su oropélica veste, el cetro de la Locura, el dogal de la Miseria y la guadaña de la Muerte: el alcoholismo.

Detrás de sus hijos Felipe sonreía satisfecho, envanecido de su obra. ¡Qué exacta reproducción de su padre aquellos niños! bebían como él; seguíanle en su órbita como el satélite al astro, sintiendo su influencia, su atracción. Contemplando aquellas dos larvas de VINARIUS, de borracho; aquellas dos células de presidiario ó de mendigo, sentía lisonjeado su orgullo de creador. No los besó porque, en su concepto, la caricia que se hace á los hijos merma la respetabilidad de los padres. En el hogar les castigaba encarnizadamente por el más fútil motivo: allí eran sus hijos, la carne que se crea y sobre la que se tiene derecho de vida y muerte (así entendía Felipe la potestad patria y así la entienden muchos PADRES); recéntales á los que su dueño puede enviar, según su arbitrario antojo, al matadero ó al verde prado. Empero aquí, en la taberna, era otra cosa; aquí les reconocía independencia, beligerancia: la autoridad paterna caducaba á la puerta de la bodega, como el derecho de la justicia medioeval en los umbrales del templo; bajo el báquico pa'bellón, que á padre é hijos cubría, la igualdad era un hecho.

Babeando de orgullo, con amoroso acento díjoles:

—¿No convidáis?

Los galopines, al reconocer la voz de quien les hablaba, volvieron el rostro hacia él. Le tuteaban como á un chicuelo de su edad, costumbre grata á muchos padres.

—Toma lo que quieras—respondió Antonio.

—Dame un tabaco, CHANO. ¡Convida mi chico!...

(Lo dijo rebosando vanidad.)

Acompañó á los muchachos hasta la puerta para preguntarles si tenían dinero; y como le respondieran que no, tornóse malhumorado junto á cho Carmelo que, tendido sobre el banco—la cabeza colgante, al aire, en doloroso escorzo; dejando escapar por la entreabierta boca hilos de baba—, roncaba cual cerdo ahito.

Sentóse Felipe y desde allí, chupando su ciguro; medio embriagado ya; pensativo, contemplaba la multitud de bebedores: en su mayoría hombres decolorados, paliduchos, valetudinarios, desdibujados, emborronados por el vicio; sus rostros tenían un tinte particular, sombrío: líneas, obscuridades y trazos de taberna; hedores á tonel su aliento. Algunos entraban de pasada: se dirigían al mostrador y,

después de beber, marchábanse enseguida. Otros, en pié, formando grupos, hablaban de política; de Puertos Francos; de las infidelidades de la mujer de Fulano; de asuntos del trabajo; de las ruindades del capataz H ó del compañero B; ó de sociología (esta última cuestión está en moda, algunos la desfiguran dándole cierta forma política ajena á su esencia, y no queda por ahí zote ni zorrocloco que no se atreva á arreglar la sociedad... si le dejan); pero de burda manera, torpemente, mezclando juramentos y blasfemias carreteriles con rimbombantes frases de aspirante á orador, mal pronunciadas, cogidas al vuelo en alguna reunión popular, y el significado de las cuales ignoraban. Aca, en un ángulo; en derredor de una mesa barnizada de mugre—cercados de camaradas que ofrecían de árbitros, en los trances dudosos—; con verdadero entusiasmo; derrochando en tal «faena» voluntad y atención dignas de asuntos de mayor monta, jugaban otros á los naipes sazonando la partida con blasfemias y maldiciones, y frases de ritual en el juego, que salían de sus violentas gargantas con módulo enérgico:

—¡Envido!

—¡Siete más!

—¡Quiero!

—¡Perder!

—¡Ah!... ¡Me caso con mi alma!...
¡Llevabas LA PERICA!

Aullá había concurrentes que apartados á los lugares más sombríos; envueltos en el humo de sus pipas; severos, con ascético recogimiento la vagarosa mirada paseaban de los panzudos toneles, arrumbados cabe á las paredes, á las canecas y botellas colocadas en la anaquelera, desbarnizada, carcomida y sucia, que se erguía—como místico retablo sobre la mesa del sacrificio—tras el mostrador recibiendo el homenaje de los idólatras del vicio.

Era aquel el templo, el ágape, el ATENEO, el parlatorio de los bebedores: hombre sobrio de palabras había que, bajo el techo de la taberna, volviase casi elocuente; hombres incapaces de concebir una idea, que se veían allí asaltados por luminosos pensamientos. Era el hedor que emanaba de las barricas de aguardiente, la vista de los toneles de vino, lo que les inspiraba; la satisfacción de hallarse en aquel lugar, respirando ambiente enrarecido, aromatizado por el objeto de sus amores, por su Dios, lo que fecundaba sus inteligencias y les creaba momentánea, ficticia, artificialmente, en hombres, en unidades. Fuera de allí—y á causa de la misma barbarie engendrada en las entrañas del VINARIUM—re-

concentrábanse en si mismos, hobachones, hastiados, apáticos, agrios, incapaces para toda concepción mental y para todo hecho razonable, justamente energético: valor brutal, estúpido, en la taberna, bajo el dominio del alcohol; pero fuera de allí, en pleno uso de su atrofiado entendimiento, cobardes, brutos, idiotas: los de siempre, los eternos ceros.

Junto al mostrador, cogidos del brazo, dando traspiés, dos borrachos adunaban sus gangosos y destemplados gritos ENTONANDO una folia: (1)

«Águila que vas vol...volando...
da...dame una pluma...»

Felipe, asaltado ya por la embriaguez, no escuchaba los tabernarios rumores. Abstraído en la contemplación de su «yo» —si hombre de tal calaña puede poseer signatura individual—; á solas con su conciencia; arrojando la sonda del recuerdo en las aguas del pasado; deletrando las páginas de su vida; contemplándose en el espejo de su alma; escarbando las oquedades todas de su sér,

(1) Canto regional que tiene cierto parecido con las «malagueñas».

gustaba deleitosos dulzores que desvanecían en parte el acibarado presente. Eran, éstas rememoranzas, algo á manera de baño purificador capaz de regenerarle si su voluntad no estuviese quebrantada por el continuo y lento roer del vicio.

«Si había sido bondadoso y honrado, ¿por qué ahora no lo era?...»

Martilleábale el cerebro ésta pregunta, en los comienzos de su embriaguez, todos los días, y complaciase en repetírsela una y mil veces, sintiendo un extraño goce —¡doloroso goce!— como el que deben de experimentar los herpéticos arrancando las costras rebosadura de la ponzoña de su sangre. Y con ansia febril se embebía, lectomaniaco de los recuerdos, en su agri dulce evocación.

«¡Cuán hermosa y pura aquella primera página que entera llenaba un nombre! ¡ANTONELA!... Antonela: ninfa transformada en mariposa al calor de los besos de su amado Felipe... Antonela, brindándole amante las pricipias de sus ALETEOS de mujer hambrienta de vida, de cariño; su Antonela á la que tanto amó, aguardándole, saliendo á su encuentro en «Añaza», cuando él volvía de la ruda tarea, para quitarle de las manos, amorosa y sonriente—cual reflejo de lo que ser debería la existencia—, la cesta del almuerzo; su Antonela, complaciéndose en la-

varle el robusto cuerpo, ennegrecido por el polvo de carbón amasado con la sangre del trabajo; embelleciendo, espiritualizando la faena con parisimas caricias, besándole el pecho, la espalda, la nuca, los ojos, los labios, toda aquella carne que ella amaba y que le pertenecía por completo; pero con ósculo casto, virginal, almico, besando el cuerpo para que, atravesando la materia, llegase al alma la caricia; y allí, confundidos, ayuntados en uno los dos espíritus, sintieran el espasmo del verdadero amor... ¡Ahora ya no le besaba su Antonela!... ¿Por qué no le besaba?...»

«¡Radiante página! ¡El primer hijo! ¡su Antonio!... Su Antonio, tendiéndole los brazos, llamándole á gritos, «¡PE!... ¡PE!...», con infantil ceceo; calmando con sus risas de fontana los dolores del penoso vivir; su Antonio, fresco y amable cual abrilena mañana; hermoso como septembrino atardecer sin nubes; aterciopelado y lindo cual flor del valle orotavense; con miel en los labios y ambrosia en los tartamudeos... ¡Ya no era así su Antonio!... ¿Por qué no lo era?...»

Llegado á este punto de su discurso, hubiese detenido de buen grado, si a ello alcanzara su poder, la trashumancia de su pensamiento; faltábale valor para se-

guir hojeando: comenzaban las páginas negras, de miseria y lodo, éstas páginas que él quisiera abrasar, destruir de algún modo; pero, ¿cómo? Sólo un fuego podía consumirlas, sólo una fuerza rasgarlas: la muerte... Porque en el decurso de la existencia es imposible desandar el camino hecho.

(Hay fango que solamente el soplo de la muerte orea; hay páginas en la vida del hombre, que únicamente la azada del sepulturero puede borrar: tales son las que sólo al individuo afectan, con él son y con él pasan. Y hay otros que fueron y pasaron, y aún son y viven; páginas que ni el manto de la hija de Erebo y de la Noche encubre: tales son las que afectan á los pueblos.)

Mas siéndole imposible detenerse—que quien llega á la cumbre de las añoranzas es preciso que baje los ásperos recuestos del recuerdo y que vague por sus altozanos é infiestos y descienda hasta las simas de que está sarpullido, mas que en las breñas se le desgarre el alma—, anudó el hilo de sus pensamientos en el roto cabo de su discurso, y siguió devanando la embrollada madeja de lo pasado.

«Después de Antonio vinieron más hijos... ¡siempre más hijos!... ¿Quién ha di-

cho que cada uno de ellos trae un pan asobarcado? ¡Mentira!... El hambre plantó su negro lábaro en el hogar; inútiles cuantos esfuerzos hizo él para abatirlo, sus brazos eran débiles para soportar tanta carga, aquellas bocas eran el abismo de sus energías... ¡Nunca estab in hartas!... ¡A roer la hubiese dado su propio esqueleto, si con él nutrir pudiera á la famélica progenie!... El amor era su verdago, los retoños ahogaban al arbusto; y Antonia rehuía las caricias de su esposo, temiendo las consecuencias de la expansión de su cariño. De tierna y complaciente que fué para él, volviéndose huraña, egoísta, exigente: era toda ella para sus hijos, nada para sí misma ni para su marido; y se afeó, ennegrecióse; sus tersas mejillas se arrugaron, hizose desgarbada; deformaron su cuerpo la fecundidad y las ásperas faenas: ¡la paloma perdió su plumaje y gallardía al encoclarse!... Y su Antonio, la flor del valle, la septembrina tar le, la mañana de Abril, perdió sus pétalos, su irisado crepúsculo y su risueña aurora, al perder su dulce tartamudeo: «¡Ipe!... ¡Ipe!...» Ahora, convertido en galeote de muelle, llamábale con seca acritud «Felipe»... Los ricos—más felices que la pobretería, hasta en la paternidad—no gustan los amargores de trueques tales: sus hijos crecen junto á ellos, apa-

cibles, amorosos... ¡Había padecido tanto infortunio el suyo! ¡Había empezado á trabajar tan joven!... El espantajo de la miseria ahuyentó de su hogar al ave del amor... Bestia de carga obligada á proveer con su labor todas las necesidades de la familia, considerábanle sus deudos; no le amaban por los lazos de consanguinidad que á él les unían, como á esposo y padre, le estimaban como á cosa explotable, como á productor: «¡Arrel, jarrel,» parecía decirle el adusto ceño de Antonela, cuando le era imposible hallar ocupación; «¡Arrel, jarrel,» leía en la triste mirada de sus hijos—llena de extraños destellos, que se dijera le acusaba de algún delito—, cuando carecía de medios para aplacar su hambre... Se declaró vencido: ni amor ni pan le proporcionaban sus cruentas fatigas, ¿para qué, pues, luchar? ¡Nadie le quería!... Y careciendo del fecundante riego del cariño, yermo quedó su corazón. El divorcio moral entre él y sus allegados, sancionóse de hecho el día de sus desposorios con el alcohol... ¡Amargas nupcias!... Mas no, ¡cuán dulces! Horas de olvido, segundos de placer... artificial, sí; pero placer al fin... ¿Por ventura no son artificiales todos los goces de la existencia?... La Vida misma, ¿no es puro artificio, ensueño falaz de aéreas quimeras que sirven de máscara

á las sombrías realidades? Entonces, ¿para qué hojear el libro de los recuerdos?... ¡Nadie le amaba!... Y bien, ¿iba á desesparrarse por eso? En el corazón humano hay más lugar para los odios que para los amores; que son éstos sumamente delicados, y difíciles de cultivar, y aquellos arraigan y se multiplican rápidamente, sin cultivo alguno, como hierba ponzoñosa que son... En vano es que el individuo siembre flores en los caminos de su vida: habrá de regarlas con sus propias lágrimas (y las flores que reciben tal rocío despiden aspérrimo hedor); y los otros, y los suyos, arrojarán en los arriates las semillas del dolo y de la pena, ¡que tan fecundas son!, y harán de los vergeles sucios estercoleros... ¡También él aborrecía á todo el mundo!... Los otros, los suyos y él, eran una enconosa llaga, purulento plantel de gusanos, fétida gusanera... ¡Gusanera!... ¡Gusanera!...

Embriagábale, más que el alcohol, aquella pesquisa á través de la enmarañada urdimbre de sus recuerdos.

Cho Carmelo seguía durmiendo; bajo su cabeza formaban charco las abundantes babosidades que su boca destilaba.

Felipe empujó al viejo para despertarle, gritando:

—¡Arríla, cño Carmelo!... A vivir, á soñar... Salga usted á la calle, para que tomen aire y sol sus gusanos... ¡Está usted lleno de gusanos!... ¡No los siente rebullir en el corazón?... ¡Es usted una gusanera!...

El anciano pescador lanzó un gruñido y, sin abrir los ojos ni moverse, envió al cuerno al incómodo interruptor de su ventura; que ventura es el sueño que repara las fuerzas y alivia de pesares al espíritu.

Púsose en pié Felipe, y con la obstinación del beodo que se aferra á una idea, á una frase, á una canción, á un movimiento—haylos que bailan ó brincan—murmuraba:

—¡Gusanera!... ¡Gusanera!...

Tambaleándose llegó hasta el mostrador y dijo:

—CHANO, ¡aguardiente!

No estaba á la sazón de buen talante el bodeguero, y respondió con modales harto taberneriles:

—Cuando pagues lo que me debes.

Rechinó Felipe los dientes, apretó los puños, el sobrecejo arrugó; y extendiendo el brazo hacia CHANO,

—¡Gusanera!—exclamó.

Seguidamente encaminóse á la calle; mas se topó en el camino con los dos borrachos FILARMÓNICOS que, abrazados, y

haciendo gestos dionisiacos, CANTABAN desahoradamente:

«Águila que vas volandooooó
daaa..me una pluma...»

Uno de los CANTANTES atrajo hacia sí á Felipe.

—¿Convidas?—le interrogó este.

«Dame una plumaaa...»—seguía cantando el borracho, sin atender á la pregunta.

—¿No convidas?

«Dame una pluma, ¡por Diooooó!...»

—¡Vete al barajo!... ¡Me caso con tu madre!—farfulló Felipe.

Y empujando á los bellacos abrióse camino.

III

Crispados los puños, erguida la cabeza y rufianesco el continente llevaba el héroe de esta verídica historia, marchando hacia el muelle. La embriaguez le ponía en criminal disposición de ánimo; invadía-le bárbaro deseo de luchar, de herir, de golpear; salvaje fiebre no aplacada hasta que desaparecían de su cerebro los vapores alcohólicos, ó hasta que armaba pelazga con cualquiera. Si no topaba con quién pelear, marchábase á su casa y zurra á su mujer y á sus hijos. Cuando ellos huían dejándole el campo libre, tendíase en la yacija; y era muy raro que después de dormir recordase cuanto hizo durante su borrachera.

A la sazón caminaba pegado á la pared, disputando la acera á los transeuntes, chocando de propósito con ellos—en rebusca de querella—, preferentemente con los que por su atavío figurábansele SEÑORITOS, á los cuales conceptuaba, en su vesania, de distinta y más débil raza que la de los obreros; que él no estaba versado en etnología y confundía las castas con

las posiciones sociales. (Bien que no se necesita ser muy lerdo para caer en error, observando los privilegios que cierta parte de la humanidad se arroga, y la esclavitud en que vegeta otra; pues no parece sino que atravesamos el periodo histórico del imperio romano, cuando tiranos y patricios lo eran todo y el pueblo no era nada.) Después del encontronazo mirábales con descaro y murmuraba frases insultantes. Considerábase, en tales momentos, capaz de batirse con el mismo París, vencedor de Aquiles. ¿Qué eran, comparados con él, los demás hombres?... ¡Miseras moscas á las que podía despachurrar con un dedo!

Como rebullir de parásitos de especies distintas, alojados bajo la bóveda craneana, agitábanse en su cerebro los más diversos—no tanto desemejantes como disparatados—pensamientos. Entre los trabajadores del muelle contábase uno apodado, por razones étnicas, EL CARAQUEÑO, que se había hecho temible entre sus compañeros, por su destreza para luchar y por sus buenos puños. Referíanse de él hazañas que acreditaban su esfuerzo: un día se batió á puñada limpia contra dos hercúleos ingleses y salió vencedor—aunque también medio desquijarado—; en otra ocasión, disputando con el capitán de un brigantín noruego, se le subieron los brios á la

cabeza y arrojó al marino, por la borda de su buque, al agua; golpeándola con los nudillos arrancaba esquirlas á una peña. Era EL CARAQUEÑO capataz de la casa «Mendelsson Hermanos», á la cual venía consignado el vapor ALGA, que se esperaba aquel día. Felipe se prometió á sí mismo, formalmente, desafiar al terrible venezolano si éste se negaba á darle ocupación.

Al desembocar en la prolongación de la calle «del Castillo», al costado Este de la «Plaza de la Constitución», vió á Antonela que venía acera arriba—con andar lento y desgarrado; barriguda; descalza de pié y pierna; cazcarriosa la fimbria de su harapiento vestido; pitarrosos los ojos; desvaido y feo el rostro, por el cual, semejante á fachada de ruinoso edificio azotado por la lluvia, chorreaba el agua sucia y sanguinolenta que destilaba el cesto de pescado que traía sobre la greñuda cabeza—pregonando con chillonas inflexiones de voz que alternaban con afonías de gozne enmohecido:

—¡Ay, qué cabrillas fresquitas!... ¡Qué cabrillas!...

Pasó junto á su marido sin reparar en él.

Nada quedaba de la linda Antonela de otros tiempos, sino el esqueleto; y éste, deformado, encogido como si temiera ocupar mucho espacio en el mundo: las carnes eran otras, otros sus ojos, otra su cabellera, otro el timbre de su voz, otros sus movimientos, su pergeño otro.

«¡Qué fea!... ¡Qué asquerosa!...»—pensó Felipe.

Le entraron deseos de llegarse á ella y abofetearla. Seguiala con la vista, sin cesar de andar ni mirar por dónde iba—hallando motivo de acerba crítica en cada línea, en cada movimiento de aquel cuerpo que años atrás fué su embeleso—, y chocó rudamente con alguien que en opuesta dirección venía. Enfurecido por el violento encontronazo, que le hizo retroceder dos pasos y á poco más dá con él en tierra, antes de volver el rostro alzó el brazo para castigar y apercibió la lengua para el insulto. Mas al posar la vista en el transeunte y ver que era un ministro del católico rito, ¡y de los más corpulentos!—con esa cobardía de espíritu (no respeto), con esa humillación (no humildad) que tan sutilmente infiltra el dogma cristiano, aun en sus más convencionales sectarios, ante todo lo que de cerca ó de lejos toca á la Iglesia, y que se trueca en bestial embestidura, en los fanáticos, contra cuanto aquél reputa de

heregia, pecado ó falta—, la mano se le fué al sombrero; y la lengua, rechazando las torpes frases que en ella pululaban, murmuró hipócritamente:

—Su merced perdone...

Entretanto el cervigudo cura, haciendo estremecer sobre el alzacuello su triple papada—semejante á collar de morcillas—con ramificaciones hasta el pestorejo, decía con acento gangoso y grave que parecía salir de manchega tinaja:

—¡¡Bruto!!

Y arrojando sobre el obrero una última y torva mirada, alejose moviendo pesadamente su grasienta masa y contoneando su panza semiesférica.

«[Si no fuera por esos hábitos, ¡ya te lo diría yo!... ¡grajo!...]»—replicó soberbiamente Felipe... con el pensamiento.

Y prosiguió su marcha.

Ya el sol doraba las abruptas cumbres

de «Anaga» (que antes de que la patrula de aventureros españoles comandados por Alonso Fernández de Lugo trajese á las playas de «Las Afortunadas» su civilización de cruz y rapina, fueron de la guanche raza patriarcal refugio), cuando Felipe avistó el puerto. Por la ancha calle que conduce al muelle—robusta arteria por donde circula toda la vida de la Ciudad—rodaban en demanda de carga, con estrépito que parecía plagiar truenos, pesados carromatos. En la misma dirección encaminábanse—también en demanda de problemática carga, que lo es, ¡y asaz pesada!, el trabajo que embrutece—los obreros perezosos, ahora diligentes, de uno en uno, como vencida hueste fugitiva, llevando á la espalda el lio de harapos con que malcubrían sus carnes para trabajar á bordo. Algunos aún vestían pingajos y llevaban tiznada, negra por completo la cara, destacándose en ella vivamente la mate blancura de la esclerótica de sus ojos y del marfil de su dentadura: eran las huellas de la faena del día anterior, que por cansancio ó por desidia no borraron. Su misérrima estofa; aquellos ojos que despedían destellos de lucérnula; los agudos y sarrosos dientes asomando su amarillenta color en la obscuridad de bocas que semejaban cavernas rodeadas de maleza—tal parecían las hirsutas barbas—, daban

les aspecto de desertores de un ejército de hambrientos esclavos en rebeldía, que buscasen con siniestra mirada á sus opresores para acometerlos á dentelladas... Eran los espúrios vástagos que la fortuna rechaza; los hijastros del trabajo; los huérfanos, los expósitos de la Vida, á quienes se había dado por nodriza el mar, que asidos al ubérrimo seno absorbiesen ansiosamente, para calmar su ahilo, las mezquinas sobras de los hijos predilectos: armadores, banqueros, potentados del peso y la medida, negreros y piratas. Era el rebaño siempre hambriento que al matadero va pensando hartarse y en lugar de comer es degollado; seres que velaban espíando la llegada del vapor que á su bordo podía traerles el sustento; que abandonaban sus echaderos despertados por la sirena de algún flotante palacio, mientras otros seres dormían á pierna suelta seguros de que había quien vigilaba para que ellos viviesen rodeados de comodidades y de lujo; hombres que no sabían otro camino que el del muelle para marebar en busca del pan... Eran algo así como excrecencias, vegetaciones, pátina de las piedras de los diques: en el claustro materno, al muelle iban; mantes, al muelle les llevaba su madre, colgados del pecho; en su infancia, al muelle acudían ellos en demanda de la

ves trabajos ó de la moneda arrancada al viajero á fuerza de importunarle; y ya en la pubescencia, dedicábanse al oficio de su padre, se hacían estibadores. Algunos, rechazando el bestial yugo de este género de trabajo, aprendían... INGLÉS, escandalosamente adulterado, y se convertían en PIMPES (intérpretes) ó en CAMBULLONEROS (1) De ningún modo desertaban del muelle, ó en muy raros casos. Era el muelle la única herencia que les legaron sus antecesores; la Caja general, de caudal inagotable: al muelle le arrancaron el sustento sus abuelos y sus padres, y al muelle se lo arrancarian ellos. Contra su deseo, aborreciendo aquel lugar, allí acudían empujados por la necesidad ó por el atavismo; por una atracción inexplicable; acaso por instinto, como las bestias acostumbradas á seguir una ruta,

(1) CAMBULLÓN es vocablo americano, sinónimo de TRAMPA, ENREDO, EMBUSTE. Su derivación, CAMBULLONERO, significa, pues, ENREDADOR, TRAMPOSÓ, &^a; pero, en Canarias, bien por ignorancia, bien por extensión dada á la frase, designan con ese apelativo á los que se dedican á la venta de efectos á bordo de los buques.

á las que sólo el tiempo y el castigo consiguen desviar de ella.

Al lado izquierdo de la calle, simétricamente alineadas, abarcando el espacio comprendido desde el fielato de Consumos hasta la esquina de la «Alameda de la Marina,» vió Felipe triple ringlera de toneles de aguardiente de caña.

«¡Qué tesoro!»—pensó.

Y se paró á contarlos.

Había, cabales, ciento cincuenta. ¡Feliz él si le permitiesen abrir un bitoque en la hinchada panza de cualesquiera de aquellas soberbias piezas y beber hasta que se hartase!... ¡Malhubiere su infortunio que no le permitía saciar la sed de alcohol que le abrasaba, mientras que frente á él, aguardando la hora de aforo dormían, encerrados en circulares armazones de madera, un río de placeres, luegas horas de báquica alegría... Y recordaba las fogosas palabras de los oradores—que escuchó en las asambleas populares—excitando á la expropiación de cuanto pertenecía á los poderosos, que al pueblo lo usurparon, y á la rebelión contra todo poder arbitrario. (Digna aspiración de media humanidad, sacrificada en beneficio de la otra media; pero que la

inculta inteligencia de Felipe adulteraba, condensándola en bárbaro deseo de pillaje.) ¡Ah!... El gran día, «el de las legítimas restituciones!», él sería uno de los primeros que entrasen á saco en las tabernas (aquel infeliz consideraba «poderosos» á los taberneros porque «podían», si les era grato, emborracharse cuando les pluguere; que cada quisque vé la felicidad del lado de su deseo, y así como la mayor dicha para el ciego sería ver, para el aficionado á la bebida lo es el embriagarse); con preferencia en las de aquellos que ahora le desacreditaban.

Así discurría su cerebro enfermo, roído por el alcohol; que si sano estuviera más cuerdamente pensara y en las obesas panzas de las cubas adivinaría la preñez del crimen y su ponzoñoso parto... En cada gota de aquel veneno, encerrado en frágil cárcel, quizás dormía el protoplasma de una desdicha, la célula de un delito, el gérmen del odio ó del dolor... ¡Acaso también, que el sarcasmo en la vida es muy corriente y en cada trance su mueca nos acecha, el embrión de luminosos pensamientos!

Apartóse de allí el obrero, suspirando como si alejarse de aquellos lugares le apesadumbrara, y soslayando la vista, á cada paso, para recrearla en los toneles.

En la pescadería, que está á la mano derecha de la calle, yendo hacia el muelle, agitábase como en succulento panal zumbador enjambre de moscas—parándose ora acá, ora acullá, ante aquél ó estotro mostrador; estrujándose; apiñándose; dirigiéndose insultos, y aun puñadas—, la femenil turbamulta. Sirvientes, y burguesas que practicaban la economía doméstica—y que desconfiando de los criados por sí mismas hacían sus compras—, discutían con los vendedores, vociferando, el precio de la mercancía pregonada por ellos á gritos que, amalgamándose con los de las compradoras, hacían semejar la reducida pieza al locutorio de una casa de orates. Señora había que sobaba y resobaba un trozo de sangriento atún ó una plateada sama, y olfateaba agallas y calculaba pesos, hasta que el vendedor, incomodado ya, espantábala soltando un terno. Y no faltaba quien, aprovechando la menor distracción del comerciante, se marchara sin pagar el importe de su compra.

No habiendo cabida para todos en el pequeño edificio destinado á Mercado, los industriales extendieron el comercio á las inmediaciones de aquél; y en burdo table-

ro colocado sobre dos banquillos parecidos á los de camastro soldadesco, exponían al público el sabroso manjar.

Uno de aquellos vendedores al aire libre, vieja de rugosa faz y cenicienta cabellera, llamó á gritos á Felipe; y cuando este vino hacia ella, interrogóle sin cesar de atender á su negocio:

—¿Has visto á Carmelo?

Enseguida, encarándose con una jóven que acababa de acercarse á su puesto, la preguntó:

—¿Qué desea usted, señorita?

—Sí; durmiendo queda en casa de CHANO—respondió el obrero.

—¿A cómo son los besugos?—dijo la compradora, linda burguesita de terso y diáfano rostro y nebulosa historia.

—A doce PERRAS.

—Deme usted media libra.

—Y bien frescos!... ¡Vea, vea usted esas agallas!...

Y hablando con Felipe, á tiempo que ponía pescado en la balanza, añadió:

—¡Conque ese sinvergüenza anda por ahí emborrachándose y malrotando mientras yo trabajo como una esclava?... ¡La culpa es de las malas compañías!...

(Felipe arrugó el ceño al oír esto.)

—Pese usted corridito... No es oro—murmuró la jóven, atenta á su compra.

—...¡Ahora mismo voy y le saco de

allí arrastra!... Pero, ¿quién quedará entretanto al cuidado de mi tablero? ¡Ya le ajustaré las cuentas cuando vaya á casa!...

Y dulcificando el acento de su voz, dijo:

—¡Qué hermosos!, ¿eh?, señorita... ¡Están coleando!

—La he dicho á usted que si no pesa mejor no llevo el pescado... Además, es muy caro: no lo pago más que á peseta.

—¡Caro! ¡Peso corrido!...—refunfuñó la vieja.—Usted si que está corrida y cuesta cara... ¡SEÑORA!—repuso recalcando el tratamiento.—¡Vaya usted por ahí á buscar cáncamos!... (1)

—¡Indecente!—exclamó furiosa la burguesita, que era algo rabisalsea.—Si no fuese por el escándalo, ya le diría yo á usted, ¡so bruja!

Dió una rabotada y se alejó taconeando fuerte y atusándose el rubio cabello con una peineta de las que le servían de adorno; mientras la pescadera, sin curar-

(1) Aunque CÁNCAMO es término náutico con el que se designan las cabillas de hierro para afianzar aparejos, en Tenerife se emplea como sinónimo de aventuras, de enredos amorosos; y aun se extiende á otras significaciones.

se de tales arrogancias, pregonaba rabiosamente:

—¡Al rico salmonetel... ¡Al besugo fresquito!...

Y en voz baja murmuraba: «¡Ay, Carmelo! ¡En cuanto te eche la vista encima!...»

Felipe, observando los malos vientos que por allí soplaban, se puso en franquía y atravesó la calle. Y así fué como presencié una escena jocoseria.

Era sábado, y á la puerta del establecimiento de un rico comerciante amontonábase, promiscuando su callejera miseria, exhibiendo sus llagas, mendigolas, amuletos y deformidades, buen golpe de pordioseros. Hombres y mujeres, sin recato alguno—que miramientos huelgan cuando ciertos asuntos se ventilan—, estrujábanse y se daban de golpes por avanzar un paso y ser de los primeros en recibir la limosna que el hijo del dueño del comercio, imberbe jóven muy remilgado y peripuesto, disponíase á repartir.

Amonestó el currutaco á los mendigos para que guardasen compostura; mas como no le obedecían entró en su casa, y á los pocos momentos reapareció blandiendo una fusta.

—¡Ea!... ¡Se acabó el barullo!—exclamó forzando el tono de su atiplada voz—cica y amenazando con el látigo á los cuitados.—¡A formar en dos filas, ordenamente! ¡á un lado las hembras, á otro los varones!

Cuando hubo conseguido su deseo—no sin refunfuñaduras de los mendigos—dió principio al reparto. Desfilaban aquellos ante él, afectando humildad; baja la vista; sombrero en mano los hombres; arrojando sobre su BIENHECHOR caudal de bendiciones (que para revender á católicos moribundos quisiera algún obispo) que mal cuadraban en boca de quienes ataviados iban con el pesado atalaje de la miseria.

«¡Dios le guarde y PROTEJA!...» «¡La Candelaria le cubra con su manto en la hora de la muerte!...»—decían los labios acostumbrados á la maldición y á la blasfemia.

Y el jóven recibía aquel chaparrón de buenos deseos (agradecimiento de dientes afuera, que otra cosa quedaba en el pecho de los bendicentes), con cómica gravedad, erguida la cabeza, muy convencido de que la gratitud que en los pordioseros despertaban sus CARITATIVOS sentimientos—sujetos al corazón con el hilván de hipócrita orgullo—provocaba en ellos aquella ESPONTÁNEA y AFECTUOSA manifestación; y seguro de que Dios, propicio á la

súplica de los humildes, reservaría para tan cristiano mozo todas las bienandanzas terrenales y un rinconcito de gloria en el cielo... ¡No podía suceder de otro modo!... ¡Así debía esperarlo de la honradez industrial del Todopoderoso!

Un viejo de franco semblante, paticojo, que se ayudaba con una muleta para andar, al llegarle su turno y recibir, alta la frente, sin descubrirse, la limosna, quedose mirando de hito en hito al barbiponiente y exclamó:

—¡Y para esto es preciso hacernos formar como reclutas... y tanto requilorio?... ¡Haberlo dicho antes!

Tiró la moneda de cinco céntimos, que de su mano recibiera, á los piés del mancebo y se alejó golpeando rudamente el suelo con su muleta.

—¡Malvado!... ¡Sinvergüenza!...—gritó el petimetre, con furor que hacían ridículo sus afeminados modales y voz, blandiendo la fusta en dirección del antañón que, alejado de allí algunos pasos, en su iracundia no paraba mientes.

«No le haga su merced caso.» «Está medio loco»—dijeron los mendigos, para calmarle.

Pero el jóven, con lágrimas titilándole en las pestañas, entró en su casa y no volvió á salir.

«¡Pobrecillo!—lijo, para sí, Felipe.—El

viento le arrebató una ilusión... ¡Se le ha roto un juguete!]

Entonces fué cuando, los que sin limosna quedaban, se mostraron tal como eran: maldicientes, murmuradores. «¿Qué culpa tenían ellos en lo que el otro hiciera?... «Valiente marica estaba hecho el señorito... ¡Pues no se ponía á llorar cual doncelluela burlada!...» «¡Mala peste le roya las entrañas!»—decían.

Y desperdigándose, cual hojarasca que el viento abate, encamináronse hacia el corazón de la Ciudad—llenando la amplia avenida de manchas grises; avanzando torpemente, como falange de voraces vermes; sobre su cuerpo el hediondo atalaje de la miseria; seguidos de ladrones y flacos perros, que acaso en su canino idioma les insultaban viéndoles más desdichados que á sí mismos—, á la conquista de la limosna de los afortunados.

¡Buen golpe el de aquel cojo!—exclamó Felipe.

Y siguió su camino.

IV

El hato de guñapos á la espalda; la humeante «cachimba» en los labios; arrastrando pesadamente los pies, vagaba por el muelle multitud de trabajadores. Sentados otros, de espaldas á la Ciudad, en el parapeto interior de la explanada superior—cortado á trechos por las varias escalinatas que descienden al embarcadero y por la armazón de una grúa—; la vagarosa mirada recorriendo las lejanías del risueño horizonte, allá en donde las olas vomitando espumas parece que se estrellan y confunden con la diáfana atmósfera, por espléndido sol iluminada; esperando descubrir la humosa estela de la nave que les trajese ocupación, el pan del día, discutían entreverando los más baladíos asuntos con los más graves: de la peste, que hacía estragos en Funchal; de la escasez de trabajo; de las miserias del hogar; de la reciente fuga de unos novios; del elevado precio de los comestibles...

Subido en el pretil que corona en gran parte á la escollera, catalejo en ristre, un

Agente de Aduanas escudriñaba en todas direcciones la crespa superficie de las aguas, que á sus pies azotaban, seguras de su triunfo, el roquero obstáculo que desafiaba sus brutales energías.

—¡Ah!...—murmuró suspendiendo el errabundo movimiento del anteojo y fijando éste hacia un punto.—Allí viene.

—¿Vapor?—interrogáronle algunos estibadores que junto á él estaban.

—Sí... No distingo su bandera...

Enfiló el catalejo hacia Anaga y añadió:

—Inglés... Debe de ser el ASIRIA: se espera hoy.

—¡El ASIRIA!... ¡Un carbonero!—exclamó uno de los que le escuchaban.

Y esta exclamación, «¡Un carbonero!», repetida alegremente por la muchedumbre, recorrió en pocos instantes los ámbitos del muelle. Centenares de hombres concibieron la esperanza de hallar entre los negros pedruscos que llenaban el vientre del mónstruo, que cual punto apenas perceptible esfumábase en lontananza, el sustento de la familia... ¡Cuán amargo debía de ser el desengaño de los que tal ilusión vieren desvanecida!

El semáforo del antaño y antiestético «castillo» (á cualquier cosa llaman «castillo») de San Cristóbal, repitió la señal que el de Anaga le transmitiera:

«¡Tam...tam!... ¡Tam...tam!... ¡Tam...

tam!...—sonó su esquilón; y en el asta semafórica aparecieron bolas y banderas.

«¡Vapor «de arriba»...» «Inglés.» «El ASIRIA.» «¡Un carbonero!»—decían los trabajadores.

Y seguían con la vista la difusa línea de humo—perdida, maculando apenas con leve mancha gris la límpida atmósfera; en las lejas del horizonte—que marcaba el derrotero de la nave.

Comenzaron á llegar más obreros, todos iguales, signados por la misma garrá: los rostros curtidos y angulosos; torpes y pesados en el andar; á la encorbadá espalda el hato de pingajos... Un alud de óseos despojos que, arrastrando carne macerada, enjuta, amarillenta, y arrapos desteñidos, invadía las explanadas. Habían visto ú oído la seña del semáforo, que era para ellos toque de llamada; quizás advirtieron la parda nubecilla que en los aires se expandía, y acudían, acudían en busca del mendrugo. Algunos venían de la taberna, calamocanos; con heces de vino en el moreno rostro, entrevelado por ásperas barbas; otros llegaban de su casa: traían la dulce miel de los besos de sus hijos en los pálidos y rugosos labios.

El vapor aún tardaría en llegar lo menos media hora: reformáronse los grupos y se reanudaron las interrumpidas conversaciones.

Formando corrillo alrededor de un viejo estibador que gozaba fama de sabihondo entre sus compañeros, había como hasta una docena de éstos escuchando la charla insulsa, fácil y disparatada—como la de muchos GENIOS de la oratoria—que aquel dejaba escapar, á raudales, de su boca.

—Mientras quien puede—decía el charlatán—no llame á Salmerón y le diga: «¡Amigo, gobierna en mi nombre!»; NOS ALIEMOS con el inglés y ENVIEMOS al cacique de León y Castillo á un presidio de África; entretanto no HAGAMOS todo eso, seremos los españoles un jato de jambrientos... Y eso que no creáis que LA España es pobre... Y como valiente, ¡no hay otra nación como LA España!

Calló un momento, para expectorar. Masticaba tabaco, y el negruzco salivón dibujó en un adoquin irregular circunferencia de más que mediano tamaño. Luego paseó la vista, orgullosa, insolentemente, por el auditorio, como retando á quienes lo componían á que refutaran sus palabras.

—Sí,—arriesgó uno—muy valientes, cho Andrés; pero perdimos Cuba y Filipinas.

—¿Creéis que perdimos nuestras colonias por cobardía?—replicó apresuradamente, casi indignado, el pseudosabio.—¡Quiá!... ¡Aquello fué amasijo hecho entre

los pejes gordos!... ¡De papas y pescado les sirven los americanos á los españoles!...

—¡PERDIMOS Cuba y Filipinas!... ¡NUESTRAS colonias!...—exclamó á esta sazón, sonriendo con ironía, un jóven que escuchaba atentamente.—¡Soberbia pérdida la NUESTRA!...

Iba á continuar hablando, mas le interrumpieron enseguida diciéndole:

—¿Quién te ha dado á tí vela para este entierro?

—Entiéndetelas con los de tu laya, con esos cobardes que asesinan, alevosamente, á las personas.

Más se avivó con esto la comezón que el jóven sentía de tomar parte en la conversación; pero, observando las hostiles miradas de que era blanco, y de ellas deduciendo que no era aquel el instante oportuno para desarrollar sus argumentos, optó por encogerse de hombros y guardar silencio.

Era un estibador á quien sus camaradas, por las radicales ideas que profesaba, apodaron EL ANARQUISTA, creyendo que tal sobrenombre constituía bárbaro ultraje; que el ignorante, cuando hiere, trata de hacerlo en el corazón. Viviendo en una época en que á todo el mundo preocupa la cuestión social, pensador y estudioso, no perdía ocasión de instruirse. La lectura de cuanto papel impreso había

a las manos, era devorada por él con ese afán y entusiasmo que los desheredados de la fortuna, dueños de firme voluntad, ponen en sus empeños. Compulsando teorías, sometiendo a imparcial crítica dogmas, sistemas y procedimientos, adquirió, si no una vasta instrucción, sólido, sano y propio criterio que limpió de atavismos y de sombras su cerebro. Y convencido de que la sociedad está compuesta de dos únicas clases ó razas—una de expoliadores y verdugos, otra de expoliados y víctimas; una que detenta y asesina ¡autorizada! por Códigos convencionales y Códigos escritos; otra a quien las mismas leyes condenan a ser usurpada y asesinada—, y llevado de su natural instinto de independencia, se hizo anarquista comunista; que para serlo no es preciso, como aseguran incipientes críticos, ni ser loco ni héroe (caso que el heroísmo no sea una de las diversas manifestaciones del desequilibrio mental), sino tener espíritu de Justicia, sentirse digno de gozar «la vida digna de ser vivida». (Feliz frase de Bjoernson, que muchos han repetido como de cosecha propia.) Procuraba hacer prosélitos difundiendo entre los suyos, entre los humildes, las hermosas utopías; pero sus esfuerzos eran casi nulos: estrellábanse en la espesa costra de ignorancia que recubría el cerebro

de sus compañeros. Mas tanto hizo en aquel sentido, que atrajo hacia él la atención de los capataces, quienes fueron con el soplo a sus «amos», los consignatarios de buques, los cuales declararon al joven guerra sin cuartel. Los malsines, cumpliendo órdenes recibidas, por su soplonería provocadas, abstuviéronse de proporcionarle trabajo; y EL ANARQUISTA, que no tenía otro recurso para ganar su sustento y el de su madre, anciana y ciega, se vió sitiado por hambre como plaza fuerte. No se rindió por ello el joven, y cuando tal situación se le hizo insostenible, avistóse con sus enemigos; y sin alardes bravucones ni rastrieras—que unos y otras repugnan al hombre que tiene cabal concepto del lugar que ocupa entre los seres creados por la Naturaleza—, hízoles ver lo injusto de su proceder y las consecuencias que podía acarrear. Fuere por temor de que el mozo cayese en desesperados extremos, fuere por espíritu de justicia—lo cual es muy dudoso—, los consignatarios revocaron sus disposiciones, ordenando a sus aliados que en lo sucesivo, sin reparo de ninguna índole, admitiesen en el trabajo al ANARQUISTA cuantas veces él lo deseara. Esto, que anulaba en cuanto al joven se refería la facultad que tenían de distribuir el pan entre quienes les plu-

guiese—de la cual usaban y abusaban en beneficio de allegados y de amistades gubernativas—no hizo mucha gracia á los FIELES y LEALES servidores (antiguo es el refrán que dice: «No hay cuña que más apriete que la de la misma madera»), que sin pena hubiesen visto perecer de ahilo al hombre que de manera tan digna sacudía su depresiva tutela—pues sería el gusto de los ruines, ya que á ellos les esta vedada, que la nobleza no existiese—; mas la orden era terminante y hubieron de cumplirla aunque fuese de mal grado.

Uno de los que tan brutalmente interrumpieron al ANARQUISTA, dirigía ahora la palabra á sus camaradas.

«¿Qué les importaba á ellos—decía—que los cubanos padeciesen el dominio directo de España ó el indirecto de los Estados Unidos, ni los demás asuntos de aquella nación?... Allá los españoles arreglaran sus negocios. Los canarios no eran españoles sino africanos... (1) Lo que las islas necesita-

(1) Creo conveniente hacer observar aquí, para satisfacción de los demasiado puntillistas, que yo no hago sino reflejar, en esta novelita, impresiones recibidas; y muchas

ban era la ANTONOMÍA, ó la LIBERTÁ ASOLUTA bajo el PROTETORADO de una nación fuerte. ¡Si sabría él lo que hablaba!... ¡Como que se lo había oído decir, á grito pelado, á unos caballeros que paseaban en la Plaza!...»

—¡Unas «Visperas Sicilianas», es lo que hace falta aquí!—añadió otro.

—¡Y qué es eso?

—No sé; pero así decía, la otra noche, Adolfo Cabrerizo el abogado... ¡Y cuando él lo dijo!...

—¡Bah!... ¡Cabrerizo! ¡Ave sin nido!

A este punto prodújose grande agitación en la dispersa horda de trabajadores: pusieron en pie los que estaban sentados; disolvieronse los grupos; corrieron los que desde la escollera escudriñaban el horizonte y seguían con la vista la marcha del ASIRIA. La multitud afluyó hacia las escalerillas que conducen al embarcadero, y había quien las bajaba precipitadamente, á saltos; otros, por atajar camino, descolgá-

frases que pongo en boca de los imaginarios personajes que en ella figuran, han sido recogidas por mí, y fielmente anotadas, de labios de personajes reales. Conste, pues, que no es mi ánimo ofender los sentimientos de nadie, que respeto cual deseo respeten los míos.—EL AUTOR.

banse por el muro de contención de la explanada alta, sin curarse de los porrazos y torceduras de pie á que se arriesgaban.

Desde donde se hallaba, con amarga sonrisa en los labios, observaba EL ANARQUISTA la repugnante escena. Junto á él, otro estibador seguía con triste mirada á sus compañeros.

—¿Tú no vas?...—le interrogó el jóven.

—No; ese cochino capataz no quiere darme trabajo.... ¡Vea yo gangrenado su cuerpol

Entre las pequeñas embarcaciones de vapor y remo que en gran número surcaban la bahía, destacábase por su fea apariencia y pesados movimientos un lanchón á bordo del cual venía EL GUANCHE, capataz de la casa «Harriss» á la que venía consignado el vapor carbonero, que ya entraba por la boca del puerto lanzando á la atmósfera, á intervalos, por la férrea garganta de su estridente sirena, aullidos de monstruo, regurgitaciones que se creyeran las de un titán en agónico trance—que tremaban ecóicamente en las montañas de «Paso-Alto» y «San Andrés»—, y penachos de humo gris.

El que tuviere «la fortuna» de ser elegido para trabajar en EL ASIRIA, tendría ocupación segura lo menos para veinte días. Por eso la multitud, apiñada, en

montón cual manada de recentales, observaba los movimientos del lanchón, que hacia el embarcadero enfilaba su proa. Al llegar junto á aquel, el capataz, que venía timoneando, viró hacia otro lado.

Agitóse el rebaño humano, siguiendo, en tierra, el nuevo rumbo de la embarcación; rumbo que otra vez varió EL GUANCHE.

—¡Granuja!... ¡Se divierte!—murmuró EL ANARQUISTA.

Los tripulantes del lanchón rieron, á pesar de que la chanza del patrón les aumentaba el trabajo—pues no parece sino que los hombres gozan viendo sufrir al prójimo, aunque el padecer de éste anexo lleve el de ellos mismos—; los estibadores maldecían y murmuraban. «Aquello era una sangrienta burla, odioso plagio del carnavalesco pasatiempo de ¡AL HIGUI!»

Por fin atracó la lancha. El capataz paseó la vista, al atisbo de sus deudos y amigos, sobre el montón de carne de trabajo ansioso de alquilar sus energías.

Los que estaban en las últimas FILAS procuraban abrirse paso—¡difícil empresa!—á través del apelmazado grupo, para llegar á las primeras, repartiendo codazos á trueque de los cuales recibían golpes sordos, traidores, de misteriosos y esforzados puños; y coces y rudos pisotones de voluminosas y pesadas extremida-

des. Estirando otros el cuello, para hacer sobresalir su cabeza entre las de sus compañeros, intentaban hacerse visibles á aquel hombre que podía disponer arbitrariamente, en tales momentos, del pan de veinticinco ó treinta familias.

Comenzó el embarque. La horda escuchaba en silencio, atentamente, la agudamentosa voz del capataz que, entre chupada y chupada á su cigarro, lanzaba al viento un nombre. Y aquellas vibraciones roncadas y monótonas esparcían, entre el abigarrado montón de pingajos y carnaza, desengaños y alegrías; y en las pausas que mediaban entre nombre y nombre—que EL GUANCHE hacía largas para rebuscar entre aquellos rostros, cuyos ojos mirábanle suplicantes ó amenazadores, el del pariente ó el del amigote—reverdecían las esperanzas de los que aguardaban ser preferidos en la extraña selección.

—Embárcate, Ramón... Embárcate, Morro... Embárcate, Lorenzo...—decía el capataz.

Saltaban al lanchón los elegidos, sentábanse, y ya tranquilos por el pan de aquel día, reían; chanceábanse de los que aún aguardaban, paseando sobre ellos indiferentes ó triunfadoras miradas mientras encendían sus pipas; ó, bien, des-

atando los pañuelos, preparaban la ropa de faena.

Un muchachuelo descalzo, y casi desnudo—el «glaucó» mocarro (preciso es rendir homenaje á la poesía!; pero, á decir verdad, el mocarro era verdiamarillo) esforzándose por abandonar su prisión, hacía la que era atraído por enérgicas aspiraciones nasales (vulgó «sorbetones»)—, recogía en tierra los sombreros que desde la lancha éranle arrojados, y se encargaba de llevarlos al domicilio de sus respectivos dueños—las familias de los cuales sabían por conducto del portador el paradero de sus allegados—, recibiendo de éstos, por tal servicio, propinas de diez ó quince céntimos. Era productiva ocupación en la que los chicuelos competían; y aun se golpeaban por desempeñarla... Pertenecían á la raza de los expoliados, casta que se combate á sí misma—¡habiendo tantos, fuera de ella, á quienes por instinto de conservación debiera combatir!—, lo cual fortalece á sus enemigos.

Más rápidamente que en guerrero cuadro, llenábanse los claros que en el nutrido pelotón dejaban los elegidos. EL GUANCHE cesó de nombrar y contó los hombres que había en la embarcación:

—Trece, catorce... diecisiete... veinte, veintuno...

El montón comenzó á disgregarse, con murmullos de protesta y descontento; sólo aguardaban aún los más necesitados ó tercios.

—...Veintinueve—contó el capataz.

Y volvió á explorar el grupo. No descubría en él á quien buscaba. Sin embargo, pensó que acaso estuviere en las últimas filas, y á la ventura dijo:

—TIBURÓN... embárcate.

TIBURÓN, que efectivamente estaba entre los postreros, quiso abrirse paso, en línea recta, á través de aquel amasijo de cuerpos; pero sus camaradas, malintencionados, despechados y envidiosos, rechazábanle como la yeguada al lobo; y tuvo que rodear para poder embarcarse.

Cuando el lanchón estuvo á algunos metros del embarcadero, se armó una zurribanda «de todos los diablos». Los trabajadores que en tierra quedaban comenzaron á insultar rabiosamente á los que en la lancha iban, quienes, más dichosos que aquellos, tenían asegurada ocupación—que es lo mismo que decir pan—para unos cuantos días. Encarnizábanse, singularmente, en TIBURÓN y en el capataz.

—¡Borregos!

—¡Jambrientos!

—¡Anda, GUANCHE, ¡fantasioso!... ¡Dende que eres capataz no t'acuerdas de la hambre que t'he matao!...

—No hay nada como tener hijas guapas para ser amigo de los capataces, ¿verdad, TIBURÓN?

En voz baja, las murmuraciones contra EL GUANCHE eran sangrientas.

«¡Cornudo! A los tratos de su mujer con el mayor de los Harriss debía el ser capataz de la casa.»

Los de la lancha devolvían injuria por injuria. TIBURÓN, que era perreigue, en pie, gritando como un energúmeno, blandía amenazadoramente sus robustos puños y quería desembarcar. EL GUANCHE, sentado á popa, en una mano la caña del timón y en la otra el cigarro, hacía mohines con los labios intentando dibujar en ellos sardónica sonrisa—una de esas conejiles muecas que parecen arrancadas con tirabuzón de la más profunda oscuridad del pecho y que entrevelan honda pena—á la vez que decía:

—No les hagáis caso, es su estómago el que habla... Si volviésemos ahora mismo á tierra, les veríais venir como cordeiros, la lengua en quietul, á ponerse á mis órdenes.

Lo cierto era que muy á menudo ocurrían en el muelle escenas semejantes, y á los cinco minutos ni ofensores ni ofendidos recordaban los ultrajes.

CHO Andrés y tras él sus amigos, que tampoco habían sido gratos al GUANCHE, las sombras del desaliento entristeciendo sus angulosos rostros, subieron lentamente, reacios, como si arrastrasen un gran peso, las escalerillas, y sentáronse en el parapeto, junto al ANARQUISTA, que arrojó sobre ellos híbrida mirada de conmiseración y de desprecio.

—¡Está visto!...—murmuró CHO Andrés.—El que no llena de vino la barriga de los capataces, no trabaja... ¡Me caso hasta'ní!... Mal arreglado anda el mundo, ¡mal!...

Se metió en la boca un puñado de tabaco y comenzó á masticar y á escupir con rabia.

—¡Hola, hola!... Reconocéis que la sociedad está mal arreglada, ¿eh?—dijo EL ANARQUISTA.

—¡Indudablemente!... Pero eso no quiere decir que pueda arreglarse con dinamita—respondió irónicamente el viejo.

Y sonreía satisfecho del saetazo que acababa de lanzar contra el joven.

Este dudó un momento antes de replicar. Temía entablar discusión con sus camaradas que, ó no le comprenderían, ó afectarían no comprenderle. Luego se decidió y habló de esta manera:

—No encontráis justificación para el empleo de la fuerza, ¿verdad?... Yo tampoco. Pero hay que ser intransigente con la violencia, parto de donde partiere: justificar, glorificar las faltas de unos y castigar cruelmente las de otros, no es equitativo. Tened en cuenta que la desesperación es mala consejera, y que una sociedad basada en la violencia; una sociedad en la que usurpaciones; luchas fraticidas; explotación del hombre por el hombre; gobierno del individuo por el número—al que no siempre asiste la razón—y por la bayoneta, no por la inteligencia; una sociedad en que hipocresías de toda índole; fraudes de toda calaña, son premiados con el respeto y el aplauso social, tiene que incubir por consecuencia forzosa, barbarie: si á lo hampesco sumáis lo gemoniaco, el resultado de éstos dos factores será el crimen... Ciertas violencias dañan más á quien de ellas se vale que á aquellos contra quienes se encaminan: ¡peligroso es jugar con fuego! Para hacerse respetar no es necesario ser violento: basta con ser enérgico. Mas si la violencia es perjudicial, lo es mucho más la

cobardía, el miedo... ¿De qué os vale vuestra humildad, que se ha transformado en humillación? ¿De qué os sirve aguardar pacientemente un REDENTOR que no llegará, que no puede llegar, porque vosotros no podéis aguardar otros Redentores que vosotros mismos?... La esclavitud es anterior al cristianismo; pero antes de que esta religión—que vino á retrasar el progreso humano—naciese, la insurrección era un derecho; aquella anatematiza la rebeldía y ensalza la humildad: la perniciosa influencia de tales doctrinas llega hasta vosotros, y á cada nueva ofensa variáis de postura para no recibir el latigazo en la misma mejilla.

—Pero, ¿quieres decirme, ignorante!, qué soís vosotros, los anarquistas, sino cristianos... sin Dios?

—¡Cristianos... sin Dios!... ¡Ya es algo! —exclamó el joven sonriendo burlonamente.

—¡Me lo han dicho personas que saben más que tú y que yo!—añadió con Andrés, amoscado por la risa del otro.

—¡Pues lo han engañado á usted! El cristianismo es el culto al Misterio, á la Muerte; la abdicación, la anulación absoluta de la materia; de la carne; de lo que se vé; de lo que se toca y de lo que se analiza, ante los dioses; ante el espíritu; ante lo que no se vé ni se palpa, ¡ni se comprende!... La Anarquía es el home-

naje á la Luz, á la Verdad, al Amor, á la Vida... Pero, aun suponiendo que el dogma cristiano, con su adoración á sangrientos ídolos y sus cantos funerales; con todas sus farsas y renunciamentos, tuviese algún contacto con el ideal anarquista, que rie y ama al Sol; al alma en la carne—pues aquella es una derivación de ésta—; á las frondas y á las fontanas, sería un contacto tan sutil, ¡tan sutil!... Pues bien, aun supuesto ese roce, no esperéis ver á la Anarquía apostatar de su credo como hizo el cristianismo; semejante apostasia es imposible, porque la Vida no es polimorfa: aunque multiples sean sus manifestaciones, su aspecto es uno: VIDA, LIBERTAD; y la Anarquía es la Vida misma... Los cristianos, para llegar á las cumbres del Poder, dejaron en las zarzas del camino lo más puro de sus doctrinas, cuanto de humano tenían, cuánta Verdad encerraban... ¡Se hace tan pesada ésta cuando se trata de escalar cimas con ella sobre los hombros! El cristianismo, para hacerse religión de Estado, claudica, se prostituye, se adapta al capricho de los poderosos... ¡En las gradas de los tronos anidan ponzoñosas sierpes: quien sobre aquellas pose el pie, es hombre muerto!... La Igualdad, la Fraternidad, el Amor universales predicados por los Apóstoles, son frases, no realidades: del cristianismo

se aceptó el dogma religioso, no el social. No es el cristianismo el que somete á los Césares y á los patricios, son éstos los que compran y ponen á sus órdenes al cristianismo; ¡y las humildes multitudes quedan abandonadas!... Si la Anarquía pudiera deformarse; si se doblegara al capricho de los poderosos; si penetrase en el FORNIX político, pronto se llenaría el mundo de falsos anarquistas... Era el cristianismo eminentemente humano, social; deificaba al hombre en el Mártir de la novela del Gólgota, en Jeschoua; mas al encumbrarse se ensoberbece, se hace humanicida y ególatra: Dios lo es todo, los hombres nada; se convierte en cadena de la sociedad, monopoliza, atesora, miente, maldice y condena; extermina con la tea de Torquemada, con la espada de Alba, con el arcabuz de Carlos IX, con el hacha de los verdugos al servicio de todos los déspotas, con la horca de Montfaucon... Pero esto no le basta: un CORRESPONSAL de Dios en la Tierra, un Pontifice, plagiando á los paganos, ¡á aquellos paganos tan perseguidos!, crea un nuevo infierno para espanto de ignorantes y prosperidad del tesoro papal. La gemoniaca epopeya del «Monte de la Calavera» cambia de símbolos, mas se repite á través de los siglos; y tras las crucifixiones en vida, os aguardan los tormentos de

ultratumba... Sin embargo, preserváos de aquellas y reios de éstos.

—¡Eres un fanático! Afirmas que la Anarquía es Amor, Libertad, Vida, olvidándote de que la Anarquía asesina.

—¡No, la Anarquía no! son los hombres quienes, llevados de sus pasiones, caen en violentos extremos... No se trata ahora de discutir hombres, sino principios; bien sabéis que la idea es la flor, el hombre las espinas.

Guardó silencio breves instantes El ANARQUISTA, y luego añadió:

—No quiero referirme á vosotros, porque barrunto que la miseria en que vegetáis os habrá servido de maestra: agarrad del pectoral á un obispo; dé los cabezones á un potentado; traedme aquí una columna cualquiera de las que sostienen el edificio social; traed aquí á cualesquiera de esos que por egoísmo tienen que ver la cuestión disfrazada con hipócrita máscara; traedle aquí y que me demuestre con razonamientos, con lógica, la necesidad de las iniquidades sociales... Os pido un imposible, ¿verdad?; porque si hubiere quien á su cargo tomase tal empeño, todo acto que tendiese á la desaparición de tan bárbaro régimen quedaría justificado. Hay cosas injustificables, indisculpables; porque si el crimen se santifica, sagrada se hace la represalia; aquí

no caben términos medios: las Erinnias deben ser contrabalanceadas por Némesis; a las garras del tigre opongamos nuestro fusil de caza. ABYSSUS ABYSSUM INVOCAT: la Hidra que se llamó Napoleón, cayó a los golpes del Hércules que se llamó Wellesley; en Temistocles encarna la gallarda figura de la Justicia aniquilando a Jerjes; Marco Junio, hundiendo su espada en el pecho de César, no es un asesino, es el vengador de la República ofendida... Nada me sorprende en vosotros; pero es doloroso que se haya atrofiado de tal modo vuestra inteligencia; es deplorable que el hábito del mal os embrutezca hasta el punto de que veáis, de que ayudéis gustosamente a perpetrar ciertos crímenes colectivos—premeditados por aristócratas y mesócratas—cuyas fatales consecuencias redundan en perjuicio vuestro, y os aterréis y pidáis el exterminio del individuo que en momentos de error y ceguera recurre a la fuerza—lo que siempre es sensible—para reivindicar sus derechos naturales... ¡y los vuestros!... Puñal, fusil, esclavitud, alcohol, lupanar, son para mí execrables sinónimos: ¡a vosotros quizá os parecen más NOBLES unas armas que no otras!... ¿No os causan pavor el campo de batalla, el hospital, la segur del hambre, que cercena vuestras cabezas, que prostituye a vuestras hijas y a

vuestras esposas y las pone a merced de burgueses sin conciencia y de zorroclocos rastreros [aborrecibles seres, dignos de nuestro mayor desprecio, que a la doblez adeudan su bajuna ELEVACION; que si por la inteligencia y el trabajo se elevaran, a vuestro lado seguirían, y antes merecerían alabanza que no censura], transfugas de su esfera, que es la vuestra, los cuales se hicieron lugar entre la burguesía; ¡no os aterra el alcohol, que emponzoña vuestra sangre, que se arroja sobre vosotros, como salteador emboscado al acecho del caminante, a cada nueva desgracia, a cada nueva miseria que os aflige [¡y vosotros las conocéis todas!], encubriendo su maldad bajo el manto de un olvido ficticio, de un falso consuelo?; ¡no os espanta el trabajo excesivo, que lentamente os aniquila?... Pues todo esto, que a vosotros quizá os parecen [¡porque hasta al mal se habitúa el hombre, y perdida la noción del bien todo se trastruca y embrolla en su cerebro!] «modos», manifestaciones de la Vida, no lo son; que ésta, en sí, es placida y bella; y solamente la humanidad, que todo lo trastorna y adultera, ha podido ejecutar la horrible metamorfosis con que se nos representa. Y hay seres que sabiéndolo, queriendo evitar padecimientos a la especie de que ellos forman parte; deseando

que la Existencia adquiera de una vez para siempre su verdadero aspecto, caen en la exaltación, en la DEMENCIA que pudiéramos llamar BIENHECHORA; esa DEMENCIA por la Verdad y por la Libertad que empuja á Galileo hacia las garfas inquisitoriales; esa INSANIA sublime que á un tiempo mismo abre la tumba de Rizal y graba sobre la frente de un hombre, con el punzón de la vindicta pública, la palabra «¡ASESINO!»; que á aquellos extremos conducen hoy, desgraciadamente, el Amor al prójimo y la Sed de Justicia.

—A los locos, ¿se les amarra!

—A los locos, ¿debe curárseles! Hay DEMENTES que sanarían tan pronto como fueran suprimidas las causas extracerebrales que motivan su dolencia.

—Para nada es preciso matar: el que quiera ejercer sus derechos, reclámelos...

—¡Tómelos!

—El que quiera saciar su hambre, si no hallare trabajo implore caridad: ¡nunca faltan almas bondadosas!

—¡La caridad! ¡La limosna!... ¡Bien dan á conocer tus palabras el falso concepto que de tu dignidad te ha hecho concebir la EDUCACIÓN que has recibido!... ¡Luego la vida no es un don de la Naturaleza, no os pertenece? ¡Es un despojo que el afortunado arroja al esguizaro, como el cazador á su jauría!... ¡No: la

vida es un derecho inalienable, inalienable... El hombre no necesita matar, no; pero, ¿acaso le es preciso á la sociedad, para subsistir, arrogarse y ejercer «derecho» de vida y muerte sobre el individuo? ¡Menguada sociedad la que fusila y agarrota! ¡Despreciable sociedad la que priva al individuo de medios de existencia y castiga ciertos robos!... El hombre no necesita matar, no; ¿por qué, pues, se le obliga á ello?... El hombre no necesita matar; pero tampoco puede, tampoco debe consentir que se le contene, ni á vestir la hopa, ni á oficiar de verdugo, ni á perecer de miseria en un cobil cualquiera... Yo no hago la apología del delito, yo abortezco el crimen; mas decidme, honrada, franca, lealmente: ¿no hay delincuencias atenuadas por las circunstancias, por el mercantilismo, por el merodeo de que se pretende haber hecho ciencia, Ética social?... Para mí, quien da muerte á un gasano comete un crimen. ¿Merece que le corten la mano? Pues bien [aunque yo creo que esto es añadir un crimen á otro, y nuestro deber es evitar entrambos]: ¡cortadla!; mas no reparéis en que sea la de un príncipe ó la de un mendigo: uno es el delito, ¡una sea la Justicia!... Fijaos bien: yo pido Justicia para todo lo creado, y la Justicia es Vida y Amor; la Justicia es diáfana, luminosa:

¡no la envolváis en roja sobreveste, no la abisméis en las tinieblas, no la déis atormentadores y supliciados por compañía!...

—¡Luego convienes conmigo en que para reivindicar mi derecho á la vida no necesito detentar el de los demás!

—¿Y quién ha dicho lo contrario? Eso es precisamente lo que yo deseo, que nadie usurpe mis privilegios de hombre. Pero nota que, en la actualidad, esa es la teoría: tiende la vista á tu alrededor y advertirás que otra es la práctica... Dime, ¿qué hace el conjunto «sociedad», del que tú eres un átomo exinanido, anulado [y no activo porque ASÍ LO EXIGE EL BIEN COMÚN], para salvarte si peligras?... Se te pide «cordura», «humildad», ante los padecimientos; y si desesperado por el dolor ruges, se te aplica bárbaro cauterio... ¡o se te suprime! esta, esta es, ¡desgraciadamente!, la práctica... Todos culpables somos, nadie hay sin mancha, y cada cual afirma su derecho sin respetar el ajeno... ¿Quién es capaz de trazar, del tuyo á mi derecho á vivir, una línea perfectamente cognoscible? A nadie el sol su luz ni su calor le veda, á nadie sus linfas niega el manso arroyo...

—¡La cántiga de siempre!: ¡el manso arroyo!, ¡el sol!, ¡la Vida!... ¿De qué me sirve todo eso si no lleno la andorga?

¿Puedes decirme qué es la Vida? ¿Sabes explicarme para qué vivo yo? ¿Quieres desvanecer una duda que me ocurre? Hela aquí: ¿no es preferible la muerte á la arrastrada existencia que llevo?

—Sí; la muerte es preferible á esa existencia de bruto hambriento que vaga por las selvas en busca de presa, dando y recibiendo dentelladas... Bajo el férreo yugo que á todos, potentados y mendigos, abrumba, la Vida es aborrecible. El expoliado padece las miserias de toda índole anexas á su condición; concita el poderoso contra sí, bien por sus reprobables comportamientos, bien por el mero hecho de serlo, el odio de aquellos á quienes su opulencia ofende, y obligado se vé, mal que le cuadre, á soportar ciertos padecimientos secuela del poderío; pues bien sabéis que Riqueza y Felicidad no son una misma cosa... aunque mucho ayuda aquella á alcanzar ésta. Expoliador y expoliado víctimas son del sistema brutalmente autoritario estatuido por el primero, que al forjar las cadenas de su siervo forjó también las suyas... Porque, magüer las suyas son más largas, ¡cadenas son al fin! Mas cuando al justiciero golpe se quebranten, la existencia cambiará de aspecto: el hombre SERÁ; el hombre SE VIVIRÁ á sí mismo aspirando los deleitables aromas que la Vida

tiene; y hasta las amarguras inevitables, ingénitas á la naturaleza humana, que forzosamente subsistirán, ya limitadas á estrecho círculo, serán accidentes que más sensitivos harán los goces de la Existencia... Pero, me has preguntado qué es la Vida, y voy á responderte. Escuchaste, ¡infeliz!, el canto de las aves, ¿y no sentiste en las simas de tu sér placeres infinitos?... Dime: luego de escuchar el gorjeo de esos grandilocuentes átomos, ¿no experimentaste en el abismo innominado en donde mora el sensorismo; en donde las tinieblas se confunden, se amalgaman con la luz; en donde todo es llanto y risa, amores y odios; en ese pensil que florece en una cloaca; ¿no gozaste, di, la infinita dicha de vivir?... Las auras han besado tu rostro; la sangre ha circulado hirviendo por tus venas y has amado; aspiraste el aroma de las flores; el trueno ha rebombado tonante en tus oídos; mariposas de luz bordó la Noche, á vista tuya, en su enlutada clámide; las olas han reído espumosas á tus plantas; has buscado la plácida sombra de la dormida selva; á tus pies has visto discurrir el manso arroyo; la Luz se ha hecho, el Sol ha llegado hasta tu frente, ha puesto en ella un ósculo de Amor y ha dicho: «¡VIVE!», ¿y no has sentido conmoverse las fibras todas de tu corazón? Di, ¿no has cantado con el ave; perfumado con

la flor; tremado con el trueno? ¿No has reído con las olas; besado con el céfiro? ¿No has sido tinieblas con la Noche; luz con el alba; manso con el arroyo; melancólico y durmiente con la selva; amante con el Amor?... SER todo eso; asrarlo, sentirlo, comprenderlo, gozarlo, padecerlo: ¡he ahí la Vida, he ahí la plenipotencia de la Existencia!... He ahí la Vida que nosotros reclamamos, que nosotros exigimos para los hombres: la Vida libre, la Existencia Humana. Nutrirse, digerir, son funciones orgánicas imprescindibles, sí; pero vivir para ellas, vivir esclavo del ergasterio ó de la gleba, es vivir la existencia del bruto domesticado. En el hombre hay dos existencias: á vosotros sólo se os concede una, y no á satisfacción: la vida animal, la vida vegetativa. La que nosotros deseamos, la Vida amable, la verdadera, es la afectiva. Sabiduría, Belleza, Arte, Amor, Libertad, son elementos esenciales, son EL CORAZÓN de la Vida, la Dicha, la Alegría de la Existencia: nosotros queremos ser dichosos!... Si vivir fuese luchar por llenar la andorga [y dicho sea con el debido respeto], ¡ciscárame en tal vida!... Yo no me alegro ni me duelo de vivir; pero, ya que fui creado, quiero existir y coexistir; quiero existir en materia, quiero vivir en sentimiento: ¡quiero ser!

¿Es hoy por hoy posible, sin variar la forma constitutiva de la sociedad; sin destruir los gérmenes morbosos que en sí lleva; es posible, repito, la Felicidad? ¡No! Pues bien, la Humanidad tiene que hacer porque lo sea: es su misión, lo ha sido y lo será. La especie humana, considerada en masa, es progreso positivo, aunque haya individuos que mirados aisladamente sean la negativa del progreso: la Humanidad sigue su evolución, forzosamente, irremisiblemente... En el fondo, aunque finges ignorarlo, y pese al atavismo que te encadena al pasado, estás en todo de acuerdo conmigo, es decir, con mis ideales; porque ellos son la Razón y la Justicia. Y siendo así, por el mejoramiento de la especie, por el bien de los tuyos, por tu propia conveniencia, debes reunirte a nosotros y prestarnos tu ayuda... Dedicarnos a la lucha, estudiar sin tregua y limpiar de abrojos el camino a las generaciones que serán, es el derrotero que nos está señalado; que en las lides por el Bien se templan las almas, y en tal lucha se gustan las entrevistas bellezas de lo porvenir... No penséis que los que vengan después de nosotros lleguen jamás al fin de la jornada: a su paso hallarán el dedo del Progreso señalándoles el eterno «¡MÁS ALLÁ!» El hombre ha nacido para avanzar y nada puede interrumpir

pir su triunfante marcha: la evolución humana carece de meta.

—¡Si tan largo lo fías!... ¿Qué tengo que ver yo con «los que vengan?»

—Hubieren dicho eso mismo nuestros abuelos, y hoy seríamos pecheros de algún señor de horca y cuchillo. Afortunadamente no fueron tan «individualistas», y algo hicieron por nosotros... Además, ¿no disfrutaremos de las conquistas que hagamos?

—Bien, bien; mas el propósito de avanzar hasta todo eso que tan bonito pintas, no justifica el empleo de la fuerza.

—Observo que te descarrias y vuelves al escabroso camino que te han enseñado: ¿no sabes otro?... Yo no hago, lo dije antes, propaganda terrorista. Execro, en nombre de la Humanidad y de la Civilización, toda violencia que no sea defensiva; empero, manifestar energía para rechazar injustas agresiones y sevicias, arguye dignidad, nunca barbarie... Y no entiendas que digo esto en mi descargo, pues las armas que yo quiero esgrimir a nadie causarán el menor daño: la escuela, el libro, la ilustración popular; he ahí mi corcel de batalla y mi armadura; he ahí el fin de nuestras aspiraciones. Porque ilustradas las multitudes, su esclavitud será absolutamente imposible: cuando el pueblo piensa, tronos y altares se de-

rumban; las tinieblas se desvanecen; la luz se hace. Nosotros no pedimos cabezas para infamarlas colgadas de una escarpia, nosotros pedimos cerebros para dignificarlos; nosotros no queremos pillaje, sino igualdad económica, seguridades de existencia; nosotros no queremos libertinaje, sino libertad de pensar, de sentir; queremos la Ciencia por guía, la Educación por medio, la Libertad por fin; nosotros no queremos lascivia, sino libre contrato entre los individuos de ambos sexos, para poseerse en tanto que se amen, para separarse cuando así les plazca; nosotros no queremos privilegios, dioses ni señores, queremos la abolición de todo yugo; amamos el trabajo placido y fecundo, aborrecemos la fatiga; nosotros no queremos fronteras, queremos una Humanidad fraterna, una gran familia usufructuaria de las riquezas del planeta; nosotros queremos al individuo libre de toda otra restricción social que no sea el respeto debido al hermano en cuanto hombre... ¡Y esto os asusta! ¡Y esto es combatido a hierro y fuego!... Es necesario que os percatéis de que el anarquista no es esa demoniaca creación de vuestras imaginaciones; ese fantasma, evocado por quienes en ello tienen particular interés, que cual furia escapada de la infernal ábula, seguido de una legión de trasgos

y endriagos, en la siniestra la incendiaría tea y en la diestra la implacable cuchilla, abrasa y desjarreta, holla los vericuetos de la destrucción y se embriaga con la sangre de sus víctimas... No niego [no tengo porqué negar nada], que entre los anarquistas hay hombres violentos, como los ha habido en todo lugar y tiempo y como los habrá hasta que el aumento de ilustración atenúe ó destruya las exaltaciones perniciosas; pero son la excepción, y son, como antes dije, hombres, no Verbos, en ellos no está encarnado el ideal... No puedo, no quiero negar que el fanatismo, el deseo de precipitar la evolución, la desesperación, arme el brazo de algún sectario; pero, ¡son tantas las calumnias!... La férrea garra del Terror organizado, no se oculta en nuestras zahurdas, mas elevados lugares le sirven de escondrijo; los enemigos conscientes de la Libertad, no conocen los dolorosísimos vértigos de la miseria... En el infinito del Tiempo, minutos son los siglos, milésimas de segundo los años; la vida del hombre, en tan gigantesco reloj, es fugaz soplo. La evolución tranquila, la evolución predicada por la burguesía liberal, necesita minutos de eternidad para desarrollarse; los problemas sociales, precisan inmediatas y firmes soluciones; porque la humanidad es un tanto

egoísta, y quizás tiene derecho á serlo: he ahí la fuente de las violencias, siempre reprensibles y dañinas, de los que desean arribar prontamente al Edén entrevisto en sus sueños de Fraternidad... Pero, sobre todas las acciones individuales y colectivas; por encima de las torpezas que pudieran mancharla, yérguese la suprema y en realidad única aspiración humana, ahora se envuelva en éste, ahora en estotro ropaje: ¡la Libertad, con todas sus sublimes radiaciones!... No olvidéis tampoco que los hechos son una cadena interminable, y que el eslabón de la rebeldía se engarza al de la opresión; no acuséis, pues, á los rebeldes, acusad á los opresores.

—¿Y qué garantía podéis ofrecer de no engañarnos, bien por mala fe, bien por equivocación? ¡Hay en el mundo pocos hombres que digan con entera franqueza lo que hacen; pero aún son menos los que hacen aquello que dicen! El anarquismo no dá ninguna solución positiva, práctica, inmediata... Observa también que tu lógica se enreda: si la rebeldía de los unos es consecuencia de la opresión que ejercen los otros, posible es que una insurrección motive otra; y entonces, ¡ay de los que sean cogidos en tan terrible engranaje!

Y cho Andrés sonreía creyendo desba-

rarar con su paralogsimo las teorías del joven. Mas éste replicó enseguida:

—No es la lógica hilo ni trama que se enrede ó quiebre: la lógica es la fuerza de la Razón, de la Verdad; senda que lleva rectamente al triunfo; barra de un metal especial que no se funde ni se rompe, ni se dobla, ni destruyen los golpes de la crítica, antes en su yunque se fortifica. La lógica es inflexible, pero clemente: si hiere, es para salvar; como el cincel del artista, desbastando, pulimentando la pedernalina costra de la ignorancia, crea la Belleza... Observo que confundes al anarquismo con una bandería política: aquel no pide ni ofrece nada; no puede aconsejar una cosa y hacer otra, porque no es él quien habla: es la Vida, la que nos brinda sus dones; el anarquismo no hará nada, nada, porque la ineludible ley del Progreso lo ejecutará todo... ¡Las soluciones anarquistas! Son tan fáciles, tan positivas, tan próximas, que cada hombre las lleva en sí mismo y puede practicarlas desde el momento. ¿Qué pide tu corazón? ¡Libertad? ¡Amor? Ama, sé libre. Quiere y serás. ¿Cómo? Pide consejo á tu conciencia... Nuestra rebeldía no puede engendrar opresión, porque tiende á la destrucción total de la autoridad en todas sus manifestaciones, esencia y génesis de aquella...

Es preciso, también, deslindar perfectamente los campos: la burguesía jamás llegará adonde nosotros, su interés está en un polo, en otro el nuestro; ayer fué popular, hoy es aristócrata. La clase media, auxiliada por los humildes, alcanzó el fruto, se lo come tranquilamente [esto es lógico, ha llegado á su meta y se estanca] y nos arroja el hueso á la cabeza. Pues bien, no despreciemos tal despojo, que la semilla dé su fruto: si el árbol de la Libertad sembrado por los revolucionarios de mil setecientos noventa y dos se ha secado, retoñe el nuestro, lozano, frondoso.

Cho Andrés, acosado en su último reducto, trató de defenderse aún, exclamando:

—Pero, ¿quieres hacernos á nosotros responsables de que la humanidad ande, como aspas de molino, del lado que el viento sopla?... El mismo medio que tú preconizas como infalible para llegar á nuestra liberación, la ilustración popular, requiere cierto tiempo para dar resultados positivos.

—No tanto como crees; y tiene la ventaja de que las conquistas hechas con su intervención, serán efectivas y consistentes.

—Aunque así fuere, desengáñate, del llano á la cumbre media un abismo:

¿quieres salvarle de un salto?... Tras la monarquía vendrá la República; luego, eso que llaman «socialismo de... de Estado»; y después, tarde, muy tarde, quizás llegue el comunismo anárquico... Sólo, pues, nos resta esperar.

Y con místico acento, echándose á la boca un puñado de tabaco, añadió:

—¡Lo que esté escrito, sucederá... ¡Esto es indudable!

—¡República, Socialismo «de Estado», Anarquía!... ¡Esa es la escala que el bíblico Jacob vió en sueños!... Cambiar de amo no es ser libre. Aceptar hoy un yugo de que mañana querreis desprenderos, no es razonable; mientras exista un grillete, habrá un prisionero; en tanto haya un hombre que ordene, no faltarán siervos... Si queréis permanecer estancados indolentemente, sea; pero dejad franco el paso, no estorbéis el camino á los que marchan... ¡Lo que está escrito! ¡Brava salida! No liméis vuestras cadenas: cuando el añoso orín las corra, ellas caerán... En vueltos en el fatalismo, en el sofisma, aguardáis que ella venga á vosotros y os negáis á marchar hacia la montaña; esperáis pacientemente que el cómitre, compadecido, abandone el látigo; que vuestro señor, reconociendo las verdades de que os adueñáis, os declare libertos... ¡Tardía manumisión si ha de llegar por el

camino de las humillaciones!... ¡Vuestros ojos no son ojos, vuestros oídos no son oídos; están cegados, taponados por la ignorancia!... Nada hay escrito, los siglos son albas páginas que los tiranos, los carceleros de la humanidad, lo mismo los que se proclaman tales por derecho divino que los elegidos por el falso sufragio popular, con ayuda de legiones de pretorianos y sacerdotes, maculan con sangriento punzón: hoy es un idiota fanatizado, como Carlos IX, que imprime el borrón de San Bartolomé, arcabucea al pueblo desde los balcones de su palacio y pone ante la vista de los que no acatan ciegamente los dogmas católicos este bárbaro dilema: «Muerte, misa ó Bastilla»; mañana es un ambicioso, un asesino epopéyico, un Napoleón, que hace de Europa entera campo de matanza, inmenso cementerio, gigantesca esponja que bebe sangre; en todos los tiempos un ladrón de las libertades de la República, un verdugo de grandes ideales... La historia es la apología del cadalso y del despotismo; un lodazal de humeantes ruinas en derredor de un tajo cubierto de laurel, jesa es la Historia!... ¡Y preguntas si os culpo de vuestra desgracia! No por completo; la barbarie, elevada á épica leyenda, con su eterna compañera el hacha de armas de Temis cliótica por blasón, gravita so-

bre vuestra cabeza: admiráis á la una y teméis á la otra. ¡Han procurado no enseñaros otra cosa!... No, no; vosotros no sois culpables por completo, si en parte. Cuando el momento de la redención se aproxima; cuando la nueva aurora que ahuyentará los fantasmas del pasado comienza á esfumar sus arreboles en el lóbrego horizonte, cerráis los ojos, parece que huís de ella, rechazáis á los que os advierten la llegada del justiciero día, y permanecéis inmóviles aguardando que ocurra «lo que esté escrito»; os declaráis vencidos, os negáis á emprender la victoriosa jornada... ¿No véis que vuestra influencia es decisiva?... Empero, ¡no importa! El Sol de la verdadera Justicia llegará á su cenit, y enviándoos sus rayos, os prestará su luz y su calor, iluminará vuestras pupilas y caldeará vuestros corazones... ¡Es inútil que la rechazéis, la nueva Vida está incubándose! su fecundo pólen flota en alas del céfiro; es del pensil el más grato perfume y en sus flores la bebe la mariposa; las aves la saludan con dulces trinos; la cantan los rebeldes y los poetas... La siento aletear... Besa mi frente... ¿No escucháis las cadencias de su cornamusa?...

Esto dijo el ANARQUISTA. Y sus ojos vagaron, animados por extraños destellos, de la diáfana atmósfera á las rizadas olas.

—¡Está loco!—murmuró cho Andrés señalándole con despectivo mohín á sus camaradas, que asaz pensativos escucharon al joven.

Y le volvió la espalda.

..
..

Felipe recorrió todo el muelle en busca del GUAIREÑO, sin toparse con él. De cuantos camaradas indagó su paradero, recibió idéntica respuesta. «Lo ignoraban, suponían que estuviese en casa de «los amos» recibiendo órdenes».

Acababa de fondear el ALGA, y ya su consignatario, mister Mendelsson, en compañía de don Antonio, el primer capitán de la casa, disponíase á embarcar en una lancha para ir á bordo del buque. Era costumbre del comerciante visitar los vapores á su orden consignados.

A los pocos momentos llegó el GUAIREÑO; y tan pronto fué llegar como verse rodeado de estibadores que le acosaban á preguntas. «¿Traía mucha carga el barco? ¿Habría trabajo para veinte hombres?... ¿Para treinta?»

El venezolano respondía con malos

modos. «¿Querían irse al puñero y dejarle en paz? Hasta que no viniese don Antonio, ¿qué barajo sabía él?... Pero, ¿es que no querían dejarle paso? Se lo abriría á trompada limpia... ¡Contento venía! acababa de tener un pleito allá arriba, en el escritorio, con un chupatintas... ¡Jambriento! ¡A no ser por respeto á la casa le hubiese «metido» mano!»...

Aclaróse el grupo, y Felipe abordó al capataz diciéndole:

—Oye, tengo que hablar á solas contigo.

Y entrambos se apartaron un tanto de sus camaradas.

—Llevo quince días sin trabajar—dijo Felipe cuando creyó que nadie podía escucharles.

—¿Y á mí qué me cuentas?—respondió el GUAIREÑO.

—¿Cómo? ¿Que á ti qué te cuento?...

Y en tono amenazador, añadió:

—Tú puedes darme trabajo en el ALGA, ¿entiendes?

—Sí, yo puedo darte ocupación... si quiero; mas es posible que no quiera, porque á mí no me gustan los bravos.

—Pues atente á las consecuencias, porque te advierto que estoy decidido á trabajar.

—¿En el ALGA?

—Sí, en el ALGA.

—Por... pelotas, ¿eh?

—Por pelotas... ¡o por lo que sea!

El capataz miró de arriba abajo á su interlocutor, como si calculase la cantidad de fuerza que aquel hombre podría desarrollar; y convencido de que era muy inferior á la que él poseía, exclamó con tonillo de perdonavidas:

—Felipe: vé á dormir la guarapeta que tienes encima, y déjame tranquilo... No tengo gana de pelear.

—Pues yo sí, ¡farfantón!—exclamó el estibador, afirmándose bien el churriento y deforme sombrero y apercibiendo los puños.

Disponíase el venezolano á responder, quizás de contundente modo, á tal provocación, cuando varias voces comenzaron á gritar:

—¡GUAIREÑOO!

—¡GUAIREÑOOO!

Era para avisarle que estaba atracando el bote que conducía á mister Mendelsson. Corrió su servidor á recibirle, destocóse cortésmente y le tendió una mano para ayudarle á desembarcar.

El inglés, tieso como un espárrago, el bastón apoyado en los riñones y sujeto con las sangraduras de los brazos, á usanza pastoril, cruzó silencioso—cual corresponde á personajes importantes—, fija la vista en sus bituminosas botas, sarpulli-

das de gotas de agua, por entre los trabajadores, que le rendían el homenaje de respetuosos saludos.

—¡Tomatero!...—murmuró un estibador, cuando el consignatario iba lejos.—¡Pues no ha echao poco orgullo!... Vino aquí alampando de jambre, se enriqueció en el tráfico de frutos del país, y ahora no se dina miranos á la cara...

—¡Chist!... ¡Mia que te pueden oír esos!—le dijo un cauto compañero, á media voz, señalando con la vista á los capataces, que ya se disponían á saltar al lanchón que había de conducir á bordo del ALGA á los descargadores, el cual estaba atracando.

Estos, formando extensa línea limitada por el borde del embarcadero, que de agua salpicaba el continuo azote de las olas, colocáronse frente á la embarcación.

Detrás de los capataces, usando del permiso que para ello le fué otorgado, sin aguardar á que lo nombrasen, embarcó el ANARQUISTA. Torciendo el ceño miróle de reojo el venezolano, indignado de los fuegos del jóven que mermaban los suyos. Los obreros protestaron:

—¡Fuera esel!

—No tiene mejor madre que los demás.

—¡Adulón!... Por adulón le permiten hacer lo que le place.

—Tú, que predicas la insurrección, ¡por

qué vas á trabajar manso como un bórrego?—increpóle cho Andrés, aprovechando aquella coyuntura para vengarse de los revolcones recibidos en la reciente discusión.—¡Ahí le tenéis, ahí le tenéis!—clamaba dirigiéndose á sus amigos.—¡Fíaos, fíaos de él!... ¡Valiente PLASTERO!.. Lo que ese quiere es que le sirvamos de escabel para elevarse.

El jóven respondió á todos con una sola frase: «¡Estúpidos!»

Principió á decir nombres el GUAIREÑO, y comenzaron á saltar al lanchón trabajadores. Luego de abrirse paso á empujones á través del nutrido pelotón, y de recibir no pocos insultos tan pronto respondidos como formulados, Felipe, terco en su empeño, embarcóse también antes que el capataz, que observado había sus movimientos, pudiese evitarlo. Con esto aumentó el coraje de aquel; y encarándose con el testarudo, interrogóle con aírados ademanes y voz enronquecida por la cólera:

—¿Adónde vas tú?

—¡A trabajar!—contestó resueltamente Felipe.—¡Ya te dije que hoy trabajaría en el ALGA, aunque á ello se opusiera el mismísimo padre de Cristo!

En el grupo guardaban silencio. Aquellos hombres, buenos en el fondo, pero de instinto pervertido por la ignorancia, son-

raían, gozábanse anticipadamente en la pelea que, á no intervenir don Antonio, se hubiese entablado.

—El mismo derecho tiene ese que otro cualquiera—dijo aquel.—¡Que trabaje, GUAIREÑO, que trabaje!

Viendo frustradas las esperanzas que abrigaban de ver golpearse á Felipe y al venezolano, y dándose cuenta de que aquel «les había arrebatado un puesto»—así discurrían ellos—, los trabajadores protestaron nuevamente.

—¡Fuera ese! ¡Fuera ese!

—Ya es bastante con el ANARQUISTA... Si á estotro también se le permite hacer lo que le venga en gana, tendrán que darnos trabajo á todos.

—¡Es un tumbacuartillos, don Antonio!

—Cho Antonio, ¡es un gandul!

—¡A tierra con él!

Bañábase el GUAIREÑO en agua de rosas—como el vulgo dice—, con manifestación tan unánime, y oprobiosa para Felipe, y esperaba que su inmediato jefe obrase en consecuencia; mas éste ducho en achaques de liza por el pan, respondió:

—Es lo mismo que todos: ni más borracho ni mas gandul... ¡Uno de tantos desgraciados!

Con esto y una demostración que hizo el causante de la zurrubanda, señalándose

á cierto lugar del cuerpo á la vez que decía «¡Tocadmelos», quedó terminado el incidente.

«¡Ah, puñemero! ¡Ya me las pagarás!» —dijo, para sí, el americano.

Y prosiguió la selección de trabajadores.

Cerca de allí, en otro estribo, desembarcaban más obreros. Traían llenas de tiznajes de carbón las rugosas facies, y la negra máscara hacia que fuese extraño y potente el fulgor de sus pupilas, y que se destacara, más abajo de éstas, pasado el narigudo tropiezo, asomando por la entreabierta boca, la mácula ocre de sus dentaduras, corroídas por ancianas limosidades parduzcas que allí encontraron abrigo desde su ya lejana infancia. Habían trabajado toda la noche, y ansiando proporcionar algún descanso á su molido cuerpo, saltaban á tierra, y con presura, en silencio, encorbados por la fatiga, emprendían la marcha arrastrando la caparazón de oscuros argamandales que les cubría.

Una niña, renacuajillo de cinco ó seis años, rubia, linda, de sonrosadas mejillas, contemplábales con sus hermosos ojos azules de mirar profundo, pesquisi-

dor—como si infantiles discursos reflejaran en ellos su ignorada hondura—, asida al brazo de su padre, militar de alta graduación, estirado, mayestático dentro de su coruscante uniforme. Un estibador, al pasar junto á la familiar pareja, rozó con sus pingajos, inadvertidamente, al gorgojillo. Desasíóse la pequenuela del brazo de su progenitor, y sacudiendo con la marfileña manecita su vestidico de blondas, murmuró:

—¡Manchan!

—Sí, hija, manchan... ¡Estos zopencos!...

—¿Son negos?

—No; se ponen así en el trabajo.

—Pues también tabajas tú y...

—Sí; pero, es distinto, es distinto... El suyo es un trabajo... sucio, cochino...

—Estos no estudiaron como tú, ¿vegdá?...

—¡Quiá, mujer!... Si estudiaran, ¿se pondrían así?

—¡Huy!... ¡Qué ojos... y qué bocas! Paguece que quieden comegse á la gente.

—No comen, no comen...—replicó el cariñoso padre.

Y como observara que la niña arri-mábase á él temblorosa, como pidiéndole protección contra aquellos ojos y aquellas bocas, añadió sonriendo:

—¡Miedosilla!... ¿Qué temes? ¡No tengo aquí el sable?

Cuando la embarcación que conducía al ALGA á los estibadores comenzó á alejarse, como envenenadas saetas partían de boca de los que en tierra quedaban contra los de la lancha, insultos crudos—que siempre de ellos tiene la aljaba llena e descontento—; pero velados, vergonzantes, dichos á media voz. Y maldiciendo y rezongando volvieron á su barzoneo de hambrientos canes á la husma de insubstancioso hueso.

—Somos muchos, ¡muchos!...—decía cino Andrés.—¡Y lo peor es que de día en día aumenta nuestro número!... A los viejos nos arrinconan como si fuésemos trasgos inútiles... Esto vá mal, ¡muy mal!

—No hay que apurarse, ¡ajo!—exclamó un compañero.—Dios, que dá presa á las fieras, se cuidará de nosotros!... Así dice y dice bien, mi mujer.

—¡Vete al cuerno con tu Dios! Maldito yo, si tengo nada que agradecerle: cuando no trabajo, en mi casa no se come.

Desalentado sentóse en el muro y comenzó á roer tabaco. Así, á la vez que daba gusto al vicio, engañaba al hambre.

Largo rato llevaba el viejo discurrendo y ensuciando el piso con su negruzco y abundante saliva, que no parecía sino que su boca era pródigo manantial de nicotina, cuando se le acercó un amigo

y dándole un cariñoso golpecito en la espalda, díjole:

—¿Qué hay, Andrés?

Este alzó la vista, que fija tenía en un gusanillo que á sus pies se agitaba pugnando por libertarse de las que á él debían parecerle férreas tenazas de una veintena de hormigas empeñadas en trasladarle á su despensa, y respondió:

—¿Qué hay?... Ya lo ves: de una parte, debilidad; de la otra, fuerza.

Y señalaba á los diminutos animales á la vez que, con uno de sus dedos secos y fuertes, mataba hormigas.

—¿Qué haces!—le preguntó riendo el camarada.

—¡Justicia! ¡Así pudiera hacer lo mismo con los hombres!... Ese gusanito soy yo, estas pequeñas y voraces fieras, me tarazan, no me dejan vivir... ¡Pobre gusanito!

Su mano, temblorosa, torpe, despachurró también á la oruga.

—¡Ya ves cuán difícil es hacer justicia cuando el brazo guiado por la ira, y no la inteligencia, es el que toma á su cargo misión tan elevada cuanto difícil!... ¡Mira lo que has hecho!—exclamó el amigo.

—¡Lamentable error!... Esta es la historia de siempre: el inocente cae confundido con el criminal.



—Algo te ocurre.

—¡Demasiado! Hace ocho días que no trabajo.

Guardaron silencio breves instantes. Luego, el compañero dijo:

—¿Vamos á echar una ronda?...

—¡Bueno estoy yo para naipes!... La mujer, enferma; el muchacho mayor, en el cuartel; el otro en la cárcel, por pescar con dinamita...

—¡Pchst!... ¡Si haces caso de tonterías! Retales de ese paño abundan en mi casa. ¡Vamos!

—¿Tienes dinero?

—Escucha—respondió el otro golpeándose un bolsillo del pantalón, que despidió argentíferos sonidos.—Ayer cobré los veintitantos días de trabajo en aquel maldito vapor carbonero que malos temporales destrocan: ¡dieciocho miserables duros! Entregué doce á «la mujer,» para que pagase drogas, y me quedé con lo demás. Me armó un alegato de cuatrocientos demonios, con que si debía tanto y cuanto en la venta... y que si patatín y que si patatán; pero le solté cuatro ternos y se calló.

—¿Y si no quieren fiarle más?

—¡Que trabaje como yo!

—¿Y los chiquillos!...

—¡Que trabajen!

—¡El de pecho también!...

—Ese... ¡al Hospicio con él!

—Puede que estés en lo firme!

—¿Vamos?—insistió el amigo.

Cho Andrés titubeó un rato antes de aceptar el convite. Acudiale á la mente el desolado cuadro de su casa, vacía y triste desde que faltaban en ella los hijos; de su hogar, en donde le aguardaba una madre afligida; una esposa despegada; una mujer á quien crónica dolencia agriaba el genio hasta hacerla insoportable, que le recibiría con torvo ceño, reprochándole su forzosa holganza; y como retoque complementario—que la desgracia no azota á medias—, una mesa vacía... ¿Y había de meterse en aquel infierno, cuando se le brindaba con la taberna, alegre, bulliciosa, decorada con toneles repletos de bebida, de aturdimiento, de olvido?... La elección estaba hecha.

—Vamos, ¡qué moño!—exclamó.—¡Que se jeringuen la mujer y los hijos, y... ¡No hay mejor quitapesares que la bodega!

Al ANARQUISTA le fué grata, creyéndola expresión de la rebeldía de un oprimido, la acción de Felipe; y aunque nunca con éste hubiera trato, abordóle, como buen sectario, con objeto de graduar la afinidad de ideales que entre ambos existiese. De lo que mañosamente pudo sonsacarle, dedujo la consecuencia de que el hecho que á él antojárasele rebelde, no era sino la ejecución de un plan madurado entre copa y copa.

«Me equivoqué—dijo el jóven, para sus adentros—: le había tomado por un hombre consciente, conocedor de sus merecimientos como tal, y es un bebedor.»

A bordo ya del vapor, don Antonio comenzó á dirigir los trabajos. Encargó al GUAIREÑO la vigilancia de los que debían efectuarse en la bodega de proa, á los que destinó diez hombres, entre ellos á Felipe, y reservóse para las tareas á popa, que vigilaría él mismo por ser más complicadas, el resto de los trabajadores.

Pronto las escotillas, libres de encera-

dos, cuarteles y «galeotas» ó atravesaños —semejantes á gigantescas bocas que se abriesen con náuseas de hartura, prontas á vomitar los tesoros acumulados en el estómago del mónstruo—, quedaron descubiertas.

El GUAIREÑO tomaba parte activa en las faenas. Él desamarró la osta, probó si la verga suspendida sobre la bodega giraba con rapidez sobre su eje, y empalmó la eslinga al calabrote que, partiendo del cilindro del árgana, trepa de garrucha en garrucha hasta el fin de la entena.

«A él ningún puñemero podía echarle en cara que ganaba el jornal «á traición» —decía.—Trabajaba á bordo tanto como el que más.»

Agitábase, inquieto, de un lado para otro, excitado su nervioso temperamento por la presencia de Felipe. Hizo funcionar la maquinilla y se aseguró de que el cable estaba bien sujeto al torno.

—Todo está en orden... ¡A trabajar!— exclamó—Tú, Antón, al gancho; Manuel, á la maquinilla; los demás, abajo... ¡Ah!, esperad: hay que quitar el portalón.

A fuerza de maña y martillazos, consiguieron correr los pasadores que mantenían unida al resto un trozo de la barandilla de cubierta, de la banda de estribor, frente á la bodega. Por allí podía pasar ahora libremente la eslingada.

Bajo aquel portillo aguardaba ya, rozando con sus defensas el casco del buque, las barloas sujetas á un amarradero de proa y á otro de estribor, una de las gabarras destinadas á transportar carga al muelle. Los gabarreros, sentados en la borda de la embarcación; balanceando las piernas en el vacío; la vista fija en las aguas, por suave brisa agitadas, fumaban en sus cachimbos musitando canciones de híbrida armonía, que á veces tenían fúnebres cadencias de responso y á veces aires de alegre jota.

En el vapor dieron comienzo las faenas. Escuchóse el estrepitoso TROM... TROM...TROM... de la maquinilla y el agudo chirrido de las garruchas al voltear rápidamente.

Un empleado de la casa consignataria y un piloto, anotaban en sus respectivos cuadernos las mercancías traspasadas á la gabarra.

Abajo, en la bodega, trabajaban silenciosos, divididos en parejas, los estibadores. Sobre el estrovo iban colocando, en dos hileras, sacos de harina superpuestos hasta formar una pila de ocho de ellos. Apenas tenían hecha una eslingada, allí estaba el gancho, suspendido del cable, balanceándose en el aire, para reclamarla; arreando á los hombres, á guisa de látigo, para que no descansaran. Y cuan-

do la carga tardaba en subir, el GUAIREÑO, asomándose á la escotilla, gritaba:

—¿Qué sucede?... ¿Por qué no «anda» esa eslinga?

Los trabajadores, sudorosos, fatigados como bestias cargadas en demasia, barbotaban frases de protesta.

¿Les tomaba por burros el capataz?... Eran pocos para abastecer de carga al gancho en su rápido ir y venir... El culpable era Manuel, que manejaba con demasiada presura la maquinilla. ¿Como para ello no había que esforzarse!...

—¡Me caso con Dios!... ¡Iza!—gritaba uno enganchando el estrovo.

—¡Iza!—repetía Antón dirigiéndose á Manuel y haciendo oes en el aire, con el dedo índice, como si de este modo pretendiera ayudar á subir la pesada carga.

TRÓM...TRÓM...TRÓM...TRÓM...TRÓM..., rugía la máquina haciendo trepidar la cubierta; chirriaba el eje de la entena girando hacia estribor, y chirriaban aspérrimamente las garruchas volteando hasta que Antón, ya vigilante en el portalón, levantaba el brazo exclamando «¡Aaah!», al ver la eslingada á altura conveniente para que los gabarreros la llevasen adonde quisieran; balanceábanla éstos, daban simultáneamente con Antón la voz de «¡Arria!», chirriaban otra vez las poleas, y la carga caía en la gabarra. Apresurábanse los

trabajadores á desenganchar el estrovo, gritaban «¡Iza!», y rápidamente, bajo un sol que tostaba su piel, surcada por gruesos hilos de churriente y hediondo sudor, volteaban, cargaban sobre sus riñones los pesados sacos y los conducían á la estiba.

Escuchábase nuevamente el estridor de las garruchas, CHIRRRRR, y otra eslingada quedaba en el lanchón. CHIRRRRR, sonaba otra vez; y la eslinga presentábase en la bodega reclamando carga.

En los breves intervalos en que la de proa no funcionaba, se oía el bronco fragor de la maquinilla de popa, los gritos de «¡Iza!» y «¡Arria!» de los obreros que en aquella parte trabajaban, y el aspérrimo chirrido de ejes y garruchas.

Era el Trabajo que embrutece, el Trabajo que llaman redentor, el trabajo bárbaro, que gritaba con férreo módulo: «¡Anda!... ¡Anda!...», azotando á la pobre bestezuela humana, que exangüe, hambrienta, encorbada y fatigosa, destrozaba su esqueleto; magullaba sus fofas carnes bajo el peso de ajenas riquezas; brindábase gustosa á todas las miserias y á todas las fatigas á trueque de recibir en pago de arroyos de sangre, de innúmeras humillaciones y dolores, menguada porción de aquellos miles de quintales de harina—¡que les era cedida con pretensiones de generosa limosna!—, que otros cuita-

dos habían hecho producir á la madre tierra, y entregado cobardemente á los usurpadores.

Atento á la faena vigilaba el GUAIREÑO, esgrimiendo su lengua á manera de aguijón:

—¡Aprisa esa maquinilla!... ¡Que no pare ese gancho!... ¡Eh, vosotros!... ¿estáis durmiendo? Dejad el cigarro para luego, ahora hay que atender al trabajo: para eso pagan... ¡Mirad, mirad como viene esa eslingada!... ¡No lo decia? ¡Ya cayó!... ¡Me caso con mi madre! ¡Un saco roto! ¡Quienes fueron esos?... ¡Luterio habia de ser!... (El aludido llamábase Eleuterio; mas sus compañeros, creyéndolo acaso más bonito ó breve, cometían aferesis y sincopa en el nombre.) ¡Iza, iza!... ¡Arria!... ¡Eh, los de la gabarra! arriba ese estrovo.

—Quinientos noventa y siete—dijo el empleado de la casa consignataria que anotaba el número y marca de las mercancías que salían de la bodega.

—Yes—respondió luego de consultar sus apuntes el piloto.

A las diez llegó un bote conduciendo los almuerzos, y suspendiéronse las tareas

Trepando por las escalas emergieron de las entrañas de la flotante mina los estibadores. Traían la cara cubierta de sutil capa farinácea surcada por chorros de sudor—que empapaba también las sucias camisetas—, lo cual daba á sus rostros cierta semejanza con las paredes mal jalbegadas. Andaban encorbados, doloridos los riñones, agotadas las fuerzas; estaban repugnantes con su catadura de bestias maltrechas. Apresurábanse á recoger las cestas que contenían sus respectivos yantares—¡aquellos bodrios tan fatigosamente conquistados!—, y á proa; á popa; al soco de los puentes; aislados y en grupos; laditendidos, apoyada la cabeza en una mano y al alcance de la otra el plato ó la cerola; sentados, y las escudillas en el centro del ángulo formado por entrambas piernas, abiertas á guisa de compás, ingurgitaban con ansia, produciendo sordos ruidos, GLO, GLO, masticando apenas, sin gustarlos, sus míseros cochambres. El gusto, para ellos, era un sentido inútil; lo urgente, lo imprescindible, era llenar el estómago. Observábanse de reojo unos á otros, investigando lo que engullían los compañeros, y á menudo empujaban con el líquido el alimento sólido, atascado, apelotonado en la garganta; porque, «eso sí», ellos pasaban por todo: que las vituallas fuesen malas, que no les enviasen pan

ó gofio, era dispensable; pero no podían transigir con que «la mujer» se olvidara de enviarles «el traguito»: era la bebida lo que daba vigor al cuerpo y desvanecía las tristuras del alma esfumando en el sombrío cuadro de su existencia soles, reflejo de otros soles, que preludiaban los futuros días, los de luminosas alboradas; era el vino lo que, proporcionándoles horas de ensueño, de atonía, de escandaloso y á veces repugnante regocijo, mostrábalas, adulterada, la belleza de la vida.

La charla, refrenada en las horas de labor, brotaba ahora á raudales de aquellas bocas llenas hasta hacer incomprensibles las palabras. Maldecían de su malaventura. Para reponer las fuerzas perdidas en el rudo trabajo, alimentábanse con un mal plato de «jamón de la costa» (pescado salpreso) y papas, ó de fideos; mientras que otros, sin trabajar, regalábanse el jocico suculentamente. ¡Cuándo tocarían á repartir, moño!... ¡Como se las arreglaba Luterio para comer carne y güebos á todas horas?

—La cosa es bien sencilla—respondió el interpelado.—En mi casa somos dos «bichitos» solos: yo y mi mujer... Nosotros no queremos FAMILIAJE, ¡a la pijota los hijos! No dan más que pesahumbres, son el dogal de los padres: si hembras, hay que guardarlas como al oro; y por más

cuidado que tengáis con ellas, «á un volver cabeza» llega cualquier bigardo y se las «marisca»; si machos, cuando están criados y pueden ayudar en algo, se los llevan al cuartel ó se largan á Cuba, ó el demonio les tienta por el lado de la mujer, se amontonan con cualquier pelandusca, vuelven la espalda á los que por ellos padecieron mil calamidades y hasta les hacen la guerra en los asuntos del trabajo... Porque el estómago y la ambición son los mayores enemigos que tiene el hombre: peleánse los ricos «por mor» del dinero, se tiran de las greñas los pobres «por mor» del trabajo... No, hijos no; bien se vive sin güebos que empollar... y «el güey suelto bien se lame», y «cuanto menos bulto más claridad», y... (Halló agotado su arsenal de proverbios.) Con dos días—prosiguió—que yo trabaje á la semana, tengo lo suficiente para cubrir las necesidades de mi casa; si trabajo más, mejor: ¡a dar gusto al pico!

—Lo malo es que los hijos vienen sin llamarlos—arguyéronle.

—Eso les ocurre los bobos—replicó Luterio.—A los hombres ilustraos sobran los medios para liberarnos de censos tales.

—Dí, Luterio, dí cómo es eso—exclamaron sus camaradas, más por simple curiosidad que por afán de conocer el re-

medio para muchos de sus padecimientos.

—¡Estudiad, estudiad y sabréis!...

Y con el exagerado egoismo propio del estulto que se cree sabio, negóse á satisfacer la pretensión de aquellos.

Felipe era el único que no almorzaba. En tal abandono y olvido le tenía su familia, que ni siquiera se cuidaba de averiguar su paradero. Los días de faena, eran de ayuno para él.

Con el rudo ejercicio desvaneciéronse de su cerebro los vapores alcohólicos. Vagaba de aquí para allá acechando ocasión de realizar la idea que concibiera. Ofrecíanle de su yantar los compañeros.

—No tengo apetito—respondía.

Y era verdad, absorvíale por completo su preocupación anulando en él todo otro deseo que no fuere el de calmarla. Quería saber en dónde estaba el GUAIREÑO, que podía ser el mayor obstáculo á sus designios. Al fin le vió junto á proa, almorzando tranquilamente. Y con disimulo, para que no se traslucieran sus intenciones, muy despacito, dirigiendo miradas al mar y deteniéndose de trecho en trecho, encaminóse hacia la bodega donde trabajaba, y desapareció por la escotilla.

Abajo, cabe al mamparo de popa, estaban las mercancías destinadas á Sierra Leona. Sin abrir los bultos, sabían los estibadores su contenido: los grandes cajones estaban llenos de baratijas inútiles, pero que el lujo ha hecho indispensables; ricas telas contenían los pesados fardos sujetos con férreos aros; los pequeños saquitos, arroz para los negros; whiskey los garrafones; aquellas cajas que tenían pintada en la tapa una copa, botellas de cerveza; y estotras más pequeñas, barnizadas de azul, canecas de ginebra. Mercancías todas que la CIVILIZACIÓN esparce á granel en los países «salvajes» ó «semi-salvajes», para hacerles entrar poco á poco en el desafinado «concierto» del mundo «culto». ¿Quién concibe la CIVILIZACIÓN sin lujo y sin orgías... y sin arroz para los negros que trabajan!...

Con su cuchillo descorchó Felipe un garrafón y bebió con ansia, á gorgorotadas, añusgándose, durante unos segundos.

«¡Aj!... ¡Aj!...»—carraspeó mientras tapaba el envase.

Luego se apartó de allí, fuése al rincón de enfrente, y retrepado en los balones de harina se puso á fumar un cigarro. Desde que bajó á la bodega, al comenzar las tareas, había visto los garrafones y deseado que llegase la hora de almuerzo para aplacar la intemperan-

cía que continuamente le atormentaba. A través del azulado humo de su cigarrillo, veía los panzudos envases, vestidos de mimbre, unos sobre otros, en montón, brindándole su contenido, whisky, la bebida inglesa por excelencia, bebida demasiado costosa para él, que sólo á la casualidad, como ahora, debía el haber saboreado contadas veces. Un camarada había propuesto, durante la faena, atacar valientemente, sin respeto al pabellón nacional, al británico licor; pero contávoles el miedo á los perspicaces ojos del GUAIREÑO. Este sinvergüenza era capaz, si les observaba, de mandarles á tierra, aunque sólo fuera por hacerse grato á «los amos». ¡Dábase buen jeito (1) para adular el tal GUAIREÑO!

Felipe deploraba el no haber á la mano una botella para llenarla de whisky y llevársela. Comenzaron á bullirle en desorden, en confuso amasijo, las ideas. Estaba pasado, corroido por el alcohol, cuyo solo hedor era suficiente para embriagarle. Tiró el cigarro, encaminóse dando tumbos hacia los garrafo- nes, y no acertando con el que antes des- corchara, destapó otro tan torpemente que

(1) JEITO, sinónimo de gracia, maña; también dislocación que produce dolor.

se hirió un dedo con el cuchillo. Bebió hasta que no pudo más; como los mos- quitos, que una vez clavado su absorven- te aguijón, no cesan de chupar hasta que se hinchán; con deleite, como la abeja liba en los vergeles; pero sin gustar lo que bebía, cual odre, cual vasija que lo mismo recibe en su seno un líquido que otro. Y harto ya, sin cuidarse de ta- par la garrafa, anduvo unos pasos y cayó, como sanguijuela ahita, sobre las balas de harina.

A las once, cuando sus compañeros volvieron á la bodega para reanudar el trabajo, encontraron á Felipe durmiendo. Despertáronle, abrió pesadamente los ojos, desabrochóse con torpeza, y sin moverse, espalditendido como estaba, orinó. Luego cerráronse sus párpados y volvió á su sueño alcohólico, á su torpe letargo de boa digiriendo abundante presa.

—¡Maldito borracho!...—dijo Luterio.— Y ahora, ¿qué hacemos?...

Decidieron avisar al GUAIREÑO; pero antes bueno sería, ya que Felipe había allanado el camino, ver qué tal era el jaroque que los ingleses enviaban á Africa.

Después de beber parcamente, por tem- or á los efectos del exceso, llamaron

al capataz. Cuando éste vió la situación en que Felipe se hallaba, no quedó títtere en los vastos dominios del celeste imperio al que no alcanzaran salpicaduras de la verbal diarrea que le acometió. Después que se hartó de blasfemar á roso y velloso, dijo:

—La culpa de esto es de don Antonio... ¡Por algo no quería yo dar trabajo á este palanquín!

Cogió á Felipe por los sobacos y le puso en pie. Abrió aquel los ojos y, viendo al capataz, procuró mantenerse derecho. Dibujábanse en su rostro gestos simicos, muecas ridículas que provocaban la risa de sus camaradas: ahora parecía que iba á romper en plañidos; ahora semejaba un mascarón de Momo; ahora, pasando de esta falsa risa, en brusca contracción facial, al más extraño aspaviento que nacidos han visto, creyérasele uno de esos horripilantes atormentados que ramplones pintamonas colocan en místicos retablos. Tomárasele por magistral etólogo, por un profesional de la mueca.

—Al trabajo no se viene á dormir, y mucho menos á emborracharse—gritábale el venezolano.—Así no se gana el jornal.

—¡El trabajo que ese haga hoy!...—murmuró Luterio.

—No, aquí en la bodega, no; trabajará en cubierta, le pondré á la maquinilla

¡Te aseguro que lo haré despabilarse!... Anda p'alantre, ¡bandido!... ¡Me dan ganas de agarrarle por los hondillos y...!—añadió empujando á Felipe que, perdida toda noción de dignidad, transformado en misero y despreciable bruto, dejábase maltratar impunemente.

—¡Subel!—le ordenó el GUAIREÑO cuando estuvo junto á la escala.

Con toda su fuerza asíase el borracho á los peldaños; casi á pulso, perdido el vigor en las piernas, ascendía lentamente, parándose á cada instante.

Le observaban sus compañeros, temerosos de verle caer de un momento á otro y burlándose de él con chocarrerías. Poco faltó para que aquellos temores se realizasen, pues al tratar de pasar una pierna por encima de la caja de la escotilla, para afirmar el pie en cubierta, se tambaleó, inclinó el cuerpo hacia la bodega, y hubiese caído á no ser porque Antón y Manuel, agarrándole de entrambos brazos, levantáronle en vilo y le pusieron en salvo.

Detrás de Felipe llegó el capataz, y á enviones lo llevó hasta una bounba; hizo funcionar el mecanismo con la diestra, mientras con la izquierda mano apercollaba al obrero, forzándole á aguantar sobberbia ablución, con chacota de los estibadores y marinos testigos del lance.

Dejábase el infeliz, incapacitado como estaba para rebelarse, escarnecer y manejar cual si fuere un dominguillo. El hombre esforzado, que pocas horas antes, cuando aún el alcohol no embotaba completamente sus facultades, desafió al GUAIREÑO, hallábase ahora, bajo el absoluto dominio de aquel, convertido en masa casi inerte, en miserable calandrajo; porque la bebida, pese á los que afirman que los licores iluminan la inteligencia y vigorizan el cuerpo, anula por completo el humano poderío en todas sus manifestaciones.

La frescura del agua despejó un tanto los sentidos del desdichado.

—Bebí un po...co y me ji...jizo da...ño, GUAIREÑO... A to...todos puede sucedernos—balbució.

—Bueno, bueno, ¡a trabajar! Después hablaremos de eso.

Manuel sustituyó á Felipe en la bodega, éste ocupó el puesto de aquel en la máquina, y se recomenzaron las faenas. Pero, á los pocos minutos, pasada la momentánea lucidez que en el borracho despertó la ducha, invadióle pesada somnolencia y faltó á sus manos la necesaria destreza. En su aturdimiento, sólo como rumor lejano oía la retahila de insultos con que le acosaba el capataz.

—¡Trabaja, cochino, ó te haré trabajar

á rebencazos!... ¡Me entran ganas de darte un puntapié en la verija!...

En aquella sazón estaba la eslinga en la bodega; y el calabrote que, pasando sobre las tres garruchas—una en el extremo superior, otra en el centro, y abajo, cerca del eje giratorio de la entena otra—, vá á arrollarse en el cilindro horizontal de la máquina, arriado «en banda».

—¡Iza!—gritaron los de abajo.

—¡Iza!—repitió Antón.

Abrió Felipe la llave del regulador á punto que, tambaleándose, caía de espaldas sobre el cable; el cual, requerido de una parte por el peso de la eslingada, y de otra por las revoluciones del cilindro, que comenzaba á funcionar, tesábase con fuerte sacudida que, empujando al beodo hacia adelante, arrojábale de bruces sobre aquel. Quiso la mala suerte que Felipe quedase aturdido por la violencia del golpe; y atraído, llevado por el movimiento de la máquina, vino á dar otra vez en el calabrote. Y cogido, apisionado entre éste—del cual pendía la eslingada, cuyo peso no bajaría de ocho quintales—y el cilindro, giró hasta chocar con el árbol ó eje del retorno, separado de aquel no más de una cuarta. Breves instantes, no cupiendo el cuerpo del desgraciado por tan corto espacio, fué obstáculo al funcionamiento del mecanismo;

pero, muy luego, cediendo á su fuerza, magullándose las carnes, quebrantándose los huesos, pasó una y otra vez entre toro y retorno como á través de un laminador. Y no dió la tercer vuelta porque Antón, que advertido había el acontecimiento desde sus comienzos, púsose en dos saltos junto á la maquinilla (y no fué culpa suya, sino de la presura con que el hierro gobernado por el vapor trabaja, el no llegar á tiempo de salvar á su compañero), y empuñando con una mano la llave del regulador y con la otra el manubrio del freno, la hizo parar casi instantáneamente.

Dióse á este punto cuenta de lo que sucedía el empleado de la casa consignataria, y rompió en lamentosas exclamaciones que llamaron la atención del GUAIREÑO. A los gritos de éste, que se oyeron en toda la bahía, agotando su repertorio, no pequeño, de blasfemias y maldiciones, y á los lamentos del otro, los gabarreros asaltaron el buque trepando por las barloas, los estibadores y algunos tripulantes abandonaron sus trabajos y acudieron. Los marinos, dirigidos por el piloto, sin curarse del «por qué» ni del «cómo» del suceso, con paciencia y maña y no pocos esfuerzos—pues no era cosa de mermar la provisión del buque picando el cable—consiguieron libertar á

Felipe de la terrible amarradura, en tanto que don Antonio, el GUAIREÑO, gabarreros y estibadores, comentaban lo ocurrido; que son los españoles gente más dada á la palabra que á la acción.

Tendido que fué en el suelo el exánime cuerpo de Felipe, rodeáronle sus compañeros, ávidos de apreciar el alcance de la desgracia. Faltábale gran parte del cuero cabelludo; tenía casi trituradas mandíbulas y nariz, lo cual daba á su rostro aspecto repugnante y horroroso á la vez; la hematemesis llenaba sus labios de rojizos espumarajos; por los desgarrones de las destrozadas ropas, que de harapientas que ya fueran habíanse trocado en puros arameles, asomaba la macerada carne, cubierta de amoratados ramalazos, efecto de la fuerte presión del cable, de algunos de los cuales manaban hilos de sangre. Habíasele caído un zapato, y el pie, flaco, hediondo, muy pronunciados los huesos y tendones, semejante á manajo de sarmientos que partiendo de común tronco se abrieran en forma de abanico, aparecía al desnudo enseñando las largas y enlutadas uñas, corvas y afiladas como debieron de ser las garras de los primeros hombres, y la antigua y negra costra de roña que le cubría, levantada á trechos por sanguinolientas escoriaciones. Su mano izquierda, quebrantada la ósea ar-

mazón, destrozada completamente hasta la muñeca por el engranaje, entre el cual fué cogida, tomárase por despojo de carnicería.

El capitán del buque, que de codos en la barandilla del puente observaba la escena, bajó á cubierta; y acercándose al grupo que rodeaba al herido, empujón por acá, envión por allá—que en esto de ser bruscos no hay quien aventaje á los ingleses—, disolvióle exclamando:

—¡Fooer'ha impediment!...

Mimicamente dió una orden á un marino, y éste encaminóse con presurosa andadura hacia un pasadizo que bajo el puente de proa se abría.

Capitán y piloto reconocían minuciosa y cuidadosamente los destrozos causados por la máquina en la carnaza de trabajo.

Los españoles, formando corrillos, charlaban á porfía. En uno de ellos discutían el «apuntador» (que éste apelativo emplean para designar á los que á bordo anotan las mercancías desembarcadas) y los capataces.

—Ya sabía yo—decía el GUAIREÑO—que el tal Felipe nos daría un disgusto... ¡Usted vé, don Antonio, cómo tengo razones para no proporcionar trabajo á ciertos individuos?... ¡Si conoceré yo «mi gente»!

—Lo mismo que le ha ocurrido á ese, puede sucederle á otro cualquiera—replicó don Antonio.

—¡Contento se vá á poner mister Mendelsson cuando se entere del accidente!—exclamó el «apuntador».—¡Como que la broma puede costarle, si ese trabajador ha muerto, ó si muere, tres mil pesetas!... ¡Buenas leyes las de España!

Era el chupatintas muy presumido y sazónaba con garrafales dislates la conversación. En las oficinas del consignatario dábanle el sobrenombre de «Lengüeta». Charlatán incorregible, cuando daba suelta á «la sin hueso», nada ni nadie podía hacerle callar; y hablaba á gritos si alguien quería meter baza. Parecía un odre lleno: hasta que se vaciaba—y era inagotable—no cesaba de echar sandeces fuera de sí; y enseguida reponía las derramadas, facultad admirada por el GUAIREÑO, que era incapaz de coordinar veinticinco palabras seguidas.

—¡Qué culpa tendrá «la casa»—añadió «Lengüeta»—en que los trabajadores sean tan bestias que se dejen estropear «el físico» por máquinas y bultos!... Por supuesto, á mi «no me la dan», brutos no son: hay hombre de esos, que se hace daño intencionadamente, á fin de recibir el salario sin trabajar... ¡Están buenas pécoras los obreros, ¡buenas! Con su gra-

mática parda y sus lamentaciones, consiguieron cuanto quieren; mientras que nosotros, los jornaleros intelectuales, los cultivadores del saber, los sostenes del Comercio, vivimos peor que ellos, sin quejarnos.

Los estibadores murmuraban en voz baja, según su cobarde costumbre. El culpable de la desgracia era el GUAIREÑO—decían los que trabajaban en la bodega de popa, á sus compañeros.—Cuando uno se encuentra en el estado que Felipe, antes del accidente, lo que procede es dejarle dormir ó enviarlo á tierra; y prevalerse de la embriaguez de un hombre para insultarle, como había hecho el capataz, era acción de malandrines. Las voces elevaban el diapasón; crispábanse algunos puños; muchos ojos volviéronse, airados, hacia el venezolano. Creyérase que aquellos seres, olvidándose por un momento de quienes eran, y renegando de la secular historia de opresión y esclavitud cobardemente soportadas por su raza, iban á sentirse dignos de pertenecer á la humanidad y á exigir responsabilidades por el asesinato de uno de los suyos. Pretendían algunos que el ANARQUISTA manifestase el general disgusto, por lo ocurrido, á los capitaces; y hasta si preciso era debía armar camorra al GUAIREÑO: podía «meterle mano» sin temor, ¡allí

estaban ellos para auxiliarle si necesario fuese! El joven, penetrando la segunda intención que tales consejos velaban, dijo á los consejeros:

—¿Vosotros no sabéis arreglar las cosas más que á trompadas?... No soy gallo de pelea; quien tirar piedras quiera, enseñe el brazo.

Subauscultaba el GUAIREÑO cuanto decían los trabajadores; recojébales de soslayo, tomando nota en la más superficial capa de su memoria, para vengarse sin piedad de los que se pronunciaban en contra suya. «Ninguno de esos—pensó—volverá á recibir un jornal de la casa «Mendelsson», mientras Sancho Rodrigo, el GUAIREÑO, sea el encargado de nombrar «la gente».

Con la misma presura que se fuera, volvió el marino que hacia proa se encaminara. Traía una caja-botiquín que entregó al capitán. Este, ayudado por el piloto, hizo una ligera cura a Felipe, que continuaba insensible tendido sobre cubierta. Luego envolvieron al herido en un saco viejo, amarráronle con cuerdas diestramente, y por el mismo lugar que salían las eslingadas salió el maltrecho cuerpo y fué depositado (estibado, según la frase de un trabajador) como un fardo, como un objeto comercial cualquiera, en la gabarra, que, ya abarrotada, iba á

emprender la vuelta al muelle. Algo de la mística leyenda del Calvario había en aquella escena: descendía del atormentador madero un Cristo más.

—Avisad á su familia... y á la Cruz ROJA—ordenó don Antonio á los gabarreros.

Y al rítmico golpe de los remos, que arrancaban de las azules ondas irisadas perlas, comenzó á alejarse con lentitud, festonada su línea de flotación de blanca espuma, la pesada nave. Inconscientemente, el patrón entonó melancólica tonada:

«Boga, boga bateleero...»

Con triste mirada seguían los estibadores la marcha de la gabarra.

—¡Ea!, ¡ea!, muchachos, ¡á la faena! —exclamó don Antonio.—Demasiado tiempo hemos perdido ya.

Y á los pocos instantes chirriaron asperísimamente las garruchas, giraron las entenas, rugieron con ronco módulo las máquinas; y abajo, en el fondo de las bodegas y en el fondo de las gabarras, los trabajadores, fieles á su historia, prosiguieron su labor de brutos domesticados.

VI

Antonela acababa de llegar, terminada ya su tarea de revender pescado, y sentada en el suelo, espaldirrecostada en la jamba de la puerta de su tugurio; colgante la escuálida ubre, que se destacaba como pingajo gris sobre el corcusido juboncillo cuyos primitivos tintes obscurecía lustrosa capa de churre, amamantaba á su canija pequeñuela; amparábase Rosita junto á su madre, esquivando las acometidas de hambrienta cabra que alargaba el cuello para arrebatarse el rebojo de pan que la niña roía, cuando llegó Manuel saboreando burguesamente un tabaco, y dijo:

—Antonela (nunca sus hijos la llaman «madre»—aristocrática costumbre muy extendida—como si el dulce nombre les amargara los labios), Felipe está en el hospital.

Lo decía tranquilamente, sin asomo de pena, como si dijera que había visto á su padre borracho, lo que era muy frecuente.

—¿Qué dices, muchá? (1) —interrogó

(1) Apócope de muchacho, muy usual entre el pueblo.

Antonela, con más sorpresa que susto.— ¡Tu padre en el hospital!... Algún lance de bodega, ¿verdad? ¿Le han dado «por» los bezos?

Manuel hizo el relato de cuanto sabía. Lo ocurrido era «un accidente del trabajo». A Felipe trajéronlo del ALGA en una gabarra; venía tendido sobre las mercancías, inmóvil como un cadáver, el cuerpo envuelto en un saco y la cabeza en un vendaje que solamente la boca dejaba al descubierto; ésta traía abierta y él había parado á contemplarla: ¡que boca!... Torcida, magullada, hendida, amasijadas las cerdas del bigote con la carne que del labio superior quedaba, pues de éste faltábale un buen trozo; el sangriento encaje no presentada muestra alguna de dentadura; la lengua parecía picoteada por carniceras aves, ¡llena de heridas, destilando sangre!... (Y reía de buena gana al recordar aquella monstruosidad.) Encargáronle mucho los gabarreros que al dar á su madre la noticia lo hiciera con precauciones, para que no la impresionara en demasia. Por teléfono avisaron á la Cruz Roja, y muy luego llegaron los camilleros y condujeron á Felipe al hospital.

Quedóse Antonela pensativa un momento. Después, suspirando, exclamó:

—¡Vamos allá, Manuel!

Rosita quería acompañarles, y su madre hubo de darle un pescozón á tiempo que decía:

—¡Quieta aquí, ¡mocosa!... ¿Quién vá á cuidar de la niña?

Echó á ésta en la yacija y salió del zaquizami.

Había cundido por todo el barrio la noticia—que poseen las malas nuevas diestras alas que rápidamente las pasean—, y las comadreras, al ver partir á su vecina tranquila en apariencia, aunque presurosamente, comenzaron á murmurar; que para ciertas gentes el dolor no alcanza otra extensión ni tiene otra medida ni expresión que los llantos, gritos y aspavientos con que se manifiesta.

—¡Qué pachorra!... ¡No llora!

—¡Tiene pelos en el corazón!

—¡Ni que su marido fuese un perro!

—Por muy mala vida que dé, ¡un marido siempre es un marido!

Una vieja abandonó sus quehaceres y siguió de cerca á Antonela, hostigándola con necias preguntas, fingiendo pena, lamentando á gritos la desgracia y fatigándose por no quedarse atrás; mas como se percatara de que su vecina no prestaba atención ni á sus interrogaciones ni á sus lamentos, ofendióse de tal despego y aflojó el paso barbotando: «¡Desagradecidota!»

Detenia en su camino á cuantos conocidos hallaba, para contarles con aumentos y correcciones de su cosecha el suceso.

—¿No sabéis lo ocurrido?... ¡Una gran desgracia!... ¡Pobrecita Antonela! ¡Poores hijitos!... (Lloraba de veras, como si á ella le hiriese la agena cuita; que á tal punto llega la facultad que los entremetidos poseen de fingir compenetrarse de todo aquello que no les importa.) ¡Hip!... ¡hip!...

Limpiábase con el envés del delantal lágrimas y mocos, y proseguía:

—A Felipe lo han traído al hospital hecho «un goño»... Le ha caído encima una eslingada y... ¡hip!... ¡hip!... ¡lo ha matado!... ¡Virgen de Candelaria!... ¿Qué va á ser de Antonela y de sus niños!...

Discurría Antonela, á la par que caminaba, y á menudo interrumpía el curso de sus pensamientos para interrogar á su hijo.

[¡Era, en verdad, muy desgraciada!... Su marido rehuía el trabajo, y si en algo se ocupaba, allá de higos á brevas, no la entregaba ni un céntimo del jornal, derrochábalo todo en borracheras...]

—¿Tienes seguridad de que tu padre no estaba «tomado»? (borracho)—preguntó

á Manuel.—Sus heridas, ¿no sería consecuencia de alguna riña?

—No, no; le traían de á bordo... ¡Te digo que lo vi yo!

[...Y para colmo de desdichas ahora se rompía la cabeza... Aunque, bien mirado, acaso esto fuese un beneficio...]

—¿Sabrá tu hermano lo que sucede?

—Sí; lo encontré con viajeros, junto al muelle, y se lo dije.

Apenas si Antonela paraba mientes en las respuestas de su hijo: formulada la pregunta, volvía á sus cavilaciones.

[...porque «la casa» tendría que abonar á su marido una indemnización tanto mayor cuanto más fuese el daño... Y si Felipe moría...]

—¿Dices que tu padre tenía la cabeza envuelta en un vendaje?

(Ahora atendió con cuidado á la respuesta.)

—Sí; no se le veía más que la boca... ¡qué boca!... (Se mordió los labios por no echarse á reír.) Y el cuerpo traíalo envuelto en un saco... No se estremecía, creyérasele difunto.

[...Si moría...]

Repugnaba á Antonela, aunque sin darse cuenta ya lo había hecho—que es el pensamiento caprichoso y rebelde en demasia y en ocasiones no obedece á la voluntad—, completar su discurso.

[En realidad—se dijo—nadie es capaz de adivinar lo que otro piensa, las ideas que bullen en el cerebro no se exteriorizan con gráfcos caracteres en la frente. ¡Guay si tal ocurriera!... No habría ser humano que pensara... Muerta la hipocresía, desaparecido el fraude, ¡qué inmensa revolución en la Tierra!... ¿Quién no miente? ¿Quién no es hipócrita?...]

Con esta vulgarísima reflexión quedaron domeñados sus escrúpulos.

[La muerte de Felipe sería benéfica para los suyos. Ignoraba ella la cantidad á que ascendía la indemnización que la ley otorga á las familias de las víctimas de accidentes del trabajo; pero debía de ser importante, porque la MARGARA puso una venta con la que recibiera cuando murió su marido á bordo del MERCEDES, aplastado por un loco de tabaco.]

A la vieja que iba en seguimiento de Antonela habíanse unido otras mujeres, que sus frangollos y demás labores abandonaban por huronear lo que no les atañía, y algunos hombres; y cuando aquella llegó al hospital, llevaba detrás numerosa escolta.

Curiosos y desocupados, comadreras y chiquillos; la conmistá porción, la híbrida

hez parto del arroyo, que posee don de ubicuidad; que todo lo palpa, vé, olfatea, oye, gusta, sabe y comenta; que se engancha en cualquier banderín callejero y hoy es conservadora y anarquista mañana; que se suma á todas las unidades; que es la primera en gritar y no la primera en huir cuando la policía hace liberal reparto de sablazos; que reclama para ella en primer lugar todas las concesiones por otros obtenidas en cualquier revuelta; la turbamulta amorfa, chismográfica y errabunda, agrupábase á la puerta del establecimiento narrando el accidente ocurrido á Felipe, con naturales y fantásticos pormenores, promiscuando la verdad con mentirosas invenciones. Rogaba y aun conminaba el portero—viejo gruñón, y reumático por añadidura, que se apoyaba en un bastón-muleta para andar—á la multitud, para que se alejase. La permanencia de tanta gente en aquel lugar, podía comprometerle (á los porteros todo les compromete) si llegaba el señor Director.

Los del grupo replicáronle que estaban allí porque así les venía en gana (la verdad es que ellos lo dijeron en otros términos, no muy correctos para impresos); la calle era propiedad común, de puertas afuera nadie tenía mando. Burlábanse de él los chiquillos; apaleó á uno de ellos:

el muchacho fué en busca de piedras para vengar su «dolorosa» afrenta; y el pobre viejo, rezongando, corrido y aburrido, hubo de retirarse tras de la verja que en el fondo del vestibulo cierra la entrada al establecimiento.

A empellones y codazos lograron abrirse paso Antonela, su hijo y los citotes que les seguían. Unos y otros entraron decididamente en el zaguán; y se disponían á seguir adelante, cuando salió á su encuentro, renqueando, el cancerbero; quien, á pesar de los ruegos de Antonela, que invocaba su calidad de esposa del herido, y de los insultos de la vieja metemuerdos, que le floreaba con los epítetos de «incordio, carcamal, mastuerzo, higo pico», y otros de semejante y aun de peor laya, se negó á franquearles el paso. ¿Querían comprometerle?... No era aquella la hora «de entrada»; además, acababa de llegar el doctor y estaba reconociendo al doliente. Lo mejor que podían hacer era sentarse en la calle y esperar. El doctor tenía mucha PLÁTICA en «aquellas cosas» y terminaba pronto.

Siguió Antonela el consejo y sentóse en el umbral de la puerta. Su ESCOLTA fué á aumentar el grupo allí estacionado, y la vieja comenzó á desproticar á troche y moche; porque nadie—según ella decía—relataba lo acaecido á Felipe tal como

ocurió. ¡Su versión era la única digna de crédito!

Pronto se vió Antonela rodeada por comadreras que la importunaban con necias preguntas. «¿Era bueno su marido? ¿Trabajador? ¿La quería mucho? ¿La zurraaba? ¿Cuántos hijos tenían?»

Algunas la dirigían palabras de consuelo; pero de esas que más ofenden los íntimos sentimientos que calman la aflicción. Lloraban otras á moco tendido, cual si á ellas afectase directamente la desgracia.

Manuel, recostado en el muro, fingiendo tristeza, respondía con monosílabos á las preguntas de los impertinentes.

Cuando salió el médico, Antonela—advertida por punzante aviso del portero, que se tomó la molestia de guincharla con su palo en un costado—llegóse á él interrogándole:

—¿Está muy grave el herido que trajeron de á bordo?

—¿Eres tú su mujer?

—Sí, señor.

—Pues, hija, no está muy bueno que digamos.

—¿Me permite usted que le vea?

—No, no... ¡De ningún modo! Sería perjudicial para ti y para él. Ya le verás cuando mejore... [¡Pobrecilla! ¡Si ella supiera!—dijo para su levita.

La ojeó por encima de los lentes y montó en su coche, añadiendo:

—No te apures, muchacha... No es gran cosa: cuatro contusiones que no valen la pena que te acongoja.

Transcurrieron dos días. Antonela iba por las mañanas, después de terminar la reventa de pescado, al hospital. De pie en el umbral, apoyada en el quicio de la puerta, aguardaba la salida del médico escuchando los quejidos de los enfermos, que, como reproches á la vida, asaltaban las ventanas, y abandonando las estancias del dolor, las frías antesalas del sepulcro en donde los físicos padecimientos adunan su maldad con las penas psíquicas, esparcían por el arroyo sus tétricas afonías. Y allí, punto neutro, abstracto, entre el sufrir y la dicha, entre la vida y la muerte; sorda á las lamentaciones de trasmuros; insensible al saluberrimo ulular de los chicuelos que en alegre jugueteo corrian por la calle, rememoraba lo pasado cerniéndolo con el tamiz de lo presente.

«¿Por qué sus ojos permanecían secos ante el desastre?... ¿Habíase agotado en

su alma el manantial del sentimiento, del infinito goce y de la pena que suplicia?... ¡Ay!, su existencia entera, aparte el estrecho paréntesis de contados días, no fué sino agónico espasmo, de la muerte una muestra. Y el dolor es gigantesca esponja que absorbe los jugos alimicos; que adhiere el policromo vergel de suprasensaciones que constituyen la vitalidad extracorpórea, y le convierte en árida estepa, en amorfo y nirvánico despojo... ¡Vivir, gozar! ¿Qué es eso?...»

El recuerdo de aquellos tiempos que, cual alegría la geórgica primavera del año una estación, con las cadencias de plácidas fontanas que brotan entre breñas; de aves que entonan sus tiernas cántigas de amor en selva lujuriosa; con los colores y perfumes de fragantes flores; que cual derrama vida el sol en los fecundos campos, vertieron sobre su existencia breves momentos de luz y de ventura; aquellas añoranzas acudían á la imaginación de la cuidada con los borrosos tintes del ensueño feliz que ya pasó y no torna y que á la vez consuela y martiriza.

«¿Bajo qué leve losa de lo pasado el esqueleto duerme, que así abandona su ataúd y holla de lo presente los dominios, ahora ataviado con los negros crespones del remordimiento, ahora con la galana veste del fausto suceso?... Fueron aque-

llos tiempos relámpago fugaz; ave de paso que á regiones más cálidas emigra; envidia del pensil á la mañana, tallo mustio á la tarde; céfiro que al pasar imprime un beso; libélula que un momento aletea y desaparece... La realidad, lo permanente, era la tempestuosa noche de la pena; lo que persistía, el dolor y la miseria. Y extinta la concepción de la dicha; ulcerado el corazón, anuladas sus funciones sensitivas; nirvanizada, atrofiada el alma por el exceso de suplicios, el sér moría. La materia aún existía; pero, ¡cómo!, faltándole la esencia inmateral que la humaniza... ¡Pobres cuerpos vacíos, sepulcros de almas!... El recuerdo de aquel Felipe amante y cariñoso, desvaneciéndose como nube opalina que el vendaval se lleva. Aquel Felipe era fantástica visión; el Felipe de ayer había envuelto en las sombras de lo pasado. El de hoy, el que agonizaba en una yacija del hospital, era el Felipe bruto, la bestia macho; el acéfalo producto de una civilización incompleta que cierra al humilde las sendas que conducen á la elevación psíquica, á la libertad; que empuja al ignorante forzado hacia la taberna, al esguizaro hacia el ergasterio; que educa á la mujer del pueblo en el confesionario, hipócrita y supersticiosa, ó en la fábrica, á merced de satíricos burgueses que la

violan, bajo el dominio de brutales capacidades que la apalean. Y si, por acaso, de estos naufragios se librare alguna, da en el escollo de un marido aprisionado por el vicio... Aquellos castos transportes en que la posesión de la carne era expresión, satisfacción del sentimiento interno, espiritual; mútuo é íntegro adueñamiento del sér por el sér; deliquios exuberantes de pasión en que al arrullo de immaculados besos esparcían las flores su pólen generando los pimpollos del Amor, ¡también pasaron!... ¡Y lleváronse consigo la felicidad! Fué aquello un salto brusco, inesperado, desde la cumbre de la dicha al hondo abismo de la adversidad; espantosa herida, hecha traidoramente y de improviso con la daga de hielo de la desilusión, por donde huyó todo el encanto en única oleada... El lazo inmaterial que unía á los esposos, estaba roto; allí no quedaban más que ruinas, carroña: un tirano que manda y golpea; un bruto en quien el alcohol despierta lúbricos deseos, y que, más bajo que las feroces bestias, que aguardan á que su hembra se les entregue por instinto, voluntariamente, conquista el placer físico por fuerza; y una mujer que se entrega inamorosamente, que concibe en sus entrañas seres expósitos, porque los hijos del alcohol son monstruos anónimos... ¡Por eso, quizás—y por más que se

lo reprochaba érale imposible evitarlo—, no amaba ella á Luisa y á Gabriela, sus dos pequeñas, tanto como á Manuel y á Antonio, sus galopines!... Carne pasiva, inanimada, tan buena para hacer brutales apetitos como para ser arrojada al estercolero; un utensilio, un mecanismo que produce sin afanes ni placer, sin orgullo de creador: que ni protesta ni se satisface; algo así como la barrigana obligada de su esposo, en horas torpes: ¡eso era ella! ¡A tal condición le había reducido su infortunio... Empero, ¿cómo dos seres ayuntados por el amor crearon tan monstruoso desastre? ¿Cuál de entrambos aportó el germen? ¿Cuál de entrambos era el culpable? O, ¡por desventura!, ¿lo serían los dos?...»

Así discurría Antonela, sin acertar á discernir que acaso ni ella ni Felipe tenían la menor culpa en la desgracia que les affligía; que más allá de la humana voluntad y de los órganos generatrices del sentimiento, hay otro vientre que, fecundado por exótico pólen extraño al alma individual, aborta lo fatal, lo imprevisto: densas nieblas que al espíritu ciegan, pervierten y extravían...

Por el puente fronterero al hospital, ten-

dido sobre un barranco seco en el verano, llorón en el invierno, avanzaba á la carrera, exhalando gritos dolorosos, casi aullidos, una jóven con un niño en los brazos. Seguiala de cerca la turbulenta escolta de callejeros acontecimientos, que parece brotar del empedrado apenas el escándalo se esfuma. Entró la mujer en el vestíbulo del hospital, y como la verja colocada al final de aquel le cerraba el paso, comenzó á golpearla, gritando enloquecida por el dolor:

—Abran, ¡por caridad!... ¡Mi hijo se muere!... ¡Hijo de mi alma!...

Y sus ojos, que el mental estravio abrillantaba, se fijaban suplicantes en el reumático portero, que frente á ella, golpeando los peldaños con su bastón, agarrado al pasamano, bajaba torpemente la escalera principal del edificio, rezongando:

—¿Qué escándalo es este? ¡Y á la hora «de visita»!... ¿Quieren ustedes comprometerme?...

Antonela, fisona como hembra, aproximóse á la affligida madre y vió que el niño, desmayado y pálido, tenía en la cabeza una herida de la que manaba un hilo de sangre. Y ante el inmenso dolor maternal, ante el ageno padecer conmovidas las fibras todas de su corazón, lloró con honda pena, furtiva, silenciosamente.

[¡Ah!... ¡Por qué lloraba las cuitas de

los otros ella, que no vertía una lágrima ante las propias?...]

Fué necesario aguardar que el viejo solicitara permiso de la «hermana» de guardia, para abrir la verja. Y cuando la angustiada madre, impetuosa, ansiosamente, penetró en aquella mansión del dolor, la paúl, frunciendo el ceño, dijo al portero:

—¡Qué le parece á usted!... ¡Vaya una gente!... ¡Cómo ha puesto el suelo!

Y señalaba hacia las blancas baldosas, pulidas, brillantes, en donde la sangre del niño dejó máculas rojas.

Salían los médicos, terminada ya su ordinaria visita á los enfermos, discutiendo vivamente un tema psicológico; y era tal la atención que al asunto prestaban, que no advertían que Antonela interrogaba á uno de ellos:

—¿Cómo está mi marido, don José?

Repitiendo la pregunta consiguió hacerse oír.

Aunque los días anteriores venía aconteciendo lo mismo, en aquella sazón estaba ageno á ello el interpelado. Perplejo quedó un instante sin saber qué decir, pues temía provocar dolorosa crisis en la infeliz esposa, si respondía con ingenuidad; y á fin de cobrar tiempo

y discurrir un expediente que le sacase del atolladero, fingió repentino acceso de tos. Calculó que ningún bien reportaría el embusto, por púdico y espléndido que fuere su atavío—que la mentira suele envolver sus impurezas en honestos arrequives, como cauta ramera que es—, puesto que sería eclipsado por la hermosa desnudez de la Verdad apenas ésta surgiera, y optó por un término medio, respondiendo con ampulosas reticencias, de ese confuso modo con que los portadores de malas nuevas en revelan, aforran lo cierto con lo falso cuando no quieren desvanecer la esperanza ó destruir la dicha con sus luctuosas palabras.

—Bien—exclamó Antonela interrumpiéndole en mitad de su discurso—; ya comprendo, es inútil que trate usted de engañarme: Felipe ha muerto...

Y sin exhalar un suspiro ni derramar una lágrima, siquiera fuese por hipocresía, con mesurado paso tomó la vuelta de su tugurio.

El médico, que esperaba verla entregarse á vulgar y escandalosa manifestación de pena, sorprendido y pensativo la siguió con la vista hasta que desapareció doblando una esquina.

Sus compañeros le aguardaban. El corto diálogo que don José sostuvo con Antonela, había sido escuchado por ellos; y

al acercarse aquél díjole uno, con cierto carientismo:

—Qué, ¿se ha convencido usted de que mi tesis es la cierta? Dígarlos, ¡paladín de la plebel, qué sentimiento ha experimentado esa mujer al enterarse de la muerte de su marido: ¿inmenso dolor?, ¿resignación?, ¿alegría?...

Y como don José no le respondiera, añadió:

—¡Desengáñese usted, amigo mío! El hálito inmaterial; el alfa y el omega; la quintaesencia del suprasensorismo, que hace al hombre amar y aborrecer, luchador y héroe, sólo se encuentra en las altas capas sociales... No me refiero á lo que acabamos de presenciar: el caso de esa mujer nada supone sino á condición de tomarse en cuenta como uno más en el número de los que anotados tengo; mi teoría se basa en profundas y repetidas observaciones, no es vana charlataneria... La plebe—añadió en tono sentencioso—, la canalla en masa, es materia inerte: ni el latigazo le hace rebelarse, ni en el beso halla casto deleite, ni el ageno ni el propio padecer llega á las honduras de su espíritu... El sentimiento noble, REFINADO, ese prepotente creador de las enérgicas voluntades, de las sublimes abnegaciones, de los grandes sacrificios, no vibra en los plebeyos corazones; el populacho

es PHILOMARCA, no siente espiritualmente; por eso no se redime... Su mundo es el mundo de las tinieblas; su carne, caótico amasijo de moléculas muertas; su alma, sucio escarabajo... ¡Es el infinito, insensible, inconsciente, animal!...

—No—redarguyó vivamente don José—; su mundo es la región de la esperanza; su carne es la carne irredimida, anestesiada por el martirio, cuyas energías, al reaccionar, se manifestarán con potencia arrolladora... Su dolor es mudo; sordas las vibraciones de su sensibilidad; pero, allá, en lo más profundo del caos, donde vuestras superficiales miradas no llegan, en donde vuestros sentidos no perciben nada, se agitan mariposas de niveas alas; se aspiran las esencias de ignorados pensiles; se escuchan inspiradas canturias... Esas multitudes, á las que usted despectivamente califica de POPULACHO, son lo sublime, desconocido; ¡lo inmensamente grande y bello, no investigado!...



Tenerife, Mayo 1908.

VARIEDADES

¡PROFANACIÓN!

—XII—

Es Jueves Santo. El tiempo ha vestido de luto al día con denso manto de nubes que lagrimean, y fieles creyentes aseguran que en tales destemplanzas atmosféricas se manifiesta la divina intervención: son gimoteos de la Naturaleza por la muerte del Justo. Las campanas lanzan bronceos lamentos que parecen anunciar el tránsito, de la una a la otra vida, de almas de ajusticiados. Mañana serán amordazadas, y á su tañer planidero sustituirá el áspero tableteo de las carracas. La gran urbe parece somnolienta, confundirse la puede con lugarejo perdido en el vacío del desierto: ni rodar de carruajes, ni molestos gritos de vendedores, ni ululeo de chicuelos, turban su artificial sosiego. La gente marcha silenciosa, enlutada, ceñudo el semblante, como si la embargasen funebres impresiones ó presintiera terribles catástrofes.

Levantada la faldamenta hasta algo más arriba del tobillo, para no embarrarla, dejando ver la añilada albura de la enagua

y la listada media; recogida hacia un lado, airosamente, de manera que se cinea a las carnosas nalgas y permite apreciar la tersa curva de vientro que esperan fecundación—semilleros de futuras existencias, contemplados con erótico deseo por los bravos machos—; empapado el rostro en la tristeza de ritual en todo un Jueves Santo—como si ellas, ¡pobrecillas!, se creyeran salpicadas de la sangre de aquel mártir, sér real ó novelesco, que diz fue crucificado en el Calvario por los escribas y sacerdotes hebreos—, compunción de catenda bajo la cual cosquillea la risa juvenil, carcajada escéptica, braviamente carnal, humana, marchan las jovencitas hacia el templo. En su palmito puso la hermosura reflejos de su gracia, y la salud sus más bellos colores; sobre su cabeza, mantilla de negro encaje la coquetería; en su mano, un devocionario el convencionalismo. Sus ojos, bajos cual corresponde al severo continente, álzanse del suelo, con disimulo, cuando garrido mozo pasa taconeando junto á ellas y soslaya la mirada para libar, desvergonzado, el imperial néctar de la belleza vedada á sus viriles acometidas. Escóltanlas serios y barrigudos cincuentones de pesada andadura, pulquérrimos en el vestir, apareados con respetables matronas que acaso un tiempo fuesen lindas, pero que hoy ocul-

tan las ranciedades y desconchamientos de su faz bajo espesa jalbegadura: parecen viejos lenzos murales retocados. Allá van las antiquallas conduciendo á la femenil prole, mas deseosa de la expansión y charla del noviazgo que no de rezos y genuflexiones, á los oficios religiosos.

Y aquí me quedo yo, en mi cuartucho de fonda, sin saber qué hacer: si ponerme á emborronar cuartillas, ó dejarme vencer por la cariciosa pereza achacando á falta de inspiración lo que es ausencia de deseo.

Salvador, entrañable amigo mío; ex-compañero de juegos en la infancia y de estudios en la adolescencia; consocio en mis nocturnas correrías por burdeles y tabernas; sacerdote y actual coadjutor de San Baudilio; un loquinario con sotana, ha entrado en mi cuarto, echando votos y ternos como cualquier lego educado en la cuadra de un mesón, terciado el manto, el atejado sombrero caído sobre la oreja, á usanza rufianesca. Entrar, sentarse y comenzar á charlar, todo ha sido á la vez.

Acostumbrado al regalo y á la holganza, desespérase el ajetreó de Semana Santa.

—¡Esto es vivir á lo segador, chico!— exclama.—¡Y luego dicen los anarquistas, haciendo suya la frase de no sé qué revolucionario francés, que el último rey

debiera ser ahorcado con las tripas del último cura!... O «viceversa».

Haase dibujado en sus labios truhanesca sonrisa, y ha añadido:

—¡Los anarquistas!... ¡Los anarquistas!... Buenos muchachos, pero cobardes.

Ha encendido un cigarrillo, y luego, con su vanilocuencia de tarambana incorregible, se ha puesto á detallar las múltiples ocupaciones que le abruman en estos días. La de confesor es la que más le agrada.

—¡Se sabe cada cosa!—dice entuertando un ojo.

Y con placidez, con cinica minuciosidad, me relata perversas historias, terribles secretos arrancados por él sañudamente, sin piedad, á tenazón—con la amenaza de tortura eterna en la fundición de almas de «Belcebú y Compañía»—, de la cloaca de ciertos pechos; me cuenta leyendas galantes, pescadas con el anzuelo de la absolución en el pantano de adúlteros labios; me hace saber las conquistas amorosas por él impiamente realizadas en el confesionario y consumadas en el ageno hogar. Respetados varones conoce, que debieran arrastrar grillete; sabe de lechos conjugales más diversa y frecuentemente visitados que los de una mancebía; castidades que deshonorarían á una ninfomaniaca, ha descubierto él. Nombres, señas particulares, indicaciones pre-

cisas, espantosas acusaciones, brotan de sus labios envueltas en el fango de todos los vicios, de todos los crímenes, de todas las miserias y abyecciones, como de una letrina que reosara. Excrementos sociales que Salvador scupe, entre irónicas carcajadas, amalgamados con insultos agudos, punzantes, contundentes, que hienden reputaciones, que desmoronan oropélicas honras, famas construidas con légamo y cascote y enlucidas con revoque de oro.

Gusto yo de su charla, excesivamente franca en la intimidad, halagado mi revolucionario temperamento con la exacta pintura del humano dolo, y le dejo que desfogue á placer, sin interrumpirle.

Remata su diabólico desahogo, exclamando:

—Pero, es natural, todos los oficios tienen su lado malo: el de penitenciario tiene el de esos viejos caromómicos; el de esas hediondas estantiguas, «licenciadas» de las huestes de la alcahuetería, ¡que le dan á uno cada lata!... ¡Y eso que yo tengo buenas despachaderas!

Salvador es un tipo muy original. Allá, en sus mocedades, quería ser militar; y en verdad que mejor hubiesen cuadrado á su beligerante naturaleza y á su gallarda apostura el campo de matanza y los bélicos atavíos, que no los hábitos. Pero, su

madre, señora apegada á la Iglesia, enderezóle por otro camino, que fué torcerle del verdadero; y de un «buen» ensarta-hombres, que su hijo hubiera sido, hizo un mal cura. Quien atentamente se fijase en mi amigo, descubriría en él, bajo la talar vestimenta, un arcabucero, uno de aquellos capitanes de nuestros históricos tercios, que, según crónicas cuentan, pasaban la vida jugando á los dados, emborrachándose, violando doncellas y saqueando villas. En las horas de libérrimo esparcimiento se dibujaban en su rostro los nobles rasgos de aquellos fornidos hidalgos rompedores de lanzas, defensa de tapadas desconocidas, y las sombrías arrugas del pícaro que partía el corazón por un cornado.

Casi todas las noches venía á mi casa, en traje seglar—corta chaquetilla, ceñido pantalón, sombrero de anchas alas—, y quieras que no quieras me hacía acompañarle. Conocía él todas las tabernas y todos los burdeles de la ciudad, ¡que no son pocos!, mejor que un corredor de vinos y que una proxeneta; cantaba malagueñas con más «estilo» que un percheletero; bailaba «por lo fino» tan bien como un «pianista»; tenía queridas—así, en plural—en las ramerías, y en su casa nunca faltaba una sirvienta que, aceptando tiazgo ó sobrinazgo—el grado se media

por la edad—temporal, se aviniera á ser su manceba; metía en su estómago más vino que habén corambres valdepeñeras; en fullerias de juego era diestro como un tahur; y si la ocasión lo requería, «no escondía la cara á ningún hombre» (era su frase), en el bolsillo interior de su chaqueta, ni artesana ni torera, guardaba bien afilada faca para casos extremos. ¡Un verdadero terne, el señor cura!... Como Pirrón escéptico, burlábase á la noche del ministerio que practicaba durante el día; aficionado al placer como un epicúreo, rotando todos los vicios y le martirizaban sus consiguientes lacras; desvergonzado como Diógenes, al entrar en las barragánias quitábase el cordobés y enseñaba la tonsura exclamando guapetonamente: «¡Aquí está un cura con más gracia que la repunemera madre que lo parió!» Cuando las aventuras eran borrascosas en demasía y todos queríamos retirarnos, más que por otra cosa por evitarle graves disgustos si á oídos de los jerarcas llegasen tamaños desafueros, él era quien nos obligaba á continuar la parranda diciendo: «Podéis estar tranquilos, no hay obispo que me hinque el diente: ¡conozco secretos que si llegaran á divulgarse!... Y «el miedo guarda la viña». «¡Aunque visto sotana, soy tan hombre como otro cualquiera!...

¡Que me hubiesen dejado seguir mi vocación!, exclamaba otras veces. Las prostitutas decían de él que era «un barbián»; los rufianes, que «un guapo»; los taberneros, que «un tío muy campechano»; los jugadores, que «un vivo»; los feligreses de San Baudilio, aseguraban que era el cura más simpático que «consumía»; sus superiores se enorgullecían de contar entre el clerical rebaño un borrego «de ciertas energías», y le auguraban rápidos progresos en la carrera. Porque, mi amigo, aparte los defectos que enumerados quedan, á más de ser ducho en el arte de saber vivir tenía otra ventajosa condición para el medro: era hipócrita como si le hubiesen amamantado Padres Ignacianos.

Apenas ha salido Salvador, yo, ateo refinado, he sentido la vulgar corazonada de ir «adonde vá la gente». Me he calado el chapeo, he requerido el paraguas, y siguiendo de lejos á mi compinche heme colado de rondón en San Baudilio; no para burlarme, que á mí nada me vá ni viene en las ajenas conveniencias, sino por ver si la perdida fé torna al rebelde corazón... Y también por observar lo que hace aquel pillastre.

«Estratégicamente» distribuidos por los más oscuros rincones, al soquito de las capillas, están los locutorios del pecado.

De la sacristía ha salido, gacha la cabeza, disimuladamente pesquisidora la mirada, porción de curas, pelicanos, cervigudos y torpes los unos; jóvenes y garbosos los otros, entre los cuales viene Salvador. A no ser por la tonsura, ese extraño signáculo del sacerdocio, tomárase á aquellos últimos, con su afectada humildad y tálares vestiduras, en contraste con su natural donaire, por histriones que se dispusieran á representar tétrica farsa. Hánse esparcido por todos los ámbitos del templo, y ocupado su puesto de combate.

Perdido entre los fieles, que son los menos, y entre los hipócritas, que son los más, me constituyo en espía de mi camarada.

Viejos santurrones de macilento y asarmentado rostro; empendiladas beatucas de brujesco continente, cara hipocondriaca, fulaz mirada y escasa y cenicienta cabellera; cuarentonas de ojos gachones—¡MISTICAMENTE gachones!—que parecen anunciar, con el «recato» debido al paraje, el alquiler del cuerpo á que pertenecen; flores recién abiertas, jóvenes hermosas, áticamente bellas; tiernos capullos en la puericia, vírgenes de alba vestidura, el ramo de azahar—no tan blanco como el ampo de sus almas sin alas aún—al pecho, desfilan ante aquel armatoste, que tiene algo de ataúd y mucho de garita,

vaciando en el oído del penitenciarario el costal de pecados. En menos que lo escribo, ha absuelto Salvador á dos santuchos y á otras tantas gazonas. Algo más se ha detenido escuchando á una jamaona de estatuarias curvas y gentil palmito; mas no fué tanto como con linda jóven que á la zaga de aquella ocupó la celosía. ¡Qué le diría la confesante!... ¡Qué crímenes horrendos, qué espantosos delitos habrá cometido esta otra niña, esta mariposuela que aún no ha sacudido el sutil polvo de sus alas, bella cual perla dormida en el lecho de nácar! ¡Ah, pecadora!... Su diáfano rostro se ha teñido de ópalo, yo le he visto cubrirse con los rojos tiutes de la vergüenza, como si un latigazo le cruzara; yo he visto aquella faz magnólica apartarse con repugnancia de la celosía; yo he visto transfigurarse su cara inocente, apuntándose en ella trazos de malicia y muecas de honestidad ofendida; yo he visto reflejarse en el límpido espejo de sus ojos los sombríos contornos de un monstruo que ante ellos pasaba, y la torva expresión del miedo que hace al alma esconderse amedrentada. ¡Que habrá dicho á la niña el confesor!... He visto á Salvador, cuya negra silueta se recorta en las sombras, removerse inquieto en el duro sitio; he visto su rostro, congestionado, topar con la rejilla; he

visto sus labios, salidizos y colgantes como bello caballar, animados de nervioso movimiento, aproximarse á unos rojos claveles y beber en ellos virgineos perfumes; he visto confundirse el suave aliento de la paloma con la asquerosa espiración del macho cabrio; he visto á la boa hipnotizando al ave del Paraíso... Yo he contemplado todo eso, y he creído que las hediondecas del pudridero sorbían las esencias del pensil; que el cieno se bebía las lágrimas de cristalina fuente... Yo he observado todo eso y heme dicho: «Las vírgenes han sido violadas; las esposas, seducidas; el templo, profanado. Sobre la augusta faz del Mártir, admirable si real, hermosa creación si fantástico, la Bestia ha dejado su viscosa baba; ha descendido luego á los altares y ha excretado sobre los sacros corporales»... Allí, en el «tribunal de la penitencia», falsa llave que franquea el paso hasta los corazones, un hombre, con argucias y apetitos de Sileno, se ha regalado con las primicias de un pensamiento puro; ha roído, tarazado, indagado con rateriles escarceos las reconditeces todas de las almas liliales; ha desflorado sentimientos; ha revuelto el íntimo santuario de la conciencia y ha sacado a luz lo hecho y lo por hacer, ha visto lo pasado y previsto lo porvenir; ha punzado con el tridente de Satanás la

arteria del secreto, y ha saciado su hidrópica sed de inquisidor con la noticia de las pasiones y de los deseos, de los amores y de los odios ajenos; ha desnudado las ilusiones de la doncella y maculado su pureza; ha vertido en el manantial de la Vida la ponzoña de la hipocresía y arrojado sobre la nitidez de la inocencia el fango de la ramería... Ese hombre, provisto de ganzúa, ha violentado el sagrario de vuestro hogar; y con perversas tretas háse apoderado de vuestra esposa y le ha obligado á que le revele vuestras faltas y vuestros crímenes, vuestros proyectos y vuestros ideales, á cambio de un pagaré falso á satisfacer en la otra vida. (Y dáos por bien librados, ¡voto á sanes!, si después de adueñarse la conciencia de vuestra compañera no os arrebatara su cariño también.) Ese hombre ha sugestionado con terroríficas visiones á la pubescente y ha gustado en el carmíneo cáliz de sus labios la inmaculada nueva de sus desfallecimientos carnales, de sus ensueños de hembra joven y sana; ha gulusmeado en su alma, glotonamente, no fuera que ocultase algún dulce manjar reservado al efebo que bajo su ventana espera la porfiada limosna de una mirada ó de una mustia flor... Ese hombre ha dejado en el casto corazón de la infancia todo el pus, todas las flemas, todas las impure-

zas de su pecho de libertino obligado á fingir abstinencias no practicadas...

Yo no acuso á la mujer, á quien una civilización llena de fosas que aguardan cadáveres; á la que una sociedad sarpullida de convencionalismos arcaicos ha colocado bajo la opresora tutela del macho; á la que una legislación brutal excluye de todos los derechos y obliga á todos los deberes; yo no culpo á esos seres, débiles física, social y jurídicamente considerados, de su forzosa inanición mental. Son débiles en la sociedad y en el Código, porque el hombre ha detentado las fuerzas que naturalmente, en cuanto humanos, les pertenecen. Para llevar á cabo esa usurpación, ha sido necesario el auxilio del cura; y éste, celoso de su poder, nos arrebatara la presa que en sus manos pusimos en menguada hora. Cerrado todo otro camino, la mujer avanza en el de la superstición; débil en todos los terrenos, se fortifica en el del misticismo. Yo, pues, culpo á padres, á hermanos, á esposos; á todos aquellos que se dicen «espíritus abiertos», «conciencias libres»; á todos aquellos que blasonan de amantes de la libertad y del progreso, y que, sin embargo, rinden tributo á rutinarias y perjudiciales prácticas, «por el buen parecer!», y permiten á sus hijas, á sus hermanas, á sus esposas, que postradas

ante un cualquiera le revelen sus más recónditos secretos... y aun los que no son de su exclusiva pertenencia. No pretendo que el hombre imponga su voluntad, verdasca en mano, á la mujer, no; yo quiero que el padre, el esposo, el hermano, sean luz que alumbre su camino, báculo en que ella se apoye para subir los ásperos recuestos de la Vida. La persuasiva palabra de un padre, el fraternal consejo, siempre que lleguen en sazón oportuna, serán más respetados que las admoniciones de un desconocido, sea esta sea aquella la representación que ostente el advenedizo. Con ello, á mas de otros deplorables sucesos, se evitarían esos matrimonios en los que la armonía se ha roto, en los que la dicha ha desaparecido por la justificada oposición del esposo á que su consorte haya por mentor, y no dé un paso sin estar «competentemente» autorizada por él, al Reverendo Padre Meroveo ó al capellán de San Zenón; con ello encontraría el hombre su verdadera mitad: una compañera con quien partir pan y lecho, una amiga leal á quien confiarse sin temor á traiciones, y terreno preparado para fecundas cosechas. «¿Qué delito cometo—claman ellas—en cumplir un precepto religioso?... Así fui educada, esto me enseñó mi santa madre, y ofendería la memoria de mis mayores si renegara

de su fe». Aceptemos su atávica teoría y volvamos á los dichosos tiempos en que nuestros abuelos, «para esplendor de la fe, limpieza del reino y gloria de Dios», hacían purgar en la hoguera el horrible crimen de servirse del cerebro. (Lo cual no causaría gran asombro á los hijos del siglo XX, que permiten el encarcelamiento de aquellos que libre y públicamente manifiestan lo que, según su leal entender, es bueno y debe decirse.) ¿Qué delito cometen!... Su falta es de lesa colectividad. Yo se la perdonara si para ellas solamente delinquieren; pero, mañana pasarán á la categoría de «santas madres» que educaron en esta ó en aquella creencia y, por no ofender su «sagrada memoria», prolongaráse el mal por los siglos de los siglos.

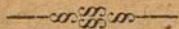
Yo prometo firmemente que ninguna mujer habituada á la confesión, será la madre de mis hijos. Dadme una bagaza enferma por esposa: la acepto. Con mi cariño conquistaré el suyo; con mi ternura le haré apreciar la diferencia que existe del beso vendido á la caricia espontánea, hija del sublime sentimiento que llaman amor; yo la cuidaré, yo arrancaré de sus venas la ponzoña. Pero, no me deís mujer á la que le haya sido inficionada el alma con el estiércol del infierno y con otras patrañas semejantes;

porque si me afano en sanearla, creará que intento hacerle tomar venenosos filtros.

Yo no quiero mujer gazmón, archipudibunda; quiero mujer sencilla, naturalmente honesta, que conozca los secretos de la existencia; pero, que tenga noticia de ellos en debida sazón, que los aprenda en el infolio de la Vida, no á destiempo y en el confesionario. Quiero mujer formada por una educación en concordia con la Verdad, no modelada por clérigo concubinario: ¡no quiero despojo ni hechura de sacristía! Yo no puedo amar á la mujer que tenga otro juez inapelable de sus actos que su conciencia; no puedo sentir cariño hacia la hembra que en sus torpezas, en sus desfallecimientos, en sus más íntimas expansiones de ánimo, busque otro paño de lágrimas que el regazo de su esposo; haya otro confidente, consejero ni amigo, que el padre de sus hijos.



MARTIR Y VIRGEN



Los árboles de la vieja alameda susurraban no sé qué misteriosa cántiga que al alma envolvía en melancólico embeleso, y dejaban caer sobre el paseo mustias hojas que descendían con lentitud, undulando en el espacio. A la pálida luz de las bombillas recortábanse en el suelo extrañas sombras, inmóviles unas, agitándose otras al compás del viento. En la oscuridad, perdida entre los arriates, una fontana gemía y lloraba tristemente: creyérase escuchar las lamentaciones de ninfas que violara un sátiro.

Frente á mí se arrullaba una pareja de enamorados. La tierna voz del galán, insinuante, amorosa, dulce, apagábase en las frescas y coquetonas risas de la bella. Una vieja, mamá ó rodrigona, cabeceaba junto á ellos. El débil chasquido de un beso, rápido y cauteloso como la pisada de un ladrón, puso fin al discreteo. Tosió la antañona; arrugó la hermosa el hociquito, terso y rojo como una cereza, y abanicóse presurosamente; él trazaba con su bastón geométricas figuras en la arena.

Con gallarda andadura, bailándole en el cuerpo los charros arrequives, llegóse á mi banco una pecadora noctívaga. Bajo la máscara de afeites que cubría su rostro, esfumábase la torva signatura de la miseria y del dolor: había en él juventud ajada y belleza agonizante; entrevíanse en sus ojos obscuridades de honda sina y transparencias de atmósfera primaveral; á través de la amarga expresión que fruncía sus labios, finos como los de una beldad griega, adivinábanse risas y mieles; en sus mejillas, lindos hoyuelos pedían besos. Traía á la cabeza un vendaje, y en él máculas rojas.

Comenzó á sollozar ocultando la cara entre las manos. Se acercó á mí y hablóme. Su charla era bifónica: tenía arídeces tabernarias é inflexiones tiernas, líricas; á una misma sazón brotaban de aquella boca blasfemias y plegarias: creyérase estar en un burdel y en la celda de una profesa. Me narró... ¡sus amores! Tenía un hijo. ¡Hijo de sus entrañas!... Su franqueza era ruda, confiada: me hablaba con acento apenado, tierno y respetuoso, cual si pidiera protección á un hermano ó á un padre, tuteándome fraterna, filialmente. Su boca era albañal, mas entre la inmundicia flotaban albos azahares; su gárrula despedía hálitos de muladar y effluvios de jardín; salpicaduras

de lodo y ampos de nieve. Su aliento hedía á mosto y á tabaco; su vestimenta á esencias crudas, ásperas; pero, anulando estos perfumes con que la cortesanía de baja estofa se acicala, advertía yo los del alma de la pecadora; porque ella estaba en los labios, untados de carmin, de la cuitada: era una mariposa encerrada en bola de excrementos, estrella perdida en el fango.

Desgranaba en mi oído pena tras pena, engastadas en dolores. ¡Triste historia la suya!... Un borracho habíala descalabrado aquella noche, ¡porque así le plugo!

—¿Cuántos años tienes?—la pregunté.

—Diecisiete.

A esa edad aún florecen lirios en los corazones. Las zarzas de la malicia necesitan las escabrosidades del tiempo para arraigar.

La arboleda, azotada por el viento, murmuraba; arremolinábanse las mustias hojas caídas, susurrando tristemente; allá en la sombra, la gemidora fontana dejaba correr su llanto á lo largo de las cartelas, cubiertas de ova que una parte enjugaba y otra vertía, gota á gota, en el tazón pedernalino.

Mirábannos á hurtadillas, cuchicheando, los enamorados. La mamá, ó lo que fuere, fingió despertarse, carraspeó, envolvióse en su chal, y poniéndose en pie dijo:

—Hace frío... Vámonos.
Soslayó la cabeza y, mirándonos,
farfulló:

—¡Prostituta!

Me levanté, y rodeando con el brazo la cintura de la pecadora, la empujé dulcemente. Enfrentéme con la dueña; atraje hacia mí á la vagabunda, y posando los mios en sus labios dejé en ellos un beso tiernísimo, vibrante, lleno de casto amor filial. Volvíme hacia la «honesta» señora; y señalando á la cortesana, que avergonzada huía á esconderse en las sombras, le arrojé al rostro estas palabras que á ella debieron de sonarle á injuria:

—Vedla: ¡mártir y virgen!



NOTAS PARA UN ESTUDIO SOCIOLÓGICO

Es mi intención decir francamente el contorno de mis ideas y de mis sentimientos. Difícil es dar cima á tal empresa; porque así como la realidad, en ocasiones, sólo es pálido reflejo de la visión mental que de cosas y de hechos antevistos nos forjamos, así el pensar y el sentir se deforman y oscurecen al pasar por el tamiz de la palabra. Sería necesario, para que tanto el corazón como el cerebro no fuesen traicionados por la insuficiencia del lenguaje, que estuvieran orgánicamente constituidos de guisa que por sí mismos manifestaran con elocución propia sus sensaciones. El hombre es guarida de traidores: ahora el discurso es felón al corazón; ahora es éste el que tal villanía comete con aquél; ahora el labio es desleal á entrambos. Empero, ya que fielmente no, conocida la imposibilidad de hacerlo, trataré de esbozar mis impresiones con la mayor sinceridad posible.

Algo positivista, tanto por naturaleza cuanto por educación, preocupárame las causas reales, las que se palpan, más que las «causas finales». Ni lo creo práctico ni me encuentro con bríos para buscar, en las sombrías regiones de la metafísica, el Verbo de la Verdad. Y no es que, con Pirrón y sus adeptos, afirme que la Verdad no existe. Escéptico en ciertas materias, creyente en otras, tengo la firme convicción de que la Verdad alienta; de que la Verdad está con los hombres, de que la Verdad es humana. No es preciso imitar á Prometeo para robar fuego á los dioses: las creaciones de los hombres viven sin el soplo de Javé, los dioses están en la Tierra. De nada sirve elevarse á las nevadas cumbres, de nada vale descender á las ígneas simas de los volcanes: la Verdad está en el llano.

Correr tras fantasmas que se ocultan ó se desvanecen cuando creemos tenerlos cogidos por los cabellos, no es meritorio habiendo cosas reales que reclaman toda nuestra atención. Sin salir del planeta podemos elevarnos y descender: despejemos la inteligencia; desprendámonos del pesado atalaje de prejuicios, convencionalismos y hábitos heredados de nuestro abuelo, que cual túnica de Neso emponzoña nuestra razón, y veamos, palpemos, escuchemos, juzguemos fríamente.

A todo el que examine, magüer no sea á fondo, el actual período histórico, no puede ocultársele que asistimos á una crisis aguda en la Vida de la Humanidad. Parece como si algo se estuviese gestando en las entrañas de la Historia; como si algo, latente en el misterio de las tinieblas que envuelven lo porvenir, se preparase á entrar en la existencia activa. De un lado la incomprensible ceguera de los gobiernos, empeñándose en oponer al torrente popular un dique de bayonetas; obcecados en mantener embutidos á los pueblos en un molde arcaico, estrecho para la actual época de investigación y de análisis crítico. De otra parte los desesperados esfuerzos de instituciones cuyo maligno influjo ha retrasado la evolución humana, y que, viéndose amenazadas de muerte, apelan á los más reprobables medios, alentadas por la impunidad que les proporciona su valimiento en ciertas esferas, para subsistir. Aquí el desaliento y el temor de las clases acomodadas; allá la impaciencia del proletariado, que reclama vindicaciones, y que perdida la con-

fianza en propios y extraños agota en vano sus fuerzas, no combinadas, para derrocar lo estatuido, obligado a ello por el bárbaro desprecio con que se le trata y por las sangrientas burlas de que se le hace víctima. Aquí, allá, acullá, el descontento, el mudo terror a lo desconocido, al «¿qué será!...» Todo parece próximo á derruinbarse; y si no ha sucumbido ya, débese á ciertos paliativos, y, muy particularmente, á que aún no se tiene un plan completo, perfectamente definido, soluciones inmediatas que á todos satisfagan, para substituir á lo que desaparezca. Desprestigiadas las formas de gobierno, desde la autocrática hasta la democrática—que hablando en puridad ha sido suplantada por la timocracia y por la mesocracia—, las clases populares nutren las filas del socialismo «de Estado» (que también tiene adeptos teóricos, sólo TEÓRICOS, entre los mesócratas), engañadas por el sustantivo, sin fijarse en el aditamento que anexo lleva, y las del comunismo anarquista, no faltando tampoco quien se deslice hasta un escepticismo que tiene mucho de abúllico. Las clases «elevadas», divididas en dos banderías, la una que se dice liberal, conservadora la otra, entrambas atentas únicamente á sus conveniencias, vuelven los ojos—á trueque de mantener, un tanto por necia vanidad,

otro tanto por los beneficios reales que les reportan, privilegios rechazados por la moderna ciencia antropológica—hacia un federalismo regional, sincrético en apariencia, inconciliable en el fondo (pues mientras unos le quieren realista otros pretenden que sea republicano), ó hacia la estratocracia, (1) sin querer convencerse, porque hacerlo equivaldría á renunciar á sus prerrogativas, de que, tanto éstos sistemas como cualesquiera otros basados en la gobernación en masa, sugestiva y forzosa, y no subjetiva, individual, autónoma, vienen á ser algo así como diadexias sociales; porque siempre queda en pie la cuestión más importante—como lo demuestra la Confederación germánica, estratocrática por excelencia, y las Repúblicas europeas y americanas—, siempre queda irresoluto el más difícil problema: el bienestar relativo de todos y de cada uno de los seres hu-

(1) Esto, que sólo á España parece referirse, es aplicable, con ligerísimas variaciones, á todos los Estados del orbe; porque en todos ellos se notan síntomas idénticos: malestar general, necesidad de cambios radicales en todos, absolutamente en todos los órdenes de la Vida. En todas partes se proponen fórmulas NUEVAS, pero todas á base de ESTADO, para gobernar—¡siempre GOBERNAR!—al pueblo.

manos, que es el verdadero, el único objetivo de la lucha entablada. Esfinge que no será vencida hasta que se reconozca al individuo la plena libertad de regular sus acciones. Inútil es negar esa capacidad al hombre de mente sana, porque negándosela no puede atribuirsele suficiencia para dirigir los actos ajenos; y si bien es cierto que la posesión NATURAL de ésta facultad es lógicamente negada por unos, y para otros es dubitativa, la de aquélla está comprobada por la Ciencia y por la experiencia.

En punto á creencias religiosas, huelgan las observaciones: el ateísmo se abre paso (para nuestro bien) en el palacio y en la cabaña, con rapidez que espanta á los teístas.

Las causas del desmoronamiento social son muy diversas, y todas ellas están al alcance del más lerdo, puesto que se hallan al mio; empero, tanto por no disponer de espacio para tratarlas sin excepción, cuanto por tener el convencimiento de que arraigan en una sola, á esta limitaré mis consideraciones: á la ignorancia.

Por nesciencia se ha mantenido al hombre en la opresión; y hoy que el redentor espíritu del siglo, emanado de potentes cerebros, va á posarse en el ergasterio y en la gleba, los esclavos se atreven á hacer comparaciones; y percatándose de

que la mitad del progreso á ellos se debe, la mitad de sus frutos exigen; advirtiéndoles la opulencia y privilegios que otros disfrutan y la miseria intelectual y física en que vegetan ellos, sublévanse iracundos reclamando su derecho á la Vida; diseñan los contornos de una sociedad igualitaria y fraternal, y se manifiestan como fuerza ruda, implacable. Se exceden en el pedir cuando solicitan seguridades de existencia, vida real, vida afectiva, vida intelectual. No; no hay exceso en el pedir; acaso lo haya en el negar, y esa será la fuente de lamentables, pero necesarios acontecimientos; porque el pueblo está convencido de que le asisten todas las razones, y ¡ay de los déspotas el día en que recurra á «la última!...» Por ignorancia se ha hecho creer al afortunado que es superior al esguizaro, y sólo por ignorancia, que el cauto se aprecia como fuerza individual é intelectual, jamás como fuerza «económica», admiten muchos hombres, como apotegma, tal error. Por ignorancia, ¡y quizá por algo más!..., se taponó el cerebro de las multitudes con miles patrañas. Y hoy que los descubrimientos científicos; hoy que el análisis; hoy que el «¿por qué?» y el «¿cómo?» de las cosas asoma interrogador á todos los labios, la humanidad se llama á engaño y desea modificar sus añejas condiciones de vida, basadas en la farsa.

Destruída la teoría geocéntrica por Copérnico y Galileo; demolido el origen divino del hombre por las investigaciones geoneantrópicas de Darwin y Haeckel; prisionero el rayo de la mágica varilla de Franklin, el trono del Padre Eterno se tambalea y las amenazas del Omnipotente no asustan á nadie. Comte, Spencer y otros, valiéndose de una dialéctica potentísima, nos enseñan á estudiar provechosamente la inflexibilidad del mundo experimental. La explotación y gobierno del hombre por el hombre, tenidos por formas sociales insustituibles é indestructibles, son francamente acusados de antinaturales y no resisten á los severos y razonados juicios de Bakounine, Kropotkine y Reclus. Proudhon escarba con el acero de su pluma en los cimientos de la propiedad privada, y encuentra la ejecutoria del robo cometido en la augusta persona de la colectividad. Esa patria limitada, ¡hasta cuya crítica nos está prohibida bajo pena de encarcelamiento!; esa patria estrecha, rodeada de fronteras, se desvanece, como las sombras á la aparición del sol, á la llegada del cosmopolita; se agranda y abarca el planeta de confin á confin.

He ahí, brevemente explicadas, las causas de la actual crisis social. No hay período histórico en la Vida de la Humanidad, en que la Ciencia, la Razón y la Jus-

ticia, hayan acumulado tantos materiales para su obra como en el actual momento. Y como lo positivo se impone á lo dudoso; como el dualismo se destruye con la unidad; como en materia social es muy difícil adoptar un procedimiento que á todos plazca; como nadie podía suponer en tan mínimo lapso progreso tan máximo, surge el choque rudo, brutal; espontánea, inevitablemente, los intereses de unos se muestran, más al desnudo que nunca, en abierta oposición con los de otros; estos defienden sus privilegios, aquellos quieren destruirlos; este no quiere ceder, aquel pretende avanzar cueste lo que le cueste...

No nos amilanemos, enfrentémonos con el caos, rasguemos sus entrañas tenebrosas, quizá en ellas se esconde la Luz, la Libertad: ¡busquémosla sin temor! Es preciso abatir la inercia que nos estrangula, porque el dilema es de vida ó muerte.

Quando una sociedad lleva en si principios destructores, todo esfuerzo que tienda á evitar su desaparición es nulo; cuando la descomposición comienza á ma-

nifestarse, hay que apelar á medios extremos: en el organismo humano, se recurre á la amputación; en el social, á la Revolución. El abuso de fuerza; el uso immoderado del Código, en esos que llaman «delitos políticos», es síntoma acusador; si el poderoso tiembla es porque los augures han acertado. Y cuando una Revolución llama á las puertas de la Historia, es inútil cerrársela: como el espectro del Comendador, penetrará á través de los muros; como la misteriosa voz que hablaba á Hamlet, hará escuchar sus gritos subterráneos. Si la ocasión es llegada, la insurrección es inevitable: está en las linfas del arroyo, flota en la atmósfera. Una Revolución es la mano del Progreso que empuja hacia adelante: ¡Plaza al Progreso!...

Es necesario acostumbrarse á la idea de que la próxima insurrección no será política, sino social, lo cual es muy distinto; es preciso advertir que la insurrección venidera será una lucha de media humanidad contra la otra media: á un lado los atormentadores conscientes é inconscientes; á otro, las víctimas. (Sépanlo así los que se figuran que tratamos de establecer una oclocracia; eso de «quítate tú para ponerme yo», no reza con nosotros: dejemos al individuo á solas con su «yo», dejémosle soberano de sus actos, y él, por sí mismo,

reconocerá las responsabilidades que ante la comunidad contrae y procurará no caer en el desprecio ajeno ni en el suyo propio.) Su gran extensión, que abarca todos los órdenes de la vida social, y aun muchos de la vida íntima, es lo que retrasa su advenimiento. Sin embargo, no se aterren los que padecen hemalopía, la próxima sublevación no revertirá más crueldad de la que exijan las masas retrógradas: si no encuentra serias resistencias, lo cual es difícil, pasará sobre la Tierra como luminosa oleada, como céfiro acariciador. Mas, aun cuando el combate fuese ineludible, no será sangriento; los hombres se han elevado, se han «humanizado» lo suficiente para odiar á la guillotina. No haya miedo á las revoluciones patibularias: se acabaron las barricadas heroicas y las muertes gloriosas, pero también los cortacabezas. Soñamos con una insurrección blanca: si la salpican de manchas rojas ó de lodo, otros serán los culpables. Entre nosotros hay hemáfobos (yo soy uno de ellos) para quienes la felicidad con máculas de sangre sería dicha incompleta; empero, ¿qué representamos, qué podemos—¡miseros átomos!—los que así discurrimos, ante el potente núcleo de los más agraviados; ante el numeroso ejército de los partidarios de la inmovilidad social?...

Entre los diversos medios que podemos

utilizar para la evolución progresiva, sin la cual se malograrian todos nuestros esfuerzos, parece que ninguno tan eficaz y meritorio como la educación. Mas este punto, por su índole especial, debe ser tratado gradualmente.

Afirmar que el hombre carece de los más someros principios de moral natural, después de las concienzudas observaciones de sapientísimos naturalistas (véase la obra de C. Darwin, «La expresión de las emociones en el hombre y en los animales»), es colocarle á más bajo nivel mental que á los brutos más feroces. Creer á ojos cerrados que el delincuente VOLUNTARIO existe, después de los estudios del doctor Richer sobre la gran histeria; después de los extensos y variados de Charcot y de otros distinguidos fisiólogos sobre la psicopatología, es craso error. Claro está que, no existiendo lo absoluto, hemos de considerarlo todo de manera relativa; y mucho más tratándose de materia tan complicada como es la antroposofía. Así, pues, los que tenemos á la Ciencia por guía, en el último paso que

ella ha dado nos detenemos y afirmamos, asesorados por la sana razón, que el delincuente VOLUNTARIO; que el hombre INMORAL «por naturaleza», hasta el punto de ser insociable, no existen. Si los animales poseen una «ética» (no encuentro otra palabra de qué valirme para expresar mi pensamiento) instintiva, connatural, no podemos negársela al ser más elevado en la escala... aunque se rían los antropomorfitas. Nada prueba en contra de nuestra creencia el que á diario se registren hechos criminosos que producen general consternación, pues enlazando la opinión de fisiólogos y naturalistas á la de profundos etiólogos, se reafirman nuestras convicciones en las teorías, científicamente comprobadas, de Schopenhauer y Hamon (y aun en el monismo mecanicista de Spencer), que nos demuestran, $A+B$, que hay actos DETERMINADOS por el medio y por las circunstancias. Fijémonos en el hecho de que, en gran número de «criminales», cuya delincuencia ha sido CIRCUNSTANCIAL, DETERMINADA (lo es en todos los casos; mas hay que distinguir entre la AUTODETERMINACIÓN, consecuencia de una mentalidad defectuosa, y la influencia externa, que es á la que ahora me refiero), se encuentra perfectamente desarrollado el sentimiento moral: delincuentes hay que, luego de pasados los momentos de insania, reconocen su

falta y, á poder remediarla con su sangre, gustosamente la dieran. Es este instinto ético, superior al de propia conservación, lo que Kant ha llamado «el imperativo categórico»; son estas acciones las que Nietzche coloca «más allá del Bien y del Mal».

Reconociendo, lo cual es muy importante, que existen cerebros morbosos; que hay cerebros en los cuales están atrofiados los órganos sensitivos; que el hombre posee un sentido moral que no siempre le es posible desarrollar; que hay hechos punibles provocados por causas en absoluto ajenas á la voluntad del delincuente, esto es, que el hombre es juguete del medio y de las circunstancias (afirmación que ya hicieron Malebranche, Descartes, Leibnitz, y Lutero en su obra «De servo arbitrio»; y analizando profundamente hallaremos que hasta el CONTINGENTISMO, negando el determinismo científico á trueque de salvar el indeterminismo de la acción, puede servirnos de apoyo); asintiendo á todo eso, es preciso aceptar que, en una sociedad en que se prestase la debida atención á los problemas fisiológicos, muy particularmente á las enfermedades mentales y sus conexas y generatrices, neurastenia, abulia, epilepsia, &^a; en que el enfermo fuese cumplidamente atendido y estudiado; en donde la educación intelectual, moral y física, ocupase el pre-

eminente lugar que le corresponde por ser la base en que radica la solución de otros teoremas; en una colectividad libre en la que el individuo pudiera desenvolver todas las fuerzas que le son innatas; en una comunidad en que las individualidades se VIVAN sin ser obstáculo al desarrollo de las demás, antes bien, siendo unas firme sostén de otras; en una sociedad así conformada, mucho se habria adelantado en el camino de la humana perfección, y quedaria constituida la Gran Familia, la Familia noble, justa, ideal; la Gran Asociación en armonía con el lugar que la especie humana ocupa en la Naturaleza. Yo confío, yo espero que llegue el día en que los hombres, convencidos de que toda la Ciencia social consiste en que ellos quieran hacerse mutuamente grata la Vida, adjuren de todos sus pasados errores y se den el fraternal abrazo nuncio de las dichosas eras que seguirán á la presente, asaz infeliz. ¿Soy optimista en exceso? No. Observo, discurro, anoto hechos, investigo causas, hasta donde mi vulgar mentalidad lo permite. De mis observaciones deduzco que la humanidad está dividida en tres grandes categorías de dolientes: una, atacada de padecimientos físicos difíciles de desarraigar, hoy por hoy, y que se propagan con la generación; otra que padece ignorancia; y una

tercera, la más desdichada, que sufre compenetrándose de los ajenos padeceres, de los que no puede eximirse en absoluto; pues como la Humanidad—pese á todas las divisiones étnicas, sociales, &^a, que se han establecido para nuestro mal—se halla ligada por vínculos morales que nada puede quebrantar, y así como en los hogares íntimos en que hay un enfermo no es éste el que más sufre, sino sus deudos, así en el grande hogar social no son los nescientes y los apestados los que más padecen «sensoriamente», sino los ilustrados y los sanos.

Preciso es, en este punto hacer una observación: gran parte de la ignorancia que azota al pueblo, casi toda ella, es involuntaria, forzosa. Y convencido de esto, yo no tengo valor para acusar: disculpo. Mejor dicho, no disculpo á todos: acuso á los que, pudiendo evitarlo, permiten que la masa popular se desarrolle en un pantano de sofismas y patrañas; no disculpo, porque son indisculpables, á los que niegan al pueblo el pan de la materia y el de la inteligencia...

Como expresado queda, adviértese que la ignorancia popular es forzosa. En efecto, fijémonos atentamente en el siguiente hecho: la juventud proletaria, á pesar del abandono en que se la tiene, se esfuerza en instruirse; acometida por cierto espíri-

tu analítico que promete ópimos frutos, investiga, lucha, manifiesta su potente savia en la tribuna, en el periódico, en dondequiera que el ambiente es propicio para ello. Es producto de la época, feliz augurio para lo porvenir. Parece que el hombre tiende á «superarse», á dignificarse, á proporcionarse la mayor suma posible de dicha por medio del estudio, única senda que puede conducirle á tan altos fines. Paralelo á este hecho hay otro no menos digno de atención: á medida que el hombre avanza en el camino de la cultura, se acerca á la tan deseada Fraternidad. He visto á jóvenes de burgués abolengo colaborar, unidos á los trabajadores, en la obra revolucionaria; y si bien es cierto que unos lo hacían por deporte, también lo es que otros luchaban con entusiasmo y lealtad. (¿Dije que las revoluciones se aspiran, se infiltran en las venas? He ahí la prueba.) Son dos fenómenos importantísimos, acaso dos factores de evolución. La juventud quiere vivir su propia vida, vida intensa, febril, fecunda; la Libertad, que siempre ha encontrado en los jóvenes sus más ardientes defensores, quiere romper las ligaduras que la sujetan al lecho de Procrustes, y á su primer esfuerzo los hombres fraternizan: ¡tiemblen los falsos ídolos!... ¡Indudablemente una nueva forma de la Vida está en gestación!

No llega mi optimismo al punto de turbar mi razón. La sociedad tiene sus polos: la escuela y la taberna; aquí, Aclis; Anolo allí. Existe, desgraciadamente, una parte del pueblo, que pudiéramos llamar el sedimento, la cloaca social, á la que no llega el céfiro que purifica las linfas, á la que no llega el rayo de sol que besa las espumas; una parte del pueblo incapacitada para ser tenida en cuenta como fuerza activa; signada con el timbre de la barbarie; anulada, muerta. Componen aquel sedimento, individuos á quienes la actual organización social ha cerrado el camino que conduce al polo luminoso y ha dejado franca la senda que lleva á las tinieblas. (Clausúrense los Centros de Instrucción, arrójese á la Humanidad á los cubiles, y es muy posible que, antes de pasadas cuatro generaciones, toda nuestra civilización se pierda en la Nada; es muy probable que se reanude la leyenda del hombre de las cavernas. ¡Pues eso se ha hecho y se hace con «la plebe!» Si una parte de ella se dignifica, débelo á su propio esfuerzo, lo cual debiera ser tenido en cuenta

por el ciudadano sufragista. Del hombre prehistórico al hombre del siglo XX, media un abismo: igual sima separa al hombre tabernario del hombre culto.) Componen aquellos estratos sociales, seres en los que el vicio, aborto legítimo de la insipiente, ha clavado su ponzoñosa garra; en tal capa de la geología social se agitan esas larvas de hombre que, en los días de lucha, se entregan á deplorables excesos y hacen aborrecibles las buenas causas: seres peligrosos hasta para ejercer el Bien; vegetan en aquel vertedero los escépticos inconscientes, los abúlicos, los indeterminados é indefinibles que no saben de donde vienen ni en donde se hallan, ni quieren saber adonde van; allí se rebulle la multitud amorfa que, sin saberlo, véngase del abandono en que se la tiene entorpeciendo la marcha del Progreso (porque la Humanidad no avanza, aunque otra cosa parezca, mientras uno de sus átomos quede rezagado: la Humanidad es un bloque, un solo cuerpo), dando motivo para que haya quien crea justificada la existencia de determinadas instituciones que, sin tales puntos de apoyo, caerían por su vetustez y nulidad; allí están, en aquella capa primaria, en la que acaso yacen tesoros intelectuales, las fuerzas ciegas, instrumento de los victimarios hoy, mañana víctimas; todos los

mendigos, todos los andábatas de la Existencia...

Pero, la ignorancia es ubicua: por dondequiera que os encaminéis, allí os la topáis. Monstruoso cefalópodo, en cada peldaño de la escala social tiene un tentáculo. Os tropezáis con ella en el palacio del banquero y en las zahurdas de la pobreza; en la casa del soldado y en la del clérigo; en el salón; en la ergástula; en el café, porque el café es taberna encubierta, algo así como una pústula vendada. Ponzoñosa llaga que roe las entrañas de la sociedad, se manifiesta en el calumniador que destruye la paz del hogar; en el penitenciario que, amparado por la cruz, vierte en los oídos de la virgen el fango que rebosa en sus labios; en el hacendado que explota la agena miseria; en el usurero que roba protegido por leyes incomprensibles que al prestamista sin conciencia otorgan derechos negados al bandolero... La ignorancia es el patíbulo que se levanta en la plaza pública; la ignorancia es el tahur, el lenón, el asesino que os aguarda emboscado en las tinieblas; el alcoholizado que en la taberna tiene su guarida; es el juez concusionario; es el orgullo, la soberbia; el cañón que ametralla al pueblo... La ignorancia es Aclis y Némesis, Jena y Waterloó; la ignorancia enciende la hoguera que consume el

cerebro de Servet; condena á Galileo; ultraja á Colón. La ignorancia amordaza y atormenta, crucifica y fusila: Jesús y Rizal son dos de sus infinitas víctimas... Formad con todo ese deforme amasijo un hombre, vestidle una levita, y habréis colocado un cáncer en el corazón de la sociedad; pues si dañina es la ignorancia en las últimas capas sociales, mucho más lo es en las superiores. La ignorancia de levita, la nesciencia envuelta en gabán de pieles, es el más grande azote de la Humanidad: es causa de los males que afligen á las multitudes, porque encarna en grandes propietarios; porque puede empuñar bastones de mando, y ¡ay de los cuñados que el Destino coloca bajo su férula!...

Dije en los comienzos de estos apuntes, que la Verdad estaba entre los hombres: me ratifico en ello. La Verdad es el Bien. A un lado sutilezas insidiosas que sólo conducen á embrollar las más sencillas cuestiones, creo que todos convengamos en que el Bien es aquello que, tanto á los demás como á nosotros mismos, produce beneficio, ó, cuando menos, no

perjudica. Puede haber, en asuntos más complicados, diversidad de pareceres; mas no creo, no se alcanza á mi discurso, asaz menguado, que, tratándose de Educación, haya quien suponga que podamos llegar á un punto en el cual, deteniéndonos pesarosos de nuestra obra, exclamemos: «¡Nos hemos engañado!» No, no podemos llegar á ese lugar, porque la Ilustración á nadie daña y á todos beneficia. La Ilustración es la llave de la Dicha: esto es un verdadero postulado.

Si he sido machacón, si me excedí un tanto en la exposición de mis ideas, fué para que cuantos estas notas leyesen convinieran conmigo en la siguiente conclusión, tan vulgar como verídica: «La especie humana necesita educarse; pero no como hasta aquí, sino de modo más amplio». Nuestros hijos necesitan una educación racional; una educación que abarque todos los órdenes, del ético al físico. Dejar abandonada á la generación que llega en una pedagogía abrupta, pantanosa, arcaica; dejarla en manos de estúpidos dómines para quienes la quinta esencia de la Sabiduría está contenida en el padre-nuestro; dejarla en poder de pedagogos más atentos al lucro que á la enseñanza, es lo mismo que sentirse enfermo, conocer el remedio y no aplicarlo; entregársela á los Reverendos Padres B, ó á las

Hermanitas H, ¡es aún peor!... Tengo el firme convencimiento de que la Educación es el antídoto más enérgico contra la ponzoña que aniquila á la Humanidad. Se argüirá que no es medio inmediato para resolver las cuestiones sociales, que reclaman pronta solución. A esto replicaré que es más rápido de lo que parece; y, sobre todo, que es el más acertado y consistente: en tal base podéis asentar cuanto de Bello, cuanto de grande contiene la Existencia, sin temor á derrumbamientos; porque una educación sólida no puede determinar otra cosa que el Bien. Además, no tomo á la Ilustración, «en sí», como Revolución, sino como Evolución, como agente auxiliar efficacísimo. No renuncio á ninguno de los procedimientos que tengan la virtud de conducirnos á la ansiada perfección y autarcia; pero creo que, ante todo, es necesario asimilarse, para saber vivirse y convivir en libre comunidad, cierta cantidad y calidad de conocimientos. Se puede nacer con extraordinarias aptitudes para esto ó para aquello, mas el genio no se manifestará en la plenitud de su esplendor hasta que haya sido convenientemente cultivado. La Educación es punto de apoyo en donde podemos sentar el pie sin temor á resbalar; es la mitad de una Revolución fecunda, verdaderamente progresiva, que no forje mártires ni ver-

dugos; que no entregue sus frutos á un tirano que los arroje al estéril vacío de la Nada.

La sociedad tiene estercoleros, mas también tiene pensíes. En la Tierra hay hombres de buena voluntad; en la Tierra hay hombres que aman al prójimo como á sí mismos; hombres que pondrían toda su inteligencia al servicio de una causa noble, de una obra loable; pero luchan aislados ó vegetan en el retraimiento, bien por estrechez de campo en donde ejercitar su actividad, bien por el desaliento que invade las más firmes energías cuando resultados positivos, tangibles, no suceden inmediatamente al esfuerzo hecho en pro de un ideal. A esos hombres me dirijo; á esos hombres invito á unir sus fuerzas para llevar á feliz término la grande obra. Una Liga, una Federación—que pudiera ser Internacional—de altruistas, de seres que practiquen el Bien por el Bien mismo; que rehuyan vanas presentaciones y halagüeña populachería; que no aguarden otro premio que la íntima satisfacción que se experimenta practicando el Bien; una

Asociación de hombres entusiastas, compenetrados de la meritoria obra que ejecutaban, podría realizar maravillas. Una Agrupación de hermanos de todos los países, de todas las razas; íntegros, de firme voluntad; que emplease por arma la Educación de la inteligencia y del músculo; que crease hombres leales, razonadores, sanos y fuertes; una Agrupación que se encaminara en línea recta hacia ese fin, aniquilaría á cuantos viven de la ignorancia, de la hipocresía y de la debilidad. Llevemos la cuestión á ese terreno, que es el del Bien, y veamos qué autoridad, qué religión, qué derecho legislado, qué convención social osa contender con nosotros.

¡Hacedores de hijos, sed padres!...

Yo confío, yo espero que llegue un día en que la Humanidad, pulverizando falsos ídolos, despojándose de egoísmo y dolo, ascienda á la alta cima; y tendiéndose fraternalmente los brazos ante la colosal, ante la luminosa efigie de la Ciencia, Fuerte y Bella, exclame: «¡Deus, ecce Deus!»

Sea la Ilustración la que, arrojando el tirso de olivo entre las fuerzas sociales que se aprestan al combate, ciña á su frente el lauro de la victoria... De la victoria de la Razón y de la Justicia.

FIN

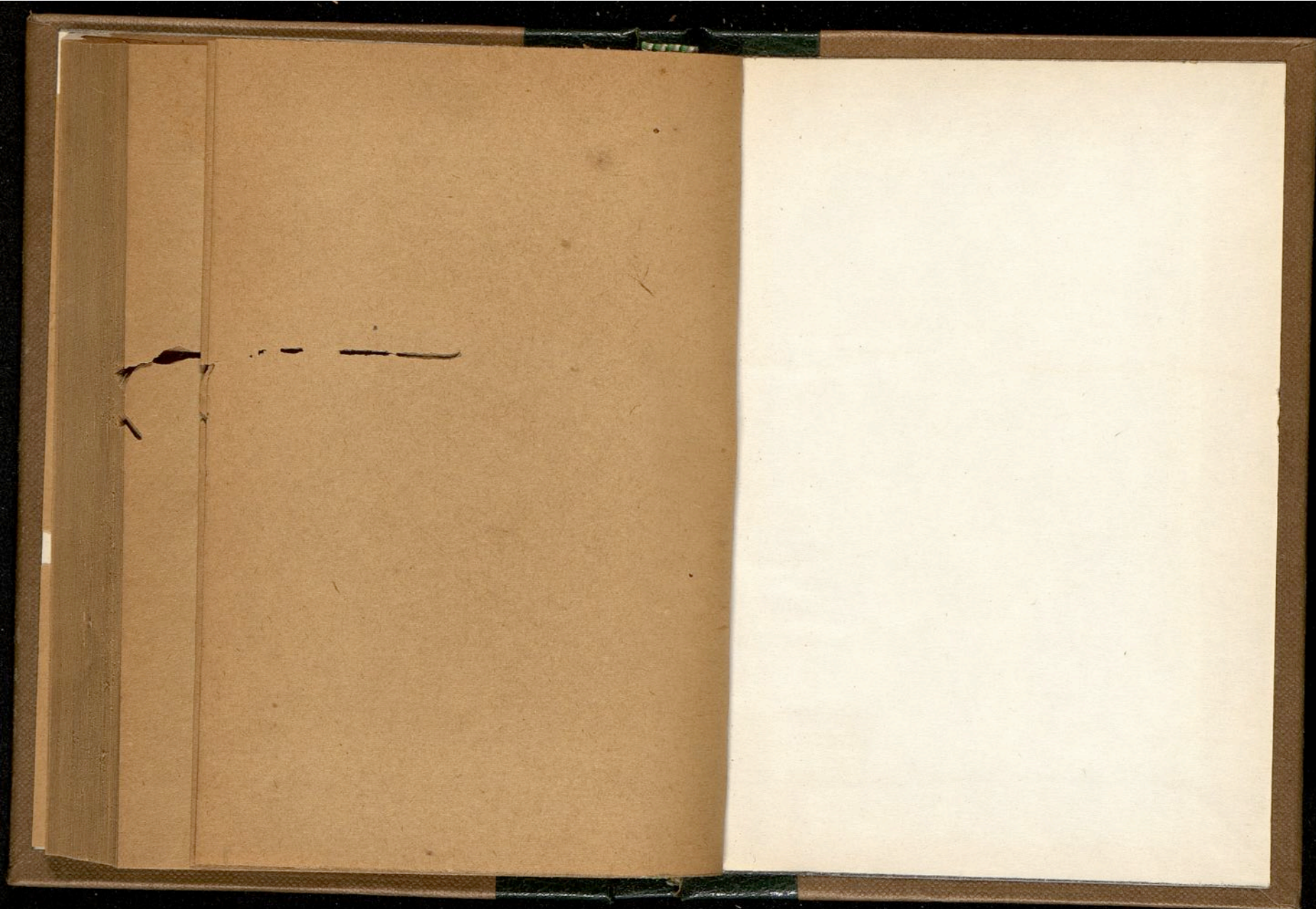
FÉ DE ERRATAS

PAG.	LÍNEA	DONDE DICE:	LÉASE:
13	15	reuelto	reuelto
18	8. ^a	GO SAVE THE	GO SAVE THE
24	10	turna labor	turna labor
45	15	descalza	desnuda
62	27	tal ilusión vieren desvane- cida!	tal ilusión vieren desvane- cida y no satisfecha!
64	2. ^a	estibador	estibador
66	20	incipientes	incipientes
95	30	destrucción	supresión
109	24	difficil	arduo
137	9. ^a	Rosita	Luisita
—	12	rebojo	rebojo
138	18	presentada	presentaba
139	1. ^a	Rosita	Luisita
163	10	rebaño	rebaño

INDICE

CASI GALEATO.	1
LOS INCOGNOSCIBLES.	1
¡PROFANACIÓN!.....	159
MÁRTIR Y VIRGEN.....	175
NOTAS PARA UN ESTUDIO SO- CIOLOGICO.....	179





UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
BIBLIOTECA



6606506464